RICARDO MARTÍNEZ DE LA TORRE

Autor de LÁMPARA DE ORO

EL AMOR LIMOSNERO

(NOVELA LÍRICA)



Editorial B. Bauzá

Aribau, 175 y 177

BARCELONA

EL AMOR LIMOSNERO
© Ricardo Martínez de la Torre

Editado para la biblioteca popular Riqch'ariy
La lectura es la fábrica de la conciencia revolucionaria
Noviembre 2023
Por: Stalin Boza

©Fuentes: Editorial B. Bauzá
Aribau, 175 y 177
Barcelona

RICARDO MARTÍNEZ DE LA TORRE

Autor de LÁMPARA DE ORO

EL AMOR LIMOSNERO

(NOVELA LÍRICA)



Editorial B. Bauzá
Aribau, 175 y 177
BARCELONA

EL AMOR LIMOSNERO

Talleres Gráficos B. Bauzá—Aribau, 175 y 177. · Barcelona



Ricardo Martínez de la Torre

Estudio artístico Vargas Hnos. - Arequipa. - (Perú)

PROLOGO

Con un bello y frágil libro de versos, «Lámpara de oro», se anuncia la lírica juventud de este poeta peruano, Ricardo Martínez de la Torre, que llega a nosotros con una gran impaciencia por decir su mensaje, balbuciente a veces por esa misma generosa premura, pero a veces también pleno y entonado, como sostenido por el milagro de la viva inspiración juvenil; de esa llave de oro a la que sin esfuerzo suelen abrirse las puertas del misterio. Misteriosa es ya esa prisa con que el poeta, en sus veinte años, forja su simbólica lámpara de oro y la enciende con el fuego de su pasional inquietud para que alumbre el rito en que es adorada la Naturaleza, la Vida, en forma de mujer desnuda. Un pródigo anhelo de amar, de darse, en disipación dionisíaca o en cristiana eucaristía, es el tema fundamental de este libro, cuyas estrofas semejan a veces declamaciones donjuanescas, y otras antífonas de mística ternura. En el fondo, un conflicto, muy juvenil, entre ese paganismo con que viene a la vida

del arte la sensualidad del poeta, y el presentimiento de algo superior a la pluralidad de las formas fugaces, cuya incesante ronda desconcierta y fatiga; de algo único en que recogerse y descansar, amándolo todo en su centro supremo. Apasionado, sensual, el poeta, es lógico que empiece cantando la belleza de las magias naturales, la alegría de esos prodigios cósmicos en que se descubre una simpatía semejante al amor; y, sobre todo, que cante a la mujer, júbilo máximo de la tierra y del hombre, ofrenda la más pingüe de la vida, forma creada para expresar más plenamente la voluntad dadivosa del Universo. Pero es también comprensible que, seducido y atosigado por la belleza expresada en número plural, cansado y dolorido de correr tras la diversidad inagotable del material prodigio, aspire, con esa nostalgia de infinito que ha engendrado el cristianismo, a poseer todo el amor y toda la belleza en la forma reposante de la cifra única. Este conflicto, que—apresurémonos a decirlo—no llega a resolverse en ningún acorde final, comunica al estro del poeta dos series de vibraciones antagónicas, que se entrecruzan con un alternar de acentos fieros y contritos semejantes a paganos evohés subrayados por cristianos golpes de pecho. Todo un patético complejo erótico pugnando por lograr esa sublimación, que sólo ha de alcanzarse en una edad tardía, cuando el tiempo haya permitido al poeta recorrer ese largo trayecto que va de Eros a Cristo, y este joven Ricardo pueda, como Amado Nervo en sus últimos años, volverse a Dios, pensando que en El están las rubias y las morenas. Entretanto, es

interesante seguir las alternativas y evoluciones del poeta, extrayendo lo que hay de representativo y genérico en su donjuanismo lírico y las posibilidades de mística sublimación a que tan exaltado erotismo es capaz de prestarse. Vestid a Don Juan de sotana, sin que pierda su centrífugo fuego de amor y su adoración al misterio femenino, y tendréis al fundador ferviente de una Congregación de Hijas de María. «Los sátiros se han hecho jesuítas», ha dicho sagazmente Alberto Insúa en el prólogo a «El demonio de la voluptuosidad» (1911).

En el momento lírico en que el poeta enciende su áurea lámpara, hácelo para iluminar el prodigio carnal de la mujer; y esa lámpara es él mismo, encendido en la llama de su juvenil calentura. En el poema inicial, que es como la dedicación del libro, nos dice:

Soy lámpara de oro y fuego pecador,
sacerdote hierático del mundano placer;
amo el cuerpo desnudo que retuerce el amor,
amo el Misterio Carne que llamamos Mujer.

Luego, casi todas sus estrofas serán variaciones de este grito pánico, y hasta las epifanías jubilosas del misterio cósmico las percibirá en sensual relación con ese «Misterio Carne que llamamos Mujer». Así, ante la solar alegría, ante lo que llamó D'Annunzio el jocundo milagro, el poeta sentirá enardecidos sus viriles bríos y clamará, faunesco:

Tengo sensualismos de silvestres rosas,
y mis labios, rojos como los granados,
ante la esperanza de goces amados,
tiemblan cual si fueran alas voluptuosas.
Sea sobre el campo mi carne encendida,
mi carne rebelde que lanza su salve a la vida.

(Obsérvese cuán naturalmente aparece el tema heliástico, inspirador de paganías, ya que el Sol era el dios máximo de la gentilidad. Juliano, el Apóstata, en su «Oración acerca del Sol», se declara ferviente adorador del astro; y la intuición de este misterio es, sin duda, lo que hace decir al poeta «mi carne rebelde»; rebelde a la depuración eucarística del símbolo.)

Este pathos pagano se manifiesta a lo largo del libro, suscitando todo ese cortejo de imágenes y de estados de alma que ya conocemos en los eróticos latinos, en los Ovidios y los Cátulos, y que se repiten luego en el siglo XVIII francés e invariablemente siempre que el artista adora el Misterio Carne. Fanfarronadas del deseo alternando con turbias melancolías — «la chair est triste, hélas!»—la sensualidad, enardecida e insatisfecha, reclamando lujos y esplendores para realzar sus ritos, y el tedio, acechando, como el traidor de la farsa, tras las cortinas de la alcoba.

Y al descansar sobre el turgente seno,
desmayado de amor, tras de mi espalda
surge el Hastío junto al ruin Sileno.

Luego, el mármol, el arte, preferido a la carne, a la realidad, que defrauda, como en el poema de Baudelaire «du fard!»

En el mármol desnudo amé la forma bella;
más que la viva carne me interesaba aquélla.
Los mármoles aun tienen para mí su atractivo,
pues son un cuerpo muerto que se asemeja al vivo;
en actitud perenne de petrificación
parece que se escucha golpear el corazón.
La perfección helena en mis versos procuro,
pues quiero, como Scopas, tener cincel seguro
con que pulir el mármol del lenguaje vacío

para decir, al cabo, este desnudo es mío,
y así llenar el mundo de estrofas tan perfectas
que todo el que las mire ignore si están muertas.

Y, finalmente, el grito de contrición del Don Juan cansado de ser un pirata de voluptuosidades:

Un sol poniente soy, y con pesados pies
desciendo hacia la tumba, en mi precaria luz,
nostálgico de aquella señora Doña Inés
por quien mi espada impía se elevó hacia la Cruz.

He aquí ya a nuestro egipán fogoso, incansable perseguidor de ninfas, entonando su acto de contrición en un reclinatorio cristiano. El, cuyo corazón, «cual rosa de los vientos,—oscila sin cesar de mujer a mujer», ahora pedirá, no a Eros, sino a Jesús, la serena ventura de un amor único. Auras de una dantesca «Vita nuova» estremecerán sus rosas paganas, y la mujer se le aparecerá, no desnuda, como antes, sino vestida con el velo y la pulcra gracia de la novia, ese prodigio del Renacimiento. Y el poeta, arrodillado ante un crucifijo, implora:

Señor mío Jesucristo: yo amo a todas las mujeres;
sólo a una, por tus clavos, sólo a una quiero amar;
yo abandono mis orgías, yo abandono mis placeres,
yo me postro de rodillas ante el ara de tu altar
Tuve el alma como un cáliz en que el trigo fructifica,
y vinieron mil bandadas de palomas hasta mí,
Carmen, Rosa, Eleonora, Blanca, Inés y Margarita.
¡Cristo grande, Cristo fuerte, todo, todo lo perdí!
Señor mío Jesucristo: yo te pido por la estrella
de tu frente coronada con un aro de dolor;
quiero amarla, Dios doliente, quiero amarla sólo a ella
y ofrecerle mis tristezas, mis ternuras y mi amor.

Por el camino de Eros ha llegado el poeta, aunque por un instante, a Cristo, y le pide, no ser amado, sino amar con pasión única y eterna, presintiendo que en un gran amor único se cifra

la paz del alma y de los sentidos. «Heureux l'homme d'un seul amour,—dont le pas n'hésite au carrefour», ha dicho un poeta francés de hoy. Es muy natural que nuestro lírico peruano pida ese amor único a Jesús, celeste Cupido de los afectos castos y perennes; ni ha de parecer irreverencia, ya que al implorarle esa capacidad de amar, impetra de él también, tácitamente, la fe, de un tal amor inseparable. Como en el poema goethiano y en el drama de Zorrilla, la mujer, la amada ideal, va a conducir a Dios a este pagano descreído. Más adelante le oiremos decir, completando la oración madrigal:

Yo te amaré por ella, Señor, si lo consientes.
¡Como que soy creado sólo para el amor!
Acercaré mis labios a las divinas fuentes
de tus frescas heridas, como los penitentes,
y limpiarás mi mente de todo antiguo error.
Por ella a ti regreso, por ella soy cristiano,
y la fe dentro el pecho vuelve a encender su luz.
Porque la hiciste bella, porque la hiciste buena,
porque en sus dulces labios tu nombre floreció;
porque en sus suaves ojos la mirada serena
luce bajo mis besos con temblor de azucena,
¡quiero, mi Dios, amarte como ella me enseñó!

Pero el tema de la novia, de la amada única, con su cortejo de emociones cristianas, es fugaz en el zodíaco pasional de este poeta de fondo pagano, nativamente inclinado hacia un politeísmo amoroso. Y aunque refinado y depurado en algo así como en un aquelarre de ternuras, el anhelo de lo plural reaparece en poesías como «Estas pobres mujeres»:

Estas mujeres pobres que pasan a mi lado,
no sé por qué me inundan de tanta compasión.
Mujeres tan sencillas, de rostro demacrado,
que ignoran las violentas dulzuras del pecado
y son expertas para vencer la tentación...

Venid a mí, mujeres enfermas de tristeza,
pues soy médico de almas que cura con fervor:
os hablaré de toda vuestra gentil belleza,
de los dorados bucles en la eburneal cabeza,
de vuestros senos dulces hechos para el amor.

El sátiro hecho jesuíta, según el decir de Insúa, parece ofrecer aquí a esas mujeres maceradas y castas, con ambiguo gesto devoto, un copón eucarístico lleno de rojos besos. Por lo demás, éste es el término lógico en el proceso evolutivo de una gran sensualidad hacia su sublimación; y las grandes pandemias paganas han conducido a los ritos de inocente amor en la comunidad de los fieles. De Eros a Cristo. Pero el poeta, que en el introito al libro se declaraba sacerdote del Misterio Carne, representado en la mujer, termina su misa lírica con una ardiente antífona a su diosa mortal. Evoca la legendaria figura de la Salomé bíblica y se ofrece para desagraviarla por el desvío de Johanán, que le niega, fiero e insensible, el beso demandado por sus labios de fuego:

Déjame a mí tu puesto, amante desdeñoso;
verás cuán sabiamente yo la contentaré.
Soy experto en lascivias y en pecado amoroso,
quiero gozar un poco de amor de Salomé.

El gran amador de la mujer ríndese aquí en inmolación al poder femenino de esa princesa sádica que, en los ciclos eróticos, aparece armada de un frío y tajante acero y sustentando en sus manos la bandeja de plata con el fruto sangrante de una cabeza varonil, emblema del fatal amor de la Hembra.

Como se ve, el complejo erótico del libro no logra su apaciguamiento definitivo, y el térmi-

no de esta gran sinfonía de pasión sensual se marca con un grito de insatisfecho anhelo. El poeta queda amando a la mujer en número pural, y practicando una sentimental poligamia, aunque a veces, por un instante, la mujer única fije esa alocada rosa de los vientos de su corazón y le conduzca a los pies del Jesús crucificado en el madero de la constancia. Dos corrientes impulsivas, contradictorias al parecer, y en el fondo, complementarias, agitan el alma de este poeta pagano que, según uno de sus biógrafos nos hace saber, se ha educado en las aulas jesuíticas de Lima: un panismo dionisíaco que le inclina hacia la pluralidad en un desbordado movimiento centrífugo y un ansia de quieta y segura posesión que le hace desear lo singular y perdurable; conflicto que el protagonista de este íntimo drama pretende resolver dando a sus veleidades promiscuas formas de piadosa eucaristía. Amar a todas las mujeres en una o fundir todos los amores en un sentimiento de mística fraternidad, al modo de los donjuanes convertidos. Efugio, este último, muy propicio a un temperamento ardoroso, ávido de lograr la paz, ya que a la Iglesia han pasado todos los paganos panismos sublimados en el alto misterio del místico convite. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que la suerte de este joven poeta parece ligada a la mujer, y que es ésta la figura fatídica que surge en la baraja de sus sueños, llevándole de Eros a Cristo y de Cristo a Eros, en fluctuantes aproximaciones al arte clásico y suntuoso y al efusivo, palpitante y sincero estro romántico. Y es cierto también que ese complejo eró-

tico, de que es exaltada expresión, comunica especial interés a este primer libro de un joven, poco seguro todavía en el manejo del lírico instrumento, y en el que una juvenil impaciencia ha estropeado un poco el molde de los más inspirados poemas. Con todos sus defectos formales, con esas alteraciones de la prosodia métrica—que hoy son comunes a la mayoría de las liras americanas, y que desluce la música del verso,—el libro de Martínez de la Torre nos brinda una gran riqueza emotiva y nos ofrece, en su lírica e ingenua expresión, esas intuiciones del misterio que en una prosa muerta dilucidan los sabios infolios. Su lámpara de oro arde con viva luz. Si su llama palpita con ritmo desigual, indicio es de que la agita un libre e inquieto aire de la juvenil primavera.

Pero este poeta de *Lámpara de oro* es también un prosista, o mejor dicho, sabe trasladar sus inquietudes líricas, sin que pierdan nada de su esencia, y casi nada de su ritmo, a la pauta de una prosa rica, estremecida y musical que, salvo el número ceñido y prieto, estorbo gracioso e importuno, conserva todas las calidades del verso juvenil. Me refiero a esta novela, EL AMOR LIMOSNERO, para la cual ha tenido la gentileza de pedirme un prólogo. La prosa que aquí nos ofrece Martínez de la Torre, lleva entre sus sueltos ropajes, escondido un versículo, fácil de percibir por su relampagueo reiterado de bíblico diamante o islámico arabesco. Ese versículo partido en estrofas ideales, recogido o desplegado ampliamente, rafaguea en toda la prosa del escritor limeño, como una inscripción en un estandarte, y canta en ella como un oriental cautivo

en nazarena torre, con una cadencia apasionada y triste, de nubelia o guembri. Entre los complicados períodos de la moderna prosa, ese versículo antiguo se destaca con su sencillez elemental, evocando las calenturas del desierto, las leoninas fiebres de la selva, en el regazo de las ciudades, y es lo más fuerte y serio, en un estilo a veces gárrulo. El armazón de la novela es un pretexto para alojar ese versículo clamante; algo así como la cisterna de un bello y ardoroso Johanán, bien distinto del otro, que lejos de temer los hechizos de la femínea danza, juzga pocos los siete velos para enroscárselos en torno al corazón y a los riñones.

El conflicto íntimo de donde toma su sombra de argumento ésta, que su autor, acertadamente, llama «Novela lírica», anticipándose a objeciones posibles, es ese mismo trágico conflicto entre el amor plural y el singular amor—gentilidad y cristianismo—que sus veinte años, ardorosos y perplejos, trataban de llevar a una conciliación en la fiesta musical de sus estrofas. El poeta pánico que, por instinto, aspiraba a abrazar, contra su pecho de silvano, todas las fugaces bellezas del mundo, simbolizadas en la ligera y esquiva ronda de esas ninfas que danzan en torno a los horarios clásicos, anhelaba a veces, cansado de perseguir sombras vanas y amables, la paz y la dulzura de un único amor, y le pedía este amor a Jesucristo, el Eros inmutable y fiel, sobre cuyos pies, traspasados por sus propias flechas, inválidos para toda fuga, gustan de reclinar sus frentes las criaturas desencantadas del voluble Cupido de las mitologías. Pero pese a las imploraciones de su pecho contrito, la paz del monoteísmo amoroso,

no le era concedida, y el poeta tornaba a correr tras de las ninfas, poseído del quimérico anhelo de aprisionar a todas ellas, prendado siempre de la última epifanía femenil, creyendo siempre encontrar en ella la revelación del supremo secreto del Mundo, mirado por la esmeralda sexual de la Hembra. Patética disposición sentimental que no es desconocida al autor de estas líneas, pues fué la suya al escribir las torturadas páginas de *El madrigal infinito*, de las cuales a veces cree encontrar algún rasgo en esta enfebrecida caligrafía juvenil. Limosnero de amor, en ese caso, el hombre, pues va repartiendo su corazón entre todas las mujeres, al modo de un Cristo errabundo, sensitivo y piadoso, y mendigo de amor también, pues que demanda de cada alma—o cada cuerpo—una limosna, y ansía ser pagado en el mismo óbolo de su ternura. Aunque en último término, hasta el sentido preciso del amor desaparece y sólo queda una locura extraña, un misterioso afán—júbilo y tortura a un tiempo,—de estremecerse ante el paso, ante el surgir siempre matinal, milagroso y edénico de la mujer desconocida, y aspirar la embriaguez afrodisíaca de su rastro y clamarle—como ángeles o como sátiros—nuestro mensaje inmemorial, y correr un momento tras su huir azorado y seguro, en que parecen adquirir una sazón súbita, y abrirse en madurez el fruto redondo de sus corvas, bajo el apremio de la urgencia, para dejarla escapar luego, pues ya una nueva forma, una nueva liebre del bosque del deseo, está reclamando nuestra flecha. Misterio de ardores sensuales que puede también serlo de espirituales y depuradas ansias, ya que ese arrobo ante la hembra, ante la mara-

villa transitoria y mortal, es un acto de loanza franciscana al Creador, y un voto de encontrarlo a él en su totalidad, reuniendo en el hilo de un universal amor a todas esas partículas de su divinidad desperdigada. Para un panismo tal, la Amada única representa un estorbo, un egoísmo mezquino y miserable. Y el adorador de las formas la rechaza, de igual modo que el místico religioso abandona todos los afectos para consagrarse al solo amor de Dios, que para él constituye la totalidad de los amores, de una vez y para siempre lograda. Y así san Francisco recluirá en un cenobio la belleza de la Hermana Clara, para no verla sino en el espejo universal de Dios. La exaltada sensualidad del sátiro conducirá fatalmente a una análoga renunciación.

Y este es el desenlace que Martínez de la Torre da, provisionalmente, a ese conflicto erótico cuyo dramatismo nos hicieron sentir sus versos. La amada única será tentación de avaricia para ese pródigo limosnero de amor que ronda y merodea, como un fraile mendicante y socorredor, por los descampados de la vida, pronto siempre a abrir su escarcela de ternuras para las criaturas necesitadas. El no podría volcar todo su tesoro en el halda de una sola mujer; se empobrecería y faltaría a su misión, al mandamiento del instinto que le puso ahí, ansioso de amores infinitos, al paso de todas las formas femeninas que cruzan por delante de esa zarza ardiendo, en que, su alma, voluntariamente solitaria, se abrasa. Y el autor, encargado de dar una solución a su tragedia, hará morir a la Amada ambiciosa, sacrificará a esa pobre forma única—amada, sí, pero en la pluralidad de las formas, no en un modo exclusivo,

hoja verde y nueva que es sólo una letra de la gran palabra primaveral del bosque—para que el novio universal pueda amarla, sin remordimientos ni congojas, y sin la miseria de lo personal en las mil formas existentes, y en esas otras infinitas que van a surgir y a desfilar ante sus ojos hasta que la vejez se los enturbie. Cuando el apremio juvenil haya pasado—pues todo misterio erótico se relaciona con el gran misterio del tiempo—el limosnero de amor podrá formar al fin lentamente su síntesis pasional, forjar su Mujer suprema, con los cuerpos y las almas de todas las mujeres, o encaminarse a buscarlas a todas ellas en la cita definitiva e infalible de Dios, *donde están las rubias y las morenas*. Después de todo, en el fondo de todo este tan bravo erotismo, se cela un inocente misterio estético, ya que el sátiro es también el cantor, el poeta, y su reclamo el caramillo de Apolo. Las mujeres pasan ante él como inspiradoras de emociones estéticas y tonos musicales; y toda esa furia lasciva del fauno, se resuelve, finalmente, en la gracia amable del número. Ellas son las Musas, y con su paso irrefrenable que marca el ritmo de las horas, nos llevan a los umbrales de lo eterno, donde sonríen con rostros de Madonas, bajo el haz de luz del Espíritu. Por las musas a Dios—decían los griegos, perspicaces creadores de estos símbolos. *Dia mouscon eis ton theon*. Que ellas lleven a él a este gran amador, que es, al mismo tiempo, un poeta.

R. Cansinos-Assens

EL LIBRO, EL LECTOR Y EL POETA

El Libro, al Lector

Tú, que me lees tan sereno, muellemente recostado en cómodo canapé, envuelto en tu abrigo y con los pies al calor de la estufa, dime: ¿Se te ha ocurrido alguna vez pensar en el autor de este libro?

Quizá acabas de tomar un desayuno reconfortante y esperando el momento de acudir, bien donde el banquero, a descontar una letra; o donde el sastre que ha quedado en hacer la última prueba; o el médico a fin de mejorar tu salud, te sientas conmigo para que, a la manera de un camarada viejo, ayude a pasar el tiempo narrando mis historias.

Por ser el menos conocido, soy el más fiel de tus amigos. Incapaz de traicionarte, nada tienes que temer de mí. Inspiro tan segura confianza, que al dejarme sobre el escritorio, o en la mesa de tu

cuarto, no se te imagina pueda violar nuestra amistad, quedándome a solas con tu esposa o tu hermana. ¿No es verdad?

Así y todo, nunca te has detenido a meditar seriamente en mi personalidad. ¿Sabes quién soy yo? Lo único que conoces de mí es el haberme comprado en una librería, y que mis páginas intocadas se dejaron violar por tu cortapapel. Que me escribió un literato. Acaso sepas, cuando más, algunos detalles de su vida. Pero probablemente, no sabes nada.

Ignoras sus miserias, sus sufrimientos, sus días de hambre y de fiebre, las esperanzas depositadas en mis páginas, las noches de insomnio, las horas de ansiedad, las vigilias sobre cuartillas húmedas de tinta, sus idas y venidas, sus vicisitudes. Todo esto ignoras: la novela interesantísima de su vida.

Por lo mismo que fué grande, agitada, no reparas en ella. Se te hace odioso compadecer. A mí también me sucede lo mismo. No compadezcas a nadie. Si ahora un ataque cardíaco te dejara exánime, al rodar por el suelo me quedaría tan indiferente como si nada hubiera acontecido. Iría a dar a otras manos, me leerían bajo otra luz y me estudiarían tras de nuevas lunas, con bastante curiosidad.

Tú, enterrado, no habrás sido nada. Difícilmente se acordarán que has existido. En cuanto a mí, seguiré viviendo eternamente. Es la verdad amarga, la verdad desnuda. Tu desaparición no entorpecerá en nada esta máquina satánica que rueda locamente por el éter y los ámbitos del universo sideral. Eres un punto, un acaso, o por lo menos, el lastre que guarda el equilibrio, del

mundo sobre los puntos imaginarios, vigilado por los ojos de Dios.

Sin embargo, crees que el banquero morirá de hambre y que el sastre no tendrá tan buen parroquiano, o que las inyecciones del médico se cubrirán de polvo. No faltará quien demande a tu banquero, embargue al sastre y victime a tu médico—Mefistófeles que en mágica retorta elabora nigrománticamente las pociones virtuosas que destruyen la vida.

¿Qué sabes del autor? Nada. Sin embargo, me lees con deleite, haciendo tiempo. Es bastante oscura, pues, tu existencia. ¿Estás orgulloso de ser un cero? Sin embargo, te veo satisfecho de tu redondez. En ti todo es redondo, hasta el cerebro. Yo, en cambio, soy delgado, alargado, inconsistente. Por eso seré eterno.

EL LECTOR, CERRANDO EL LIBRO

Se me ha pasado la hora. De no apurarme, llegaré tarde, seguramente.

EL POETA, A LOS DOS

Estáis diciendo necedades. Ambos iréis, irremisiblemente, al vacío absoluto.

EL AMOR LIMOSNERO

Yo consumo a diario la pobre juventud de mis veintitrés años, ante el altar de la vida. La deshago como amplias espirales pontificias que escapan de los áureos sahumerios de mis horas errabundas y anónimas. Mi existencia tediosa es la del soltero sin novia, angustiosamente desamparado de todo amor, obligado a cansar sus manos en el amplio telar del trabajo laborioso. Estas manos pálidas, formadas para bordar tan sólo en los grandes lienzos de las cuartillas finísimas, semejantes a paños sacerdotales, dispuestas siempre a recoger las semillas luminosas de los pensamientos.

Estoy sumido lamentablemente en el engranaje monstruoso de las oficinas comerciales, soportando, consciente, la esclavitud que en otros es un timbre de orgullo—¿no se habla del noble trabajo que dignifica?—sintiéndome a cada instante menos dueño de mí y alejado de mis sueños antiguos, esos sueños que arrullan los comienzos de todo artista que se inicia atraído por la fama fácil de los consagrados.

Con experiencia, renuncio absoluta y dolorosamente de mi pasado juvenil, como aquellos monjes budistas, niños y profundos, que abdican de todas sus necesidades. Dejo caer el piadoso lienzo de la Verónica para enjugar mi adolescencia ilusionada, cuando mi puño lírico de poeta sembraba signos armoniosos y rubios, con un dorado de espiga, en las blancas estepas de las cuartillas.

Porque yo fuí poeta desde mis años juveniles, cuando aun no sabía hacer versos y toda mi poesía interior la expresaba en miradas, que florecían rosas de Mayo a los pies de la Virgen María, cándido y extático ante su sonrisa cerúlea, allá en esos días blancos, en que bajo la tutela de los Padres Jesuítas, amaba en Dios la belleza que más tarde encontraría en la vida. En la vida, acaso vulgar, pero siempre inspiradora de pensamientos sutiles, que recojo con la misma avidez de las antenas erguidas en el espacio, semejantes a grandes ventosas que absorben el polvo sonoro diseminado en la cabellera del viento.

Y ahora siento que el corazón, hecho para las delicadezas espirituales, ávido de música, idéntico a las grandes naves de los templos, debe bañarse en las aguas turbias de los días laboriosos.

Así estoy yo, condenado a una existencia oscura, con los ropajes descoloridos y monásticos del hombre de trabajo, cuya vida queda sujeta a la medida precisa del reloj, y en quien cada uno de los actos corresponde a forma determinada, tal el plomo en los grandes vientres de los linotipos.

Vivo ceñido a reglas más austeras aun que las de los ascetas incorruptibles, perdidos en las inmensidades de los desiertos, ya que ellos pueden

orar libremente cara al cielo azul y peregrinar, en los crepúsculos matutinos, hacia los remansos lejanos, y sumergirse en las aguas tranquilas, en las que se bañaron antes las estrellas.

Nací para la libertad y mi camino se ahonda en el cautiverio, como las vías férreas que sepultan sus negras lanzas en los costados desnudos de las cordilleras. Cuántas veces me he quedado mirando al tren, símbolo de mi destino, que pasa veloz y detonante como la cinta de una ametralladora.

Estoy encerrado dentro de un gran círculo, marcado con doce signos. Mi único libro es esta página fría, inexorable, del reloj. La necesidad privóme de los sueños artísticos, esta misma necesidad que arrancó de mis manos implorativas de niño pobre, los juguetes tan deseados en la edad de los júbilos pascuales.

Mis ojos románticos no se han cansado en las fuentes de la lectura, sino que dejan su brillo entre los brazos de la esfera, que se erige en código insustituíble de mi existencia precaria. ¡Oh, mis pobres ojos tristes, ávidos de constelaciones, fatigados en la devoradora labor artesana! ¡Cuán distinta la fatiga bohemia, después de bordar suntuosos poemas rimados, que luego abandonaba como una de esas bellezas polvorientas e inútiles en los museos!

Yo sí que soy semejante a los proletarios, pues también realizo una labor oscura, en nada diversa a la que se lleva a cabo en las fábricas humosas y detonantes de motores. Semejante a un niño a quien los juguetes de la edad han sido suprimidos, por una madre pobre, que en los atardeceres bajo

el ósculo frío y turbador de los reverberos, cosecha el pan insípido de la misericordia.

Porque yo soy un gran niño, puerilmente empequeñecido, que llevo aún en el cuerpo el vapor tibio de los pañales, y parezco saborear en mis labios vírgenes de besos, el zumo generoso de los pezones maternos.

* *

Pero he aquí que la melancolía de mis días se alumbra ahora, con la presencia de una blanca mujer, menos triste y menos conmovedora que yo, pero igualmente tierna y compadecida. Por una mujer pequeñita, que vuelca todo su amor, deseosa de fortificarme con sus caricias. Una mujer perfecta, de brazos propicios al abrazo y de labios siempre florecidos en besos y en palabras oportunas.

Ella representa la ternura que la vida me negó hasta hoy. Trae en sus manos monjiles el ungüento de sus caricias que entonan mi juventud cansada, reemplazando las anteriores defraudaciones con la realidad generosa del amor. Y yo me entrego a esta blanca mujer, cobijándome a su amparo, pues tiene ante mí el prestigio de su absoluta libertad, no macerada en los trabajos, una juventud que necesitaba para justificarse, el amor de este hombre evangélicamente triste, que soy yo.

Me entrego a ella convencido de que en sus brazos inexpugnables las asechanzas de la adversidad se detienen sobrecogidas de espanto, y bebo en sus labios una suavidad oleaginosa, que me resuelve a afrontar la vida, empujado por la in-

tensa confianza en la mujer serena, ante la que se allanan los obstáculos.

Es bajo su égida cuando yo estoy mejor, como al abrigo de una amplia urna. Es al lado de esta mujer insustituíble, que mira tranquilamente las cosas, que tiene un hondo sentido práctico de la existencia y que acepta, condescendiente, las locuras febriles de mi juventud. Amable paliativo, más dulce que el bálsamo y el vino, posee para mi debilidad todas las piedades y todas las infinitas misericordias que antes pedía a las Vírgenes de los altares.

Buena mujer que en sus manos profanas me ofrenda su corazón, embriagador como un almibarado fruto maduro. Su corazón que es la poma de la vida, ofrecida por estas finas manos de mujer, y unge con sus palabras mi pobre virilidad desalentada.

Ella posee, como esas madonas sonrientes, palabras precisas que me sostienen con su óbolo misericordioso. ¡Oh, la música angélica de sus labios, amalteos magníficos del amor, del amor último, del amor definitivo, del amor que no aspira a otro amor! Y me voy fortaleciendo al riego de sus ojos, que como dos grandes ríos, caudalosamente se adentran en mí.

Siento hacia ella el agradecimiento conmovedor de los indigentes, y yo, que siempre elevé himnos epitalámicos a las sombras transitorias, que gusté la amargura de los amores efímeros en la copa ancha y cobijadora en que nos dan a beber las mujeres venales, siempre condescendientes para esos novios, como ellas, sin anillos nupciales, tengo ante mí el calor del amor sin mácula, del amor incomprable con el beso áureo acuñado en las

Casas de Moneda, turbadoras como un baptisterio, de aquel amor perfecto que sólo se adquiere con el amor y se expresa con caricias serenas.

Ante mi vida, todas las mujeres pasaron indiferentes e inútiles para la pura poesía de mis labios prometedores. Y estaban mis manos repletas de caricias vírgenes, iguales a las de un sembrador perplejo, sin saber dónde arrojar la semilla.

Ya no tengo que peregrinar en los atardeceres y en la noche, hasta los primeros jirones de luz con que se anuncia la aurora, tras las espaldas esquivas de las mujeres reacias. Ya no soy aquel nocturno mendicante de amor, cuya mirada implorativa se afanaba por atraer la atención de las mujeres fastuosamente venales, orgullosas y felices en su práctica solución al rudo problema del vivir, incapaces de comprender mi orfandad amorosa.

Ya no tengo que mostrarles mi juventud y mi pobreza, óbolos demasiado humildes para abrir las puertas mágicas de sus casas resplandecientes de luces y de mujeres desnudas, semejantes a focos eléctricos. Ya no necesito, igual a esos mendigos llagados que manifiestan sus maceraciones a la piedad pública, exhibir, yo, para conmoverlas, y atraer sobre mí las alas de la piedad, mi desencantada vagancia de poeta trasnochador.

¡Oh, aquellos itinerarios que envolvían con grandes paréntesis las calles largas y estrechas de los suburbios que sugerían a mi volubilidad desvelada, los renglones tipográficos en que algún obrero anónimo quiso narrar la vida gigantesca de la ciudad! No recojo ya las voces de los borrachos buenos y vacilantes, hermanos de los

estandartes agobiados de las procesiones que, bajo la luna, llaman, embriagados del vino abundante del sábado, con mano pesada, en los dinteles conocidos, y musitan torpemente palabras familiares y cariñosas que arrojan casi con el mismo gesto vago de antes, al salpicar de monedas el mármol ruidoso de las cantinas cobijadoras, ni acompaño con mis pasos el eco de las campanas y de los relojes perdidos, que parecen aún más despiertos y sonoros en la resonante soledad de la noche, semejantes a los serenos.

Las bancas saturadas de humedad no me ven tampoco detenerme en los jardines públicos a espiar las parejas que cruzan por entre el laberinto de la ciudad a la hora en que los teatros se cierran y las luces se abrillantan en esas iglesias en que hay un cuerpo femenino para comulgar.

Me recojo al lado de esta mujer que logra retenerme con el prestigio de su voluntad varonil y de su ternura femenina. Esta prometida pequeñita y gigante a la vez, que me aprisiona en su suave yugo y me cobija cual una hermana mayor, a la que sigo sin ninguna inquietud, libre de la obsesionante atracción de la noche que, en su espejismo alucinante, me ofrecía un cortejo de mujeres suntuosas, desconocidas e inaccesibles como las que vemos en el cinematógrafo.

Y a cambio de todo esto, nada puedo ofrecer a la novia—ella es ya mi novia, esa novia que todos los hombres tienen, por lo menos, una vez en la vida—sino mi pobreza juvenil, sin margen para las dilapidaciones, que había sido mi orgullo. Esta polvorienta miseria aristocrática de intelectual, no ungido aún definitivamente por el esquivo

laurel de la gloria, y que amasa con manos inspiradas el pan de los proletarios ante el horno intenso de las oficinas.

* *

Así es como, por uno de esos caprichos del azar, que juega con nosotros—la rueda del mundo, ¿no es verdaderamente una gran ruleta en el tapete azul, bajo la mirada de los astros?—quedo preso dentro del amplio círculo cobijador de esta noble mujer, y me considero definitivamente incorporado a su vida y a su familia.

Acompáñanos a veces la hermana mayor, cuando en las tardes salimos a disfrutar del crepúsculo, el único espectáculo teatral al que pueden acudir reiteradamente los amantes pobres. Gusta de mezclarse entre nosotros como para adornarse con los resplandores de nuestro amor, y nos vigila avara, celosa de un fuego que no le pertenece, y que quisiera acaso extinguir, en un egoísmo inútil e inexplicable.

Adivina en mí, con esa inequívoca intuición puramente femenina, al novio siempre presente en los sueños y en las ilusiones de las vírgenes. Porque ella vive agobiada del recuerdo de un fracaso amoroso que anula su alma para toda generosidad, y que es siempre un venero de envidia inagotable.

Palidece herida ante el presentimiento de que su hermana alcance ese pináculo, al cual, fatalmente, no pudo llegar, y que ahora le parece accesible. Ese límite donde puso sus ojos en el pasado y hasta él, ilusionada, había alargado la mano.

Nuevamente el despecho la inunda de amargura y ya que no puede vengarse sino en la esfinge, hunde sus dedos, como espadas cortantes, en el costado del hombre que la mostró el cielo del amor y se alejó antes de alcanzarlo.

Nos narra, con la monotonía de esos pianos callejeros que, en las tardes de los domingos, cantan en los suburbios, entre grupos de obreros de gestos duros y entre sus bonachonas mujeres que ostentan con un orgullo patriarcal la pingüe fecundidad de sus matrices, la cansada leyenda de un amor vulgar, que se había deslizado con intermitencias, al través de seis largos años, que ella puebla ahora con la nota monorrítmica de incesantes riñas pueriles o querellas enconadas.

Y la figura del otro, de aquel hombre que hizo manar las fuentes de ternura que encierra cada mujer en sus pechos, va saliendo de sus manos como agria cera amoldada al capricho de su despecho. Yo creo en la forma modelada ante mi vista, y siento como mío aquel amor defraudado. Aquel amor maduro como un fruto que, ofrecido por el regazo dadivoso de la mujer, se malogra casi siempre en las toscas manos del hombre.

Comento, entonces, reclinado dulcemente sobre el corazón de mi amada, la actitud despiadada de aquel pirata que la había abordado para arrebatarle los tesoros de las ilusiones más puras y de los deseos más perfectos. Porque él encendió en el corazón de la hermana un ascua roja y viva como la que arde en los incensarios, dejándola consumir sin echar el grano suntuoso del amor—tal los pebeteros traídos desde Oriente para perfumar los pies desnudos y conmovedores de las cortesanas y de las panidas vírgenes en los altares.

Yo siento cada vez más el derrumbe doloroso de este ídolo frágil que tiene siempre una luz votiva junto al carcaj, y en cuyos dedos sonrosados palpita el arco, semejante a un ala nerviosa, al través del cual parte el sonoro beso de un dardo.

Y en mi excesiva piedad, deseo aplicar el bálsamo a su herida, un beleño capaz de extinguir piadosamente el recuerdo. Quiero apagar esos cirios funerarios que parecen velar el amor muerto, y que son en la vida de la hermana como luces maléficas, brillantes, por las noches, en los cementerios.

La felicidad de mi amor correspondido pone en mayor relieve su orfandad amorosa, y siento como que yo soy el llamado a remediar aquel mal, que parece irreparable. Y así, recostado dulcemente sobre el corazón de mi amada, enumero uno a uno todos mis conocidos, buscando entre ellos al amante deseado, que debe borrar con la presencia del amor nuevo, la acritud persistente de este idilio roto fatalmente en el pasado, que no volverá a recogerse en las esferas de los relojes, y que se proyecta sobre los tres como una sombra pringosa.

Y es así, cuando una tarde llego acompañado del amigo, como de un rey mago, y derramo generosamente a sus pies, oro, incienso y mirra.

* *

Ya está pues, con nosotros, este amigo mío, al que traigo precedido de una aureola de suntuosidad. Porque él ya no es un hombre joven como yo, y ha sido feliz en sus operaciones mercantiles,

y la Diosa Fortuna, más asequible que la del Amor, le sigue como la sombra fiel de un perro.

Estuvo entregado toda su juventud a los negocios, y sólo se distrajo de sus ocupaciones para perseguir con la escopeta el vuelo de los pájaros en el cielo y la fuga de los venados nerviosos en la tierra. Jamás tendió, como yo, el arco del deseo para alcanzar con su dardo patético los corazones de las mujeres, y fué siempre un amante sumiso al frío rito de Mercurio, que le premió prosperándolo.

Mas ahora, él ha querido cometer su pequeña felonía y, animado por mis palabras proféticas, se lanza a las floridas sendas de una aventura sentimental. Ignora, en su virginidad manifiesta, que el comienzo de todo amor es dulce, que en sus confines prosperan rosas de acíbar, y que esta felicidad blanca se oscurece bien pronto, cuando la realidad se encarga, por medio del hastío, de ir quitando esos velos turbadores con que disfrazamos fugazmente la imagen amada.

Ya está, pues, con nosotros, y a semejanza mía, se adorna ahora de atributos pontificales y empieza a ser humano. He puesto en su vida un motivo triunfal, que avivo con mi soplo experto de guiador, empeñado en cultivar esa llama griega del deseo, al que se entrega con la inexperiencia de los reclutas en el campo de maniobras, completamente vulnerable.

En las tardes no viene la hermana hasta nosotros para adornarse, como con piedras falsas, de los áureos destellos de nuestro idilio. Yo he quedado solo con mi amada, y no está ya con nosotros, sirviéndonos de espejo, ni se agrandan sus ojos sorprendidos ante nuestra ternura, porque

tiene un novio que yo le he traído, escogido de entre mis amigos.

Y al verlos juntos me siento bondadoso como un Cupido propicio, concertador de himeneos, y parezco velar sobre su amor y le siento crecer bajo mi sombra.

¡Oh, el júbilo de haber dado a la hermana un esposo, porque él se casará con ella sin duda, y siempre estaré presente en sus conversaciones, y mi recuerdo ha de ser semejante a esos grandes retratos de novios, colocados en el salón del hogar! ¡Oh, el júbilo de haber dado a la hermana este amigo mío, poderoso como un Rey Mago, que colmará sus ensueños y hará disipar sus pasados dolores! Toda su felicidad es obra mía, y yo pude, como un dios benévolo, distribuir generosamente mi puñado de dicha.

Y me siento más ufano cual si ellos justificaran el amor mío haciéndole más bello y dadivoso. Como si ellos mismos fueran no más un eco de la pareja que mi novia y yo formamos, y aun sin estar juntos, copian con la fidelidad fotográfica de los espejos, los gestos y las caricias que nos prodigamos.

Yo he traído a esta casa, a más de mi corazón, un óbolo distinto, que pongo en las faldas de la hermana, y que, a la vez, enriquece, por su generosidad extensiva, a mi amada. Porque no sólo soy un motivo de júbilo para ellas, sino que la madre misma ha borrado el gesto duro y esquivo con que me admitía, impuesto por la hija.

Yo soy para ellas algo más que un amigo y me granjeo todas sus voluntades, igual que un amorcillo familiar que favorece el buen tiempo. Mi pobreza se magnifica ahora, pues no puede serlo

tanto quien sabe dar un novio a la hermana, y llena de ecos nupciales la serenidad monástica de un hogar de núbiles.

He conseguido dilapidar mi ternura compasiva dando forma tangible a mi piedad, enriqueciendo fraternalmente con la presea de la misericordia mía.

¡Oh, hermana de mi novia! Yo he querido hacerte este presente, análogo a esos votos benditos que los creyentes ponen ante las sacras imágenes pías, porque yo amo en ti a mi amada. Quiero hacerte feliz por amor a ella y, así como yo pongo ante sus piececitos entumecidos, mi corazón encendido, cual las ascuas de un brasero, deseo que acerques tú también la silla junto a mí y te calientes con el mismo fuego.

* *

Hoy, al llegar, ha salido mi amada a recibirme, con el rostro más pálido que nunca y los ojos encerrados en ese círculo oscuro y conmovedor de las ojeras. Ha venido a acogerme así, y su ósculo es fugaz y triste como un suspiro, y su voz tiene una modulación tan apagada e insólita, que mi corazón presiente su sentido luctuoso.

Ella aparece cual si se hubiera envuelto voluntariamente en lutos, y sus gestos son los de una viuda, y camina con el recelo temeroso de los velatorios, y sus labios están fríos como los de un muerto, y su presencia lacrimosa se reviste del hálito de las flores marchitas a la intemperie en los cenotafios.

Después de haber tomado el beso con que me saluda al presentarme, y que hoy no es tan dulce

y reposado, me siento desorientado y cohibido por su mutismo enigmático que pone un sello indestructible a mi boca, incapaz de interrogar la grave esfinge de su admiración, y espero que sea ella la que corte con la espada de su palabra el apretado nudo del silencio.

No sé qué pensar, y me sobresalto ante lo desconocido, y temo que sus labios pronuncien frases nefastas como las de las pitonisas, y más que junto a los oráculos del amor me imagino estar en presencia del horóscopo de la muerte.

Y velo atento su silencio, a la manera de un arcángel con la espada desnuda a la puerta del Paraíso, intentando leer en el misterio de su mudez, aguardando que alguna palabra escapada de improviso pueda servirme de guía, y tiemblo a la revelación con el pavor de los ajusticiados, que aterrados esperan escuchar la sentencia absoluta cuya terribilidad no puede apelarse. Como si ella fuera a fusilarme con una sílaba acerada.

Pero de sus labios entorpecidos, acaso víctimas de una amnesia fatal, no escapa ningún sonido, y esta tenebrosa ausencia de palabras me acribilla el cuerpo con puntos de alfileres y siento que cada vez, me hundo más lamentablemente en la inquietud de la espera.

Ella me mira ahora, y va a hablar. El corazón palpita cual si le dejaran caer encima la tajante cuchilla de las guillotinas revolucionarias.

—¡Qué mal has hecho en traer ese hombre a casa! Tú no sabes que desde que él viene aquí, la atención de todos está puesta en su persona, y a cada paso lo comparan contigo.

Yo comprendo entonces, transido de piedad, el hondo surco amargo que ha abierto en el

pecho de mi amada la ingratitud rencorosa de la hermana, envidiosa de nuestra felicidad, con aquella adversión profunda y envenenada que brota espontáneamente en las almas defraudadas, a vista de la felicidad ajena.

—Tú no has debido traerle jamás, pues desde que vino, a ti te tienen en el concepto más ínfimo. No debiste presentar nunca un hombre rico, porque tu pobreza resalta más a su lado y de nada te sirve ser bueno. Ya ves, ese amigo tuyo y esa hermana mía son hoy los peores enemigos con que contamos, a más de tu indigencia.

Pienso en el duro delito de ser pobre y en el dolor de la mujer afligida a causa de esta penuria mía, desnuda de todos los atributos que seducen a los hombres y a las mujeres jóvenes, e indigna, por eso, de las misericordias. Esta mala fortuna, que sólo sabe llagar el corazón ingenuo de la novia y que consideran como un veto para la felicidad.

—Yo tengo que estar defendiéndote todo el día, justificándote y librando tu cuerpo invisible del encono de sus golpes. ¡Para que lo trajiste! Me hubieras ahorrado esta lucha y este dolor de las afrentas con que te hieren.

—¡Para qué le habré traído!—respondo ya, repuesto de la sorpresa por esta ofensa nueva reservada como premio a la piedad de mi corazón.—¡Para qué le habré traído! Y yo, que quise alumbrar su vida con la presencia del amor, me veo ahora perseguido por los canes rabiosos de su odio inagotable. ¿Qué le he hecho a la hermana? ¿No fuí el único que pesó su abandono y quiso redimirla del celibato? ¿No he sido

yo el que conduje a esta casa, al amigo poderoso para que la amara?

—Es verdad. Tú le fascinaste por eso, porque tienes ímpetu dadivoso y eres ingenuo como un niño. Sólo que nadie aprecia la bondad del corazón ante la falta de recursos. Cuando enumero tus méritos, te lo echan en cara para opacarlos.

A esta proclamación de indigencia, mi altivo corazón se exalta por el oprobio, y como si encarnara la miseria de los menesterosos, respondo a la novia, igual que en presencia de una multitud congregada en un mitin de hambre:

—¿Es que los pobres no podemos ser buenos? ¿Acaso el bien que nosotros sembramos no se nos recompensará jamás? ¿Quién es más virtuoso, el que da un pan o el que lo recibe? Los mendigos tenemos siempre el corazón tierno, y porque es hija de Dios, la pobreza será eternamente bella. Los ricos y los poderosos ostentan el alma endurecida, como una medalla. La caridad brota siempre de las manos que se extienden para recoger limosnas. El mismo niño Jesús es un rapazuelo miserable y pedigüeño.

Y recuerdo ese niño sonrosado y glorioso, envuelto en pañales modestos, semejante a los hijos del pueblo, cuyo amor redimió una parte de los hombres. El Niño Dios está generosamente junto a nosotros y nos sonríe, porque como él, somos también unos pobrecitos.

Pero ella vuelve a elevar su voz plañidera:

—Han hecho un arma de tu misericordia y te hieren con la misma dicha que les diste.

Y yo soy ahora el Cristo, el Dios lacerado por el hombre desagradecido. Y siento una gran ternura para la amada compasiva, que me coge

las manos y me las besa, esperando que sus ósculos puedan purificarme del mal pago de los suyos. Es más conmovedor para mi corazón su acto humilde, ya que me siento llagado de ingratitudes como un Ecce Homo.

Esta novia dulce, humillada ante mí, semejante a una purísima Virgen María al pie de la cruz, esta prometida buena, que esmera compasivamente sus caricias, deseosa de lavarme del barro que arrojan contra mi rostro. Esta encarnación viva del amor que redime los pecados ajenos, que se hace más pequeñita, exalta la ternura vejada de mi pobre alma de soltero, zaherido injustamente a causa de su pobreza.

Y yo amo más que nada su piedad, y me guarezco en su pecho, consolado de su misericordia y gustoso de sentirme compadecido, semejante a esos enfermos a quienes satisface ver proclamadas en voz alta sus maceraciones.

¡Qué dulce es mirar a la amada protegiéndonos con su escudo, y alzarse como un ángel magnífico, terrible y conmovedor, ahuyentando con la espada luminosa los perros hambrientos que nos rodean para devorarnos las vísceras magnánimas! ¡Qué conmovedor encontrarnos amparados puerilmente por la debilidad de la mujer querida! ¡Qué deleite sentirnos ligados a ella, más que por la felicidad, por el dolor, cuyos lazos juntan mejor los corazones!

—Sí, amada mía, somos unas víctimas de nuestra propia benevolencia. Yo te amo más en esta hora de tribulaciones—exclamó, besando las luces de sus bellos ojos que las lágrimas ponen brillantes como dos astros cristalinos.—Yo te amo más ahora en que ambos somos azotados por la in-

gratitud y en que vemos que los demás no estiman nuestros impulsos generosos. Yo te amo más ahora, y mi amor se afirma profundamente como las raíces de un árbol frondoso que retuerce la furia del viento.

Y me comparo nuevamente al Cristo dadivoso, al que crucificaron por dos veces los hombres: primero con el odio y después con la ingratitud.

—Tú se lo diste. A ti te lo debe.

—Yo le ofrecí al amigo y le convencí que la amara y lo volví a traer repetidas veces. Hice que en las tardes nos acompañara para que estuviese con la hermana. Tú lo viste. Y también lo difícil que era hacerle amar la mujer, a él, hombre entregado a las faenas de la fortuna y a los caprichos de la caza.

Ella me mira inspirada:

—Oye, ¿y si no lo quisiera?

Vislumbro a través de estas palabras luminosas el corazón de la hermana enemiga.

—¡Eso es!—prorrumpió en una exultación.—No lo quiere. Ella no ama al amigo, y su inquina no es sino el resultado de los celos y del despecho frente a nuestro amor mutuo, porque si su corazón amara y fuera amado no habría sitio para la inconsecuencia. Ella está con él, pues, porque desea casarse y ambiciona su prosperidad burguesa. Sin duda, son más pobres que nosotros y están a nuestros pies, humillados por esta luz tranquila de nuestro cariño, al que arrojan piedras de igual manera que los perros dirigen los guijarros de sus ladridos contra el claro cristal de la luna.

Y besándola las manos como si se las llenara de

monedas de oro, nos sentimos ricos y poderosos con los tesoros seguros del amor.

* *

Ahora mi amada pretende que tome de los cabellos a la Fortuna y la tienda a nuestros pies como una gran piel de lujo. Me insta a que mejore de renta, y pretende infundirme en el alma el deseo de una actividad más práctica. Se esfuerza por conseguir de mí cuanto puede exigírsele a un hombre vulgar, ignorando la capacidad manifiesta de los poetas, que como los pájaros, sólo saben cantar en la pereza.

Yo me rebelo a la tentación de ser rudo y sojuzgar la suerte. Resisto presa de un temor pueril, porque la vida franca me asusta, como a los niños que creen en aparecidos les intimida la oscuridad de la noche.

Así está en contra mía, porque quisiera verme rico, ya que nuestro amor no es suficientemente luminoso para deslumbrar a los suyos, que sólo creen en el valor efímero e inmediato de las cosas. Ella gozaría al poder mostrarles, a más de mis besos, brazaletes constelados de piedras preciosísimas, semejantes a las que lucen en las mitras, sortijas centelleantes entre sus dedos, igual que las madonas, y pendientes maravillosos.

Su orgullo sería verme envidiado en la plenitud del amor y la fortuna, y que la hermana enemiga no pudiera denigrarla con mi pobreza. Se indigna frente a mi ineptitud y recrimina con encono mi desidia, y hasta se pregunta qué amor es éste, el mío, que no la recubre de sedas ni arranca como

los mineros en las entrañas de la tierra materna, los minerales de la vida colmada de dones.

Yo ensayo defenderme con palabras que se deshacen inútiles frente a su lógica, parecidas a pompas de jabón reventando al chocar contra los costados del viento.

—A unos, el amor les da alas para volar y a otros encadena en la dura tierra. Yo estoy así, encerrado en mi pobreza, cautivo e inválido, para libertarme. Todo esfuerzo me es desconocido. Mis labios no saben sino cantar y besarte, y mal estaría el cincel del hombre laborioso en mis manos vírgenes de trabajos forzados. Bastante las profano en la oficina sobre el teclado inagotable de mi máquina, que cual un gran órgano de trabajo, vibra todo el día bajo los golpes de mis pálidos dedos doloridos.

Ella, que en otra ocasión hubiera besado mis manos heridas por el esfuerzo, compadecida de sus maceraciones, permanece inconmovible.

—Pero es imposible que no encuentres algo mejor. Tú eres inteligente. La vida es tuya. Tu puedes trabajar en otra parte. Si no, ¿cómo te dicen inteligente? ¿Acaso lo eres porque escribes en los periódicos? ¿Es tener inteligencia hacer versos que nadie alaba y que sólo llegan al corazón de la novia?

Yo asiento. Sí, es cierto. Mi arte resulta molesto para esos cocineros de las imprentas que en grandes fuentes ofrecen al público los manjares que apetece, condimentados con fuertes especias. Tiene razón la novia. Acaso hubiera sido acertado llevar contabilidades en los Bancos y juntar las cantidades como reúno las sílabas de un verso. Y mientras estoy con ella, en la comunidad del

pensamiento, me quedo mirando por la ventana el paso de la multitud, que, seguramente, va en camino de la felicidad porque lucha sin la debilidad de los poetas.

Al verme callado, con las pupilas hundidas como espadas en la calle, se arrepiente de tratarme así—la hermana y el amigo la empujan desde lejos en contra mía y es dura sin quererlo—y me besa en la frente.

—¡Te estás acabando cada día más! No pienses tanto.

Y su voz se hace trémula. Su piedad me conmueve al extremo de empañarme los ojos. Una congoja me sube a los labios, y bajo el gran escudo de la misericordia con que esta mujer parece protegerme, yo me hago más débil y más frágil aún.

Al besarme, intenta enjugar con sus labios la humedad de mis ojos que exagera para compadecerme. Toda su ternura de madrecita joven se concentra en mi orfandad al reconocerme indefenso, falto de esa voluntad que a ella la orla como de una alta cimera heroica. Y yo, semejante a un niño enfermo, sollozo en su regazo, seducido y nostálgico de mis llantos infantiles.

—De hombre nunca he llorado—dígole para hacer más benéfica su piedad,—y ahora mis ojos se llenan de lágrimas con mucha facilidad.

Está junto a mí, propicia, y los dos parecemos un cuadro de la Virgen María con su hijo en los brazos, al pie de la cruz.

—Ten firmeza. Armate de este mismo valor que me enfrenta a la suerte. Tú eres quien debe arrastrarme de la mano hacia el Futuro conquistado. Pero te estás aquí, lamentativo y sin resolu-

ción para las empresas provechosas. Estás aquí cual una plañidera, con los pies pegados al suelo, sin atreverte a avanzar.

Pero ella ignora que a su espalda he ido implorando caridad como un mendigo. Ella no lo sabe, y yo ahora quiero proclamar mi mérito en el fracaso:

—¡Oh, estoy cansado de tocar en las puertas cerradas! Mis manos, míralas, se han revestido de preciosos callos al llamar en los timbres, y mis pies se fueron agotando en todas las escaleras, interminables e inhospitalarias. Sí, yo he ido peregrinando en esas grandes tiendas augustas como catedrales, en las que hay siempre un hombre frío y duro que niega o explota. Me he prosternado ante esos iconos y les encomié para favorecerme. Pero estos dioses nuevos tienen apretados los puños en que encierran gemas de felicidad, y contraen los labios para que no se les escape la paloma portadora de un olivo que anuncie la misericordia celeste. Y todos ellos me han visto, inconmovibles, alejarme pálido y encorvado por la humillación, sin un gesto de piedad para mi juventud indigente. ¡Oh, que amargura la de ir de uno en otro—¿no llevaron así, al Cristo, de Herodes a Pilatos?—con las manos deprecantes, y regresar, en el crepúsculo, agobiado de negativas que disuelven mis pocas energías, como si me apedreasen de oprobios, sin ninguna indulgencia para mis necesidades!

Ella pone sus manos sin sortijas, en mi boca, por contener las palabras desconsoladas que brotan semejantes a una hemorragia.

—No tienes la flexibilidad del acero. Te rompes al menor golpe—dice, porque ella es fuerte

y varonil, porque ella sostiene en sus manos la decisión tajante de una espada y es resuelta cual un hombre. Y yo me siento desconsolado como un hermanito menor.

—Mis brazos están doloridos de empujar las puertas cerradas, engalanadas con amplios cristales parecidos a navíos en fiesta, y en mis oídos perdura dolorosamente, como un rumor de colmena, el ajetreo de los pobres hermanos míos, que a igual que yo, agonizan sobre las mesas de trabajo, terribles hermanas de los patíbulos. Mis dedos adormecidos y la mano cansada de escribir tantas solicitudes que he visto partir sin que siquiera se hayan decidido a contestarlas. Yo he movido mi juventud en todas direcciones, y de cada peregrinación traigo por laureles coronas de fracasos lamentables.

Y mi amada no sabe cómo detener este caudal doloroso que ella misma provocó.

—Bueno, cállate ya. ¿No nos queremos? ¿No somos felices, con todo? Deseo que seas rico por dar dentera a la hermana, nada más. Pero yo así te quiero. Te tiras a matar y estás cada día más pálido y delgado, porque tomas las cosas a pecho. ¿Había motivo para que te lamentaras de este modo? Mira, ya tienes los ojos húmedos.

Y con sus besos, intenta restañar las rojas heridas, que como rosas, la vida va fecundando en mí.

* *

A veces yo siento la nostalgia de esas horas antiguas, escapadas ya de las posibilidades de los relojes, como pájaros emigrados de entre verdes

frondas a las primeras flechas del invierno. Sufro la atracción lejana y desconocida que me tiende sus lazos y me busca con sus repiques, semejantes a los trinos de las campanas angélicas de los domingos de Resurrección.

Esa tristeza evocativa, comparable a la de la viuda envuelta en lutos, frente a las túnicas blancas de las vírgenes que el viento de los domingos exalta con velos nupciales y que pasan ávidas de novio, las manos limpias del aro conmovedor de los desposorios.

Vaga en mi torno, una como reminiscencia de un tiempo ya luctuosamente perdido. Trepidan mis plantas prisioneras, deseosas de correr en las calzadas o sobre el asfalto, por entre las multitudes del crepúsculo, cuando por los lechos de las callejuelas corre el río del aire que va a desaguarse en el lago jocundo de los arrabales, donde la brisa es poderosa y elástica como un gran mar.

Yo albergo la melancolía de esos nobles galgos que se deshacen decrépitos a las puertas de los castillos viejos. Y mi corazón se cierra para la amiga, se hace hostil hacia ella y desea arrancar el lazo que le retiene inflexible como a un navío en el puerto.

En todo mi sér nace, semejante a un primer sol de verano, el ansia de recoger en la copa de las calles inquietantes, el vino de los encuentros inesperados. Aspiro a los nuevos horóscopos en los ojos de las mujeres fugitivas.

Trepar los lechos de las hembras venales, fáciles y caritativas, o mecerme en las hamacas de las queridas tristes, que tienen las manos refulgentes de estrellas pobres, y perfuman con

olores baratos la cimera gloriosamente miserable de sus cabellos.

Yo siento la atracción imprecisa de una mujer vaga, y me conmuevo ante su posible aparición, y me estremezco como si ya estuviera a mi lado, cual si ella misma bajase desde lo desconocido y viniera a mí, igual que esos cromos de reinas bellísimas saliendo a recibir príncipes arrodillados.

Porque soy un príncipe indigente, que ama la quietud de los castillos desconocidos y la soledad de esas ignoradas princesas prisioneras en torres inaccesibles, que miran siempre al través de los hierros la carretera desnuda y tienen el oído en vela para recoger el galope de un caballo esperado.

Quiero sustraerme de este amor imperioso, que me tiene secuestrado y que frustra todos los himnos epitalámicos que crecen con los nuevos calores.

Los dos estamos en silencio, y parece como si nuestras almas se conversaran:

—Gusto la llegada del verano. Correría por las calles abrasadas de luz, y las mujeres que pasen con la desnudez enloquecedora de sus ropas veraniegas, encenderán mi joven carne de novio.

Y ella se defiende procurando poner un freno al deseo desbordado:

—Sí, tú aspiras volver como antes a errar bajo el sol, mirando con ojos ávidos las parejas y deteniéndote en las casas donde se da el amor fugaz. Tú esperas tornar a esa vida pasada, de la cual estabas cansado semejante a un guerrero que ha combatido hasta la caída del día. Te aburre la felicidad tranquila del amor

que yo te ofrezco y pretendes llagar nuevamente tus pies persiguiendo formas esquivas y suspirar en los jardínes como un dios abandonado, regresando en los amaneceres con el corazón helado por el frío de la noche, sin el calor de una sonrisa.

Me absuelvo de esa evocación dolorosa de mi pasado, y en un júbilo progresivo canto la epifanía de la ilusión:

—No, yo no reniego de esa vida antigua en que era un mendigo a la puerta de las cortesanas y cuando sentía admiración por los hombres fuertes que salvan acrobáticamente los abismos en que se aislan las mujeres desconocidas. Ya no me lacera la lejanía de las novias que pasan nostálgicas de azahares, ni me intimido ante las mujeres que avanzan balanceándose como los navíos cargados de frutas. Y me apresto, ahora, pirata errabundo, al abordaje, y doy el grito jubiloso de los marineros que atacan con las hachas y las espadas desnudas.

Así hablamos los dos, sin palabras, hasta que con voz de reproche exclama, rompiendo nuestro diálogo silencioso:

—¡Oh, y que amor es éste el tuyo, para el que la presencia de cualquiera desconocida es un peligro insalvable! Qué amor es éste el tuyo, tan colmado de nostalgia, que no se basta a sí sólo, siempre amagado por imágenes lejanas, que tiene los ojos, puestos en el pasado, parecido a esas mujeres envueltas en velos oscuros que claman a las puertas de las iglesias, en Semana Santa, o que mira el porvenir como los viejos Profetas y está aislado del presente y no aprecia

la hora cálida que pasa y desdeña el amor conquistado.

Apiadado de su lamentación, intento borrar con frases cariñosas el pánico que mi inquietud suscita en su espíritu:

—Sí, es verdad. Es verdad todo lo que tú dices. Eres el amor que me empeño vanamente en buscar. El amor al cual invocaba en horas extraviadas, semejante a los moribundos que piden la Extremaunción. Pero a veces, al mirar las multitudes, se aviva la hoguera de peregrinación que llevo dentro, entristezco de no volver a recorrer los itinerarios extinguidos en las lámparas de los relojes, y me veo recubierto de cenizas.

Ella cierra la ventana para que el paisaje exterior no imane la pobre brújula de mi corazón, y me toma en sus brazos para dormirme en su seno. Tal ternura materna me envuelve en un ambiente de consolación, que exalta más el deseo de otros regazos, pasados o futuros. Y digo dentro de mí mismo esta vieja canción de mis vagancias antiguas:

—¡Oh, la turbación divina y deliciosa de cuando pasa una mujer! Cómo me hace estremecer de esperanza, creyendo alcanzar con ella la felicidad, hacia la cual tiendo mis manos y mi rostro ansioso. Pienso que puedo amarla con amplitud, que posiblemente se enamore, y que quizá moriría de espasmo en sus brazos. ¡Oh, mujer anónima, discurres indiferente junto a mí, y no reparas en que te estoy mirando! Que triste quedo al alejarte ya. Pero mujer desconocida, te amo así, cuando avanzas esquiva, orgullosa de tu incognitismo. Corro tras de tus imágenes bellas

y fugaces. Siento, mientras caminas, el poder magnético de tu forma. Las flechas del deseo se hunden profundas en mi costado y palpito con el ritmo de tus pasos, en los que adivino el temblor voluptuoso de tu vientre, dispuesto a las devorantes caricias dispensadas en los lechos nupciales.

Y la amada responde, como si su corazón interpretara el silencio del mío:

—Cifras la felicidad en lo que está encima de tus manos y que no podrías alcanzar nunca. Yo, para ti, en el rosario de tus días, no soy nada ya, sino un obstáculo o un yugo. Que has de buscar siempre el amor que no llega, cansado del calor de las manos acariciadas en veladas íntimas, y quieres visitar la pluralidad de los regazos y dormirte en todos los brazos.

Yo pienso entonces en la gran misericordia de esas casas iluminadas con grandes luces y que están colmadas de amplios lechos cual en los colegios. Intimamente me dirijo desde donde estoy, a la mujer reclinada en los blancos lienzos, y pronuncio palabras que hubieran ofendido los oídos de mi novia:

—¡Oh, mujer! ¿Qué ha de compararse a ti, cuando estás tendida en el lecho, desnuda? ¿Qué atracción, qué abismo puede enfrentarse al de tu sexo? ¿Y las flechas rosadas de tus pechos erguidos palpitando ya en un preludio de copulación? ¿Y el terciopelo de tu vientre tan sutil que amenaza romperse bajo la caricia violenta del amor frenético? ¿Qué lazo, que argumento más persuasivo y retenedor que tus piernas dóciles que se entrecruzan y nos sumergen en un centro de voluptuosidades y desmayos? ¿Quién, si es joven,

consigue afrontar victoriosamente tu desnudez? Yo me detengo ahora en tu larga y pomposa cabellera que te sirve de colcha, y exalto las ansias gozadoras del amante que te posee y hunde en ti sus dientes enardecidos. ¿Y qué decir de los dardos de tus pechos enhiestos, duros como frutas nuevas, que dirigen contra mí bocanadas de sensualidad y me envuelven en estremecimientos lujuriosos y me hacen alargar las manos para estrujártelos y los labios para bebértelos? Tus pechos son dos buenos amigos que te buscan los mejores amantes y los retienen a tu lado, por la gracia cobijadora de su morbidez. ¿Y tus labios? ¿Y los dientes que hieren, muerden y devoran? Sé que de todos los placeres, el más hondo, el más firme, es morir sobre tu vientre unido a las fuentes de tus senos, en ese goce largo que prolongamos caprichosamente en el acoplamiento. Y por eso, yo canto ahora los altos goces de las mujeres.

La amada, ante mi silencio, prorrumpe en nuevas quejas:

—¿En qué meditas? Estás largo rato callado y con la mirada perdida, como si no despertara ninguna imagen en ti, como si yo misma me borrara de tus pupilas. No, hombre, tú ya no me amas. Tú sigues aquí porque yo no te dejo. Permaneces a la fuerza a mi lado. Mira, no te detengo. Márchate si quieres. Vuelve a recorrer tus viejos caminos. Implora otra vez las esfinges de las mujeres desdeñosas.

Con esta amenaza mi deseo se disipa, aferrándome al amor que puede dejarme.

—No estoy a tu lado por la fuerza, novia mía. Mi corazón se ha hecho a tus caricias. Nada me

tienta sino tú, y las mujeres lejanas no tienen ningún influjo sobre mí.

Pero ella se manifiesta reacia, y en sus manos veo la llama arcangélica que resplandece en las primeras páginas de la Biblia:

—A mi lado no eres feliz, bien lo noto yo, y comprendo que te aburres. Vete, vete si quieres y no te acuerdes más de mí.—Su voz se hace húmeda y sus ojos no quieren mirarme.—Vete, que te he de ver con otra y has de sufrir a su lado, y será para ti un venero de angustia. Entonces echarás de menos mi presencia, apreciando el valor de mis besos.

Yo tomo sus manos, intimidado por sus palabras, que pueden ser proféticas, y evoco el amor casto de las cortesanas. Las veo desprenderse de sus sortijas y cercenarse las cimeras de sus cabellos para salvar la vida del amado enfermo. Yo alzo en mi corazón un trono para esa pasión de las mujeres públicas, que viven inmaculadas en el vicio, y comprendo el hermetismo de las vírgenes, orgullosas de sus sexos impolutos, altas y despectivas, que aun guardan las llaves de sus secretos nupciales, y tiemblo ante esta mujer, armada del gran atributo de su virginidad, que me arroja ya del lecho nupcial antes de haberlo macerado con mi cuerpo joven de esposo, y que puede aprisionar en la palma de la mano el corazón y es capaz de dejarme partir, inexorablemente.

—No profanes—exulto yo, en el deseo de alejar la amenaza de exilio que con su mano traza sobre mi frente,—no mancilles el amor de los novios, hecho de inocencias y blancuras, salpicado de azahares. No equivoques la caricia torpe del deseo con la suavidad del contacto tímido. El amor no es

sólo carne, es alma que vibra, es espíritu, es ilusión, es bondad.

Me escucha deseosa de convencerse, y veo que ya su mano empieza a ceder, como un astro que declina en el crepúsculo. Y pienso:

—¿No es todo esto, o no puede ser tan blanco el amor de una cortesana? ¿No son, precisamente estas criaturas angélicas las que tienen los cabellos coronados de azahares? ¿No son ellas las que aprecian mejor el sentido epitalámico de unos labios pobres?

La amada escruta mi silencio, y ahogo en el corazón esta piedad que podría suscitar sobre mí un nuevo signo maléfico.

—Sí—digo por disculpar la blandura de mis pensamientos.—Para que la conjunción de dos seres sea perfecta, debe existir por origen un afecto puro. El amor purificado sólo se justifica cuando asciende al amor copulativo, que es igualmente casto, con la castidad rosada de los cuerpos. No interpretes equivocadamente el nuestro. Yo amo en ti el amor superabundante, el amor definitivo, el amor que coloca su dios en un templo digno y fastuoso, inviolable, insustituíble. Eres para mí el amor último y perfecto.

Completamente desarmada, insiste aun para velar mi victoria:

—Tú eres muy enamorado. Andas fijándote siempre con ojos ávidos en todas las mujeres.

Sé que tales palabras exigen de mí una nueva proclamación del amor. Gusta de oír en voz alta la confesión de fe de mi corazón, y no queriendo privarla de este placer pueril, exclamo con un acento inspirado y sincero, como el de los novicios al pie del altar:

—Nuestro amor es un amor blanco de novios. Y por no profanarle, busco la mujer pródiga que esté libre del freno de la virginidad y para quien la abstinencia es un veto. Escudriño esos regazos macerados por las caricias múltiples, ya que ellos ostentan como un trofeo la reiteración de su dádiva. Mi piedad hacia estas mujeres generosas es un afecto profundo y universal que no se precisa sobre ninguna, sino que ama el sacerdocio misericordioso de las mujeres venales. Tú sabes que nunca mis ojos se han imantado en esas jóvenes nupciales, armadas como tú con sus siete sellos y sus siete velos, que no gustarán el vino de los lechos sino con el esposo y para las que un amante está arrojado de todos los dinteles de la posibilidad. Atisbo a la mujer que me hace trasportar los altos tálamos y para la que todas las noches hay una boda y tiene muchos esposos efímeros, igual a las mariposas nocturnas que se desposan cada noche con los reverberos. Tú eres el amor de novia, la nota romántica en esta armonía de mi vida sentimental, de mi desamparada existencia de poeta pobre y oscuro. Yo sé que no podré amar a otra mujer con este afecto de prometido. Con esta devoción que me llena los ojos de lágrimas cuando pienso que puedes morirte y dejarme solo, entre desconocidos.

Y una vez más, el cariño triunfante de la novia virgen me encadena impasible, extinguiendo las angustiosas inquietudes y vagos deseos de mi corazón prisionero.

* *

Deseo deslumbrar fastuosamente por medio del

divino arte de la palabra, ya que no puedo de otra manera, la antagonía de la hermana. Porque yo sé escribir páginas que conmueven íntimamente el alma de la blanca novia, y, que, dadas a los cuatro vientos de la publicidad, me colmarán de aplausos consagradores. No sólo tengo el arma del amor para defenderme de sus ataques injustos, sino que cuento con esta otra, poderosa y terrible, con que poner en derrota su ingrata soberbia de ángel rebelde.

Así, hoy manifiesto a mi amada este impulso vivo para consagrarme poeta, dando a luz, en la expresión del libro, el lirismo de mi inspiración juvenil. Así la hablo yo, exaltado ante la idea magnífica que parece absolverme de mi pobreza, hecho rico en la generosidad del arte repartido.

Yo la digo así, deseoso de influir en ella este optimismo al que me entrego por completo, con una exaltación pueril que hace recordar mi alegría de las noches de Pascua. Y sonríe de verme alegre. Mi juventud detona semejante a los castillos de Navidad, y mis mejillas se ponen sonrosadas ante esta nueva aurora que yo creo con mi deseo y que es como la epifanía de mis cantos inéditos.

Ella sonríe al verme sonreír y se embriaga con el perfume de mi alegría, y mira ya mis libros en los escaparates de las grandes tiendas y lee en los periódicos las críticas benévolas de los amigos. Se entrega conmigo a las locuras de la imaginación, y los dos soñamos en el paso decisivo que me hace salir de la prisión mezquina del periodismo local y lanzarme a los grandes mercados del pensamiento, semejante a un gran navío

con todas las blancas velas desplegadas a la hospitalidad de los vientos.

Siente en este momento, junto conmigo, el vértigo del primer libro que toman en sus manos los amigos estupefactos, que lo sopesan para comprender la capacidad de mi cerebro y que me felicitan cual si recién naciera. Podrá mostrar a las amigas el tomo de versos y adornarse con él como una gran joya que ingenuamente envidiarían, siendo ante ellas la novia del poeta, la novia engalanada con el amor prestigioso de un artista nuevo.

Y nos hemos quedado así, perdidos en el Futuro, sintiendo la hora alada llegar hasta nosotros y gustado por un instante el desmayo intenso de la felicidad honda y pura que hacemos más grata en los límites de la quimera dorada.

Porque yo, que estoy definitivamente alejado de ese espejismo falso y torturador de los periódicos, decepcionado de la moralidad de sus redactores y convencido de la incapacidad del público que se alimenta con el pan de sus pobres hojas efímeras, despreciando la conmovedora eucaristía del libro, y que se embriaga de ese vino plebeyo y barato que sale del plomo de las vides de los linotipos, quiero dar a luz un libro más embriagador aún que el Chipre de los griegos o el Falerno de los romanos.

Pero ella, al fin y al cabo menos niña que yo, sofrena mi ilusión jubilosa y pone la verdad ante los ojos:

—Bien. Todo esto es muy hermoso. ¿Y si fracasas al llevar adelante tu deseo?

Yo, me quedo perplejo y el corazón me da un golpe de presentimiento, ante el signo profético

que deshace las páginas del libro antes de ser impreso. Y me apresuro a contener con mis voces la amenaza, que de callar mi labio podría realizarse.

—Creo que gustará, amada. Creo que él llegue a todos los corazones semejantes al tuyo.

Eso digo a la amada por darme valor con el eco de mi voz que la proclama báculo para mi debilidad, pero ella guarda un silencio que es para mí más angustioso que el de los abismos, y leo en sus ojos algo que sus labios no se atreven a proferir, y las frágiles alas que sentía ir creciéndome en los costados se esfuman ya, irremediablemente.

—Sí, sí—la digo, leyendo con la infalibilidad de las pitonisas expertas el sentido cabalístico de sus pupilas,—tú crees en la derrota de este pobre libro mío, porque mi voz es quizá demasiado franca para ser escuchada en mi país, donde se pide novedad sacrificando la inspiración y el sentimiento, en donde se lauran mediocridades en los Juegos Florales y certámenes públicos auspiciaciados por los gobiernos y los particulares, y el periodismo está entregado a mercenarios y la crítica confiada a los plumarios. Porque yo siempre he sido enemigo de las humillaciones que compran una notoriedad efímera, y no presté mi brazo para que se apoyaran en él los proxenetas que dirigen los periódicos y las revistas, y estuve alejado de todos aquellos falsos poetas que ensalzan las tiranías y ponen sus plumas a precio, para los políticos improvisados. Yo he paseado ante todos mi altiva independencia, incapaz de insinuar una crítica benévola o elogiar méritos falsos a cambio de una consagración recíproca. Estoy solo y no importa, porque en mi aislamiento siento el

placer de no haberme portado como las rameras literarias, y mi corazón cantó libre y desinteresadamente. Tengo el orgullo de no danzar, igual que los saltimbanquis, para pasear luego, entre la multitud, un platillo de limosnas. Y las voces que me alientan son voces puras, y las manos que me aplauden son manos vírgenes, y los labios que me besan son labios de adolescentes. Tú lo sabes, pues estás al corriente de todo y olfateas finamente el porvenir y la lógica de los acontecimientos. Tú lo conoces y por eso no te atreves a sostener mi júbilo. No quieres ser cómplice de un nuevo quebranto en el futuro. Tú aprecias cuánto pesa sobre mis hombros la cruz del dolor. Tú conoces la gran melancolía que se nutre con mi vida, cuando veo ceñir lauros en frentes menos dignas que la mía y cuando el corazón se me parte seguro de su propia grandeza. Yo no sé qué es más duro, si la piedad o el odio, porque sentir piedad de quienes pasan ante mí sin mirarme, insolentes de su mediocridad, es más lacerante que si los apostrofara en pleno rostro. No ignoras mis desalientos, en que estoy, semejante a un navío sin ruta, y lo que me cuesta sostener en el cuello esta cabeza que no me sirve de nada, y sentir en el pecho, jadear, el corazón que estúpidamente me empuja parecido a un beodo. La belleza interior me mata. Si yo pudiera expresarla en un solo grito, yo sería el Arte. Todo lo demás se esfumaría en mi presencia, pero comprendo mi impotencia en esas noches videntes, en que súbita y casualmente cae la venda de los ojos y me atrevo a pesar en mis manos los frutos de la cosecha propia. Los pobres frutos míos, que creo hermosos, capaces de maravillar y superar los ajenos, y entonces veo cuán poca cosa

son entre mis manos defraudadas. Cuántas veces has cerrado mis ojos que se pierden abiertos en el vacío, deslumbrado ante los actos inverosímiles con que la existencia me desconcierta a cada paso. Cuántas veces te colgaste de mí cuando llegaba a tu lado vacilante, cual un convaleciente, y te decía:—«Ve, a este otro también le encumbran, y a mí me dejan relegado al olvido.» Y estaba tan aturdido por el injusto oprobio, que si me soltabas para traer una silla, tenía que agarrarme para no caer, vacilante entre las manos del aire. Sí, amada; tú con tu silencio te me haces más terrible que un apocalipsis, e inexorable en tu revelación.

Ella se alarma de mis palabras y hay en su rostro el pánico de los que exploran un abismo desconocido. Se asusta porque sabe cómo es mi corazón de sugestionable y su facilidad para macerarse. Porque ella, que está conmigo en una jornada quizá demasiado larga para que el amor persista con sus vendas, conoce el débil vigor de mi voluntad que sólo a costa de su ánimo se sostiene.

Pasa sus manos por mis labios queriendo borrar las palabras amargas y me los besa. Yo he soltado todas mis flechas y se fueron clavando en su pecho.

—Pero hombre, en un momento te fabricas un lío que no sabes por dónde escapar. No se te puede hacer ninguna observación sin que inmediatamente eleves el grito al cielo. ¿Acaso porque un libro fracase, sentirás menos el influjo de la belleza? Siempre andas diciendo que huyes del éxito de feria y de la réclame artificiosa. Yo, en tu caso, quedaría orgullosísima si mi libro no hace el ruido que esperas, y sería para mí un júbilo

intenso el sorprenderle casualmente en mano de algún lector inteligente y oscuro. Si tú quieres, publica tu libro, publícalo. No intento privarte de esa ilusión, propia de las vírgenes, que pierden toda la dulzura de su ingenua inocencia en el primer parto.

—Eso es, eso es—exclamó palmoteando con la alegría pueril de los adolescentes.—Será mi primer hijo y tendrá para mí el prestigio de su primogenitura. El será mi primer hijo y le amaré como se ama a los mayores y, con la ceguedad de las madres, le tendré por el más bello y más inteligente, mostrándoselo a los amigos con el orgullo de las esposas, y le llevaré conmigo a todas partes como si fuera un compañero o un título honorífico. Mi juventud se justificará con su presencia onerosa y no habré vivido en vano si él puede ostentar mi nombre, semejante al ramo de olivo en la paloma escapada del Arca de Noé.

Y ante los dos surge, el ave blanca, igual que un Espíritu Santo que tiene la paz de una estrellita verde en el pico encarnado.

—Yo le publicaré, y así los diarios se llenarán con mi nombre y, en las revistas ilustradas, aparecerá mi retrato, y le podré enviar a los amigos de fuera, a los que están en Buenos Aires y en Madrid, y ellos me escribirán a vuelta de correo, felicitándome, y yo traeré para ti esas cartas que tú mostrarás a todos igual que diplomas. En las antologías americanas tendré un sitio claro, porque con la publicación del libro se me considerará ya bautizado en esta religión austera de las bibliotecas y las academias, que no admiten en su cenáculo sino a quien muestre la obra impresa, como un pasaporte oficial. Todas las puertas,

hoy herméticas en mi presencia, se me abrirán entonces, porque voy acompañado de mis credenciales manufacturadas por un librero y, en los periódicos, cuando llegue, se me ofrecerá el mejor sillón y el más cómodo, y en las tertulias literarias consultarán mi parecer sobre alguna palabra nueva y audaz, en las discusiones acaloradas, respecto a las tendencias de las nacientes escuelas, yo seré el árbitro que zanjará toda dificultad. Al nacer mi libro habré nacido yo entonces junto con él, y todos me mirarán como si antes hubiera sido invisible, y les gustará ornarse conmigo en los paseos para que sus conocidos, al preguntarles, sepan que soy el autor de un libro nuevo que llevó la emoción cristalina del rocío a los ojos de los lectores.

La novia vuelve a entristecerse frente a mi sana alegría. Su rostro se oscurece otra vez igual que un eclipse y yo me siento en tinieblas. Sus ojos no bastan a alumbrarme con su luz, porque los párpados les velan con su cortina de rosa. Habla, entonces, para disolver el pánico que ya se dibuja en mis labios temblorosos:

—Tendrás que buscarte dinero para la imprenta.

—Es verdad—digo, librado de pronto de mi ilusión caleidoscópica.—Tengo que ornar mi frente con dos coronas de espinas, porque a diferencia de otras partes, donde los editores tocan a las puertas de los artistas, es preciso componer, no sólo el libro, sino dejar en mano del impresor el óbolo que le ha de dar forma gloriosa, y mi pobreza se vuelve aún más terrible y desconsoladora, cual si fuera inmensamente miserable.

Y hay un silencio largo, mientras de fuera viene

pesadamente el eco de la calle, donde el aire se ha hecho espeso y humoso.

Pero he aquí que mi amada se levanta con ágil ademán, inspirada de súbito, y va a sus habitaciones. Yo quedo preso de ávida curiosidad, porque su amor ha encontrado, sin la menor duda, una nueva alfombra que tender a mis pies.

Ella regresa ya, y en sus manos trae la alegría de un cofre nupcial. El corazón me salta de gratitud y de pena a presencia de la novia que vuelve a mí glorificada con su gesto de Samaritana. Porque pone el cofre sobre mis rodillas que tiemblan bajo su leve peso, como si viera en mí al Nazareno desamparado y cubierto de polvo.

Lo deja así y yo le tomo entre mis manos y ninguno de los dos decimos palabra alguna, que su gesto es bastante claro y generoso. Está entre nosotros dos, semejante a una santa urna, al Arca divina con las Tablas de la Ley.

Mi prometida me ofrece el cofre de boda en donde yo, lentamente, voy acumulando una modesta suma que habrá de servirnos en nuestras nupcias. Esta dote, conservada para defenderla de mi facilidad a las dilapidaciones, que tantas veces me negó, inflexible, cuando quería tomar algo de ella para colmar de presentes sus manos vacías, la abandona no obstante al alcance mío, con ese gesto supremo de las madres miserables ante el pan de los hijos.

No la importa a la novia sacrificar esta arca de sus sueños juveniles ni aplazar quizá hasta cuando el instante tan deseado en que florecerán azahares en su frente de virgen. No teme la ruda prueba a que mi indigencia la expone, siempre que yo, el amado, pueda publicar ese libro, rival

en el deseo, de sus blancos sueños de prometida pobre.

Yo me siento inmensamente deudor de este desprendimiento sin límites, que la hace despojarse de sus leves joyas y truncar la belleza de su trenza, deslumbrado ante la gran generosidad de su corazón, pleno siempre de caricias inesperadas y nuevas que me sobrecogen de sorpresas sucesivas y me encadenan cada vez más a la alta columna de su vida.

Elevo entre mis manos, que tiemblan de júbilo, el cofre en que están encerrados nuestros mejores sueños y nuestras más puras ilusiones, y le entrego, como al mismo Dios del amor, al tibio regazo de la amada.

—¡Oh, no puedo aceptar esta inesperada largueza con que tu cariño me agobia ahora! Nada vale en presencia tuya, porque tú eres más inmaculada que el arte mismo, y una sola idea de tu mente sobrepasa a la más celebrada de entre los hombres. Yo, que no soy un genio, que no tengo esa chispa divina de que tu amor es tan rico, para dejarla en las páginas de una obra mía, renuncio a todo deseo que pueda despojarte de tus parcos bienes. Yo no más quiero ser el poeta de tu amor y escribir mis versos sobre la piel de tu corazón, y que el mejor libro que pueda dar a luz sea un hijo nuestro que nos justifique ampliamente. Yo a eso aspiro y a nada más, amada mía. No espero ya sino ser un eco lírico de tu armonía interior, tan grata, tan noble, tan elevada. Ha buscado en vano un arte puro mi alma. Sucumbo impotente ante lo bello. Sentir y no poder expresar, este es mi mal hondo y antiguo. Pero tú harás olvidar la enfermedad, deslumbrándome con

tu espíritu, alejando de mí los sueños vanos.

Tal digo, mientras beso de rodillas sus dulces manos y sus lágrimas descienden sobre mí, como si me bautizara con ellas. Y al retirarme ya, con la noche, de casa de la novia que me mira tras los cristales, el aire me recibe en sus brazos y me besa semejante a la esposa que espera a la puerta de una taberna oscura, pues el aspecto mío, al salir, es el de un ebrio solitario que libó infinitas copas sobre el ara metálica de los mostradores.

¡Como que acabo de hacer una abdicación más dolorosa y sombría que la de los apóstatas!

* *

Llamado por la novia, está frente a mí uno de esos vendedores de suertes, que tienen siempre las manos repletas de números de lotería y que son como las imágenes milagrosas a las que todos dan limosna a cambio de un prodigio.

Ellos van, así, ahora, por las calles, igual que antes los portadores de Cristos lacerados y Dolorosas desconsoladas, entre el tintineo de diminutos milagros de oro y plata, reemplazando a los Nazarenos y las Marías, porque el fervor místico de los pocos creyentes se refugia en las iglesias, mientras en la multitud surgen ambiciones paganas y deseos terrenales.

Ya un Ecce Homo, coronado de punzantes espinas, no provocaría la piedad cristiana manifiesta en limosnas, y los suerteros halagan con sus flores de azar la esperanza de los miserables, acaparando el óbolo de los fieles que antiguamente,

inundados de una unción celestial, aspiraban tan sólo a libertar ánimas del purgatorio.

Son, actualmente, los más grandes adversarios del culto modesto de las parroquias que se sostienen de la generosidad recogida en las alcancías dominicales, pues menguan ya, apremiadas por la necesidad que pone en manos del suertero, a cambio del posible aletazo de la fortuna, el precio de una redención.

Y las iglesias son cada vez más pobres porque la Diosa Lotería acapara las antiguas dilapidaciones religiosas de los que invocaban la divinidad del Mártir del Gólgota, al que entronizaban en los hogares en la esperanza de ver entrar, junto con la imagen del Corazón de Jesús, la grata prosperidad.

Pero las continuas defraudaciones de los Cristos benditos, que a pesar de las preces fervientes permanecieron insensibles, hicieron desmayar la fe ingenua de la voluble multitud y, despechada, se deja catequizar por estos nuevos apóstoles paganos que hacen milagros inmediatos.

Revestidos del prestigio que pierden los sacerdotes ungidos con el incienso de las oraciones, y menos ambiciosos o prometedores, no exigen penitencias cruentas ni ayunos extenuantes, porque el nuevo Mesías, caprichoso e indeciso, gusta de estar presente en una sola hostia, con una presencia palpable que convence fatalmente los ojos de la multitud, ciega ya en definitivo, de los del alma.

El nuevo Verbo encarna en las ánforas de la Beneficencia, y todos los que se acercan a esta eucaristía profana saben que el Dios moderno,

más franco y menos prestidigitador que el antiguo, sólo se ha de dar a uno de los comulgantes.

Es una misa de campaña, parca y solemne bajo el cielo, como debieron ser las primeras ceremonias cristianas, celebrada a la caída del sol y que puede escucharse de pie y sin descubrirse, porque él es un dios democrático, al que no agrada la pleitesía propia para los reyes vanos.

Dadivoso, a diferencia de los otros, se rodea de pequeños subdioses que igualmente pueden ofrendarse en ese comulgatorio alzado en la Plaza Mayor, sin incienso ni áureas custodias, cuyo templo fugaz es una carpa de lona sobre modesto tabladillo de madera, anciana y grave ya, que se siente conmover repetidas veces con la presencia del altísimo.

En el corazón de la ciudad, todos le ven llegar a las ánforas, sin ángeles, sin trompetas celestes ni iluminaciones de estrellas. El llega silencioso, sin más órgano que el murmullo con que su nombre—múltiple, inesperado—corre de boca en boca y que rechaza aun la gastada expresión de las letras y gusta de ser expresado con la belleza de los signos arábigos.

Le agrada descender así, a su templo no perpetuado en la piedra ni en el mármol y que arman dos obreros sin el concurso oneroso de los arquitectos y de los artistas.

De aquí su prestigio, porque el dios de los pobres ha de ser un dios sin milagros soberbios ni andas deslumbradoras. Esos ídolos fulgurantes de gemas quedan para la veneración ostentosa de los ricos, que han de amar un dios brillante como ellos.

El corazón del pueblo, más cerca quizá de la

divinidad, adora únicamente los Nazarenos desamparados, y la Diosa Fortuna, que es toda una esplendidez, tiene servidores modestos para su culto.

Ellos abdican con acierto del latín oscuro de los sacerdotes, porque sus oraciones hechas en voz alta, son moduladas con el mismo tono y las mismas voces de la multitud que las comprende y acompaña con más unción que los escasos fieles desorientados en las iglesias romanas.

Y es verdaderamente conmovedor oír esas altas preces en las calles solas: «¡Para hoy, la suerte sale hoy!» Y los marcos de las puertas se animan de súbito, como si resonara la trompeta del Juicio Final y todos se asoman a las aberturas de los nichos gozando la gloria del Justo en el valle de Josafat. Como si un ángel anunciara con voz estruendosa la llegada del Mesías y el premio de los virtuosos.

Así son de humildes, a igual de los primeros pastores, más dignos de Cristo. Desechan las doradas mitras y las dalmáticas resplandecientes y tienen la misma pobreza de los pobres y visten con la parquedad de los miserables. Pues nada poseen, están juntos y reverenciados de los que nada tienen, y a quienes ofende la suntuosidad burguesa de los clérigos y de los religiosos encerrados en verdaderos palacios, y a quienes el hambre no puede desvelar en largas noches de insomnio.

Porque ya no tienen fe en la palabra divina que pronuncian hombres satisfechos, que hacen la apología de la conformidad cuando ellos mismos no son capaces del ejemplo, y las dulces Vírgenes y los Nazarenos lacerados, se van sintiendo cada vez

más solos, pues la multitud cree ahora a esos nuevos apóstoles que carecen de monasterios solemnes y claustros severos, fáciles a la molicie, y viven dispersos por toda la ciudad, bajo la alta y clara luz de los luceros, y así caminan por los suburbios, contra el viento, que los envuelve en sus tules invisibles, y tras de su paso, en el aire mismo, dejan su larga estela.

La novia ha llamado, pues, a uno de estos misioneros propagandistas de esperanzas, porque ella también forma parte de la nueva secta y su corazón gusta de entregarse al vértigo del azar y juega a la lotería con el mismo entusiasmo que antaño la llevara a la iglesia.

Apremiada por la necesidad y con el amor al lado, espera la bendición próspera de la suerte, que ha de dar la dote nupcial, para poner en su frente los simbólicos azahares y arrastrar la cola de las desposadas y fajarse el dedo con el anillo de las esposas.

Todo esto hace que sea fiel y que, dos veces por semana, se acerque a comulgar con la seguridad absoluta de que alguna vez el dios esquivo ha de bajar a sus manos, descansando en su pecho semejante a un recién nacido. Y yo, que soy incrédulo para todas las divinidades, quiero alejarla de su idolatría sentimental y pretendo persuadirla, valiéndome de sus continuos e incesantes fracasos, pero es irreductible y tiene la heroicidad de los primeros creyentes y la fe y el fervor.

Compra un número, alentada por las animadas palabras del vendedor, quien asegura ser ése el billete que resultará agraciado y se deja seducir

fácilmente dando el óbolo que en manos de un mendigo sería la fortuna.

Luego, pone sobre mis rodillas la hostia no consagrada aún pero que aspira al desposorio. Sobre mis rodillas deja ella el billete, con la reverencia rituaria de las vestales y le adora como al niño Jesús.

—Verás tú—me dice, queriendo hechizarme con una esperanza vaga a la que mi corazón no desea perseguir desalentado para todo deseo;—si nos sacamos la lotería, tú y yo seremos felices. Tendremos bastante para poner una casita para los dos y nos casaremos. Ya nada podrá preocuparnos. Tú publicarás tus libros y yo me haré bonitos vestidos.

Demuestra ese poder alucinatorio de las catecúmenas y ante sus pupilas se precisan con un relieve material las ideas, y sueña, sueña sobre mí corazón el advenimiento de la felicidad que da, a los hombres de fortuna, el paraíso en la tierra.

Es como un ritornelo en su vida este afán, este único vicio, de tentar a la suerte con esa constancia indomable de los jugadores o de los posesos, sin desanimarse nunca, alentada por la suerte de los demás que han conseguido así una buena prosperidad.

Y me cita nombres de personas cercanas, casi parientes, y muchos que hicieron de un número de lotería la base de su riqueza. Yo, que enfermo de ateísmo carezco de dioses en mis altares, me dejo envolver en su entusiasmo religioso y junto con ella me inclino sobre el billete que descansa en mis rodillas, esperando el milagro. El insólito que hará imprimir mis libros y multiplicará las ropas de la novia, convertida entonces en la esposa de

un artista cuyo nombre luce en los escaparates de las librerías.

Y estamos así embriagados de ilusiones unos días, hasta que el periódico viene a nuestras manos empapado aun en la tinta húmeda de los rotativos, oloroso como el pan caliente recién salido del vientre de los hornos, y ambos nos sentimos temblar semejante a niños asustados, en las fastuosas reparticiones de premios.

Con la esperanza elevada al paroxismo, recorremos esa columna de mampostería hecha de números, puestos como los ladrillos, y que ostentan un capital riquísimo. Y los números fugan ante nuestros ojos y son ajenos y desconocidos.

—Nada—le digo yo,—nada hemos sacado. Ya ves que esta persecución resulta inútil. La suerte no quiere favorecernos. Es de más invocarla.

Pero ella con tenacidad, se prepara invencible para la próxima eucaristía, y responde, alejada del presente:

—No importa. Otra vez será.

* *

Impulsado por esa actividad arrolladora de la amada, que me arranca de las manos los libros donde me embriago con el más dulce opio y las cuartillas en que trazo las líneas puras de mi estética, en las horas libres de oficina, empleadas antes en el culto del amor y del arte. En esas horas, las menos largas de los relojes, cuando hablaba con los amigos de cosas vagas y crepusculares, y el copo de nieve del comentario callejero se deshacía en nuestros labios y, en las manos, los minutos eran preciosos y tangibles

semejantes a monedas de oro que podíamos derrochar sin medida. En esas horas, antes blancas de ideales, tengo yo ahora ante mí un libro odioso, detestable como ese otro que durante el día estoy obligado a tatuar de signos sin belleza, porque no creo en el arte ni en la plasticidad de los trabajos realizados sin esa lumbre de la vocación forjadora de valores románticos.

Tengo ante mí un libro en el que no hay aquella armonía casta de los psalmos, ni la evocación voluptuosa de los cantos profanos. Sin amorcillos, indigente de genios traviesos, lleno de figuras prosaicas, de artículos para feria, indispensables en las tómbolas y que lucen siempre en las tiendas de los comerciantes.

Así es el libro que la amada pone frente a mí, más abominable que un evangelio maldito, apto de ser recitado en una misa negra, amargo y venenoso, que acabará por emponzoñar mi alma cristalina de poeta y que ella sostiene irreductible ante mis ojos, obligándome a estudiar en sus páginas frías con la inflexibilidad severa de mi primera maestra.

A su mandato, yo aprendo a leer en el catálogo que me ofrece—semejante a ese lejano silabario infantil, cuyas letras y figuras me sobrecogían de espanto, igual al de los fantasmas,—las primeras letras del abecedario comercial.

Y una ola de inquietud me recorre el cuerpo, porque me creo ya completamente desaparecido en el laberinto fácil de una vida vulgar, entre el amor de la esposa y de los hijos, y la preocupación de los negocios, atento a la oportunidad de vender, a los mejores precios, con esa antigua y bella atención febril de mis expectativas ante la

llegada de una compañía o de un artista, que hoy, se trueca en el deseo burgués, sin otra ambición que la de llegar a viejo, libre de estrecheces financieras.

Me asusto de la grave amenaza que pesa sobre mí, y el amor, que siempre tuvo un rostro sonriente, adopta la expresión trágica de las cariátides.

Y miro a la amada demandando misericordia, con una mirada implorativa, igual a la que dirigía a mi madre cuando me obligaba a repetir de memoria las tablas de multiplicar, privadas de esa poesía histórica de las de Moisés, y las lanzas de mis miradas, rebotan en los escudos de sus ojos impenetrables.

—Ve tú lo que más te convenga. Allí hay bastantes objetos que puedes encargar para venderlos. Muchos, que comenzaron por pequeños pedidos, han hecho una apreciable fortuna. Trae lo que sea más necesario, más útil e indispensable. Algo imprescindible como el pan.

Y pienso en esa necesidad inaplazable—acaso en mis libros y mis cuartillas—en esa necesidad cotidiana de la harina con levadura, salida de las ardientes matrices de los hornos.

Ante esta evocación, amable, olorosa, el libro me es menos detestable ya y empiezo a reconciliarme con la aridez de sus hojas, y la amada sonríe satisfecha de mi dócil resignación, y su tono es más cariñoso, dolida sin duda de mi fácil derrota.

De pronto, entre este odioso desfilar de objetos sin belleza, mis ojos, sedientos de figuras luminosas, tropiezan con multitud de juguetes maravillosos. El corazón salta feliz como salido de una

jaula estrecha. Y yo, que aun no había desplegado los labios, prorrumpo en un grito de júbilo:

—Aquí, aquí está la belleza más pura de este libro feo, amada. Aquí están los justos, capaces de salvar una ciudad pecadora. Por estos juguetes, se me hace el catálogo bello, con la armoniosa musicalidad de los salmos y de los cantos profanos. Ya que tú quieres que traiga objetos del extranjero, escojo estos, amada mía. Así, entretanto, juguete infantil, seguiré siendo siempre un niño ingenuo. La encarnación jubilosa de Papá Noel, para los chiquillos, a quien se espera en las noches de Navidad, al lado de los pinos recargados de luces y agobiados de presentes. Siempre niño, tendré a mi alrededor, una cascada de risas pueriles. Seré, amada, el padre de todos los hijos ajenos, a quienes llevaré la felicidad purísima del juguete ingenioso, la más grata de las felicidades en la vida. Y de tanto verlos sonreír, copiaré esa sonrisa juvenil, libre de malicia, y mi corazón quedará a salvo de los pecados del hombre adulto.

Así digo yo, acariciando las láminas salvadoras y sintiendo a mi alrededor la presencia de los juguetes, aptos por sí solos para justificar mi ingratitud a las letras. Porque yo, continuaré amando la belleza perfecta en estos juguetes infantiles, capaces de restituirme el prestigio de mis primeros años, que ya creía perdido, los cuales, me hacen despertar de un sueño pesaroso y encuéntrome otra pez pequeño e inocente, como cuando aun no sabía leer y las palabras temblorosas eran inseguras en mis labios.

—Vamos, ya estás con tus fantasías. Encar-

garás juguetes. Por lo menos, pondrás un poco de amor en los que hagas.

Sí, un poco de amor. Yo pongo todos mis sentidos en estos juguetes que voy a traer para alegría de la infancia y los venderé a bajo precio, de manera que los niños pobres los alcancen con sus manitas miserables, pues los escaparates de las tiendas lujosas están muy por encima de sus estaturas.

Y mi entusiasmo es mayor que el de la amada, a la que dejo de recriminar, perdido el miedo, seguro de la poesía de mi nueva labor. Corro presuroso al Banco a recabar el giro que en una carta, con mano ligera, echo al buzón del correo, para que vuele, semejante a una paloma mensajera, hacia ese reino fabuloso de las muñecas.

* *

La boda de la hermana se ha ido postergando de un mes a otro. La nupcia de la hermana enemiga y del amigo aquél que yo trajera un día, para borrar con la esponja de mi piedad, el recuerdo de un amor defraudado y la tristeza solitaria de la mujer sin novio. Así se ha ido aplazando su boda, que era una amenaza para nuestro amor y el arma violenta que ella pensaba esgrimir contra nosotros.

El enlace, se difería, no habiendo aún, ese preparativo jubiloso de las vísperas, y los signos de esta demora, tenían ante mí, la precisa intuición del desquite prometido a tanta afrenta injusta. No era posible que la ingratitud fraternal, que intentaba ajar los azahares de la amada y pretendía hacerme inaccesible la felicidad, y había derribado los más sacros ídolos familiares,

quedara impune. No podía quedar impune tanta afrenta inmerecida y tanto encono sin motivo.

La boda se postergaba de un mes en otro, hasta hoy, en que al llegar, mi novia me ha dicho las palabras de reparación merecida, que tanto tiempo esperaba. El se ha ido ya. No vendrá de vez en cuando a visitar a la hermana, ni ella podrá valerse del ariete de su amor.

Este triunfo nuestro, esta victoria que nos corona a ambos de ese aro místico en que resalta la expresión cándida de las vírgenes trasfiguradas, limpia mi corazón lacerado, cerrándole sus llagas, y es como si nuestro afecto se irguiera más seguro de sí mismo, con la firmeza plena de que ninguna piedra le puede ya tocar, ni mucho menos derribarle.

Y digo así:

—¿Ves, novia mía, que tanta ingratitud llegó a colmar la copa de la justicia, cuya tardanza nos hacía desconfiar? ¿Ves, que los golpes antiguos se trasforman en rosas nuevas para coronarnos y esas negras nubes acumuladas sobre nuestras cabezas, lejos de precipitarse en forma de granizo, se dispersan pacíficamente, sin osar herirnos? Ya nadie nos reprochará el ser pobres, ni sentirá tu corazón el dolor de la ingratitud fraternal que nos circundaba de espinas y te atravesaba el pecho de puñales, semejándote a una Dolorosa. Tú no tendrás que lamentarte por la bondad de mi corazón que me facilitó el instrumento con que habían de escarnecernos.

Y los dos, recordamos aquellos días de luto, en que tenía que sostenerme contra los ataques que los suyos me dirigían, defendiéndome valerosa, aun más vejada que yo mismo, pues aquella injus-

ticia me era enojosa, sólo porque llagaba, sin tocar el mío, el corazón de la amada.

Y todo aquello ha sido una pesadilla. Pienso que he estado alucinado y que jamás traje a ningún amigo, que pudiera asociarse a la hermana, poniendo de manifiesto mi indigencia juvenil.

La amada está colmada del júbilo de las reparaciones:

—Fíjate—dice,—Dios la castiga. Ella siempre quiere humillarnos y Dios parece que la hunde cada vez más. Nuestra casa está llena de dones modestos que tú has traído. En cambio, empeñada en opacar el parco sol de tus dádivas generosas, no ha logrado la menor flor con que adornar su frente.

Es verdad. Mi amor pobre y generoso, llena las faldas de la novia con las más bellas rosas silvestres, florecillas de los campos, que hay que madrugar para cogerlas con las túnicas del rocío, frescas aun y no desvanecidas.

Yo he privado muchas veces mi soledad de algún libro querido y he sacrificado sueños para halagar a la amada con estas ofrendas votivas, de las que está ufana y agradecida y que son los argumentos tangibles del amor, que acepta, segura de sí misma, desdeñosa de todas las animadversiones.

Pretendo inútilmente auscultar en el pecho del pasado, deseoso de encontrar la ofensa más leve que pudo provocar esa odiosidad contra mí; pero no hay nada capaz de justificar la guerra sorda que nos hizo.

—¿Tú sabes, amada, en qué ofendí a tu hermana para merecer sus rencores y este loco afán de separarnos? ¿Tú conoces, por ventura, aquel yerro

lejano, que desató su furia, aquel error terrible, seguramente, porque mantiene su ira inagotable y la hace irreductible, incapaz de una tregua? No parece hermana tuya, y acaso la envidia de nuestra felicidad le hace pesados los lazos de la sangre, y rompe contra nosotros todas sus lanzas y apaga a nuestros pies sus rojas antorchas de odio.

Así nos preguntamos mutuamente y permanecemos en silencio, hasta que el perrillo faldero que traje a la novia, fiel compañero cariñoso que la entretiene en mi ausencia, viene a lamer, misericordiosamente, mis manos cansadas de enjugar tantas inquietudes ardorosas.

* *

Desde que yo estoy con mi amada, me sobrecoge esa misma inquietud con que afronto, temblando, la lucha por la vida, en la seguridad de que todas mis aspiraciones artísticas, perecerán, ahogadas por las preocupaciones cotidianas.

Desde que yo estoy con ella, se disipó la curiosidad romántica y amatoria de mi corazón célibe, que gusta esperar al amor callejero y gusta las sombras fugaces de las mujeres que se van con el alto prestigio de sus broches no abiertos y de los tálamos sin escalar.

Mi corazón se ve atraído por las hembras, aquéllas que tienen piernas sólidas y torneadas como las columnas de los sagrarios, y cuyos cuerpos son armoniosos para el placer, y en las conchas de cuyos oídos yo podría verter canciones nostálgicas, semejantes a los ecos marinos que perduran largamente en los blancos caracoles.

Y por este nebuloso dolor de las mujeres vagas, yo era soñador y pálido, bajo la luna blanca, y estaba grávido de epitalamios que crecían y se agostaban con la inútil belleza de las vírgenes encerradas en los claustros ascéticos, cuyos lirios de pureza extingue la onerosa fastuosiadd de los altares, que tienen la misma interpretación nupcial de las alcobas, en donde está presente el esposo celeste, alumbrado de la luz serena en que el óleo se trasforma dentro de las lámparas suspendidas en la oscura nave.

Pero ahora, este amor conseguido, esta felicidad que persiste a mi lado, por más de tres años, y que ha perdido su prestigio poético para convertirse en un lazo indestructible, y que tiene el presentimiento pavoroso de los desposorios, estremece mi carne con hondos temores y me hace vacilar ante su dicha insaciable, devoradora de mis pensamientos, adueñada de mis actos, no permitiendo más blasones que los suyos, hermética y severa para los extraños.

Y yo pienso: ¿Es esto el amor? ¿Esta la armonía buscada en mis desvaídas horas de soltero sin novia? ¿Esta es la verdad de tan terrible espejismo?

Y no ya el prestigio de las mujeres lejanas me induce a dejar la túnica florecida y estéril, sino el temor de perder mi alma en un amor maléfico, que consume ávidamente cuanto pueda distraerme de su reino, me quita la pluma, esconde los libros, ahuyenta las cuartillas, pide siempre la dirección de mis pupilas a su centro y reclama para sí todo paso, todo deseo, tornándome hosco para la amada, que sin saberlo, terminará por convertirme en un hombre vulgar, despojado de

mis sueños artísticos, privado de las sortijas áureas y las mitras refulgentes de los poetas.

Porque yo, ya no acierto a escribir, se me nubla la vista cuando intento abrir algún libro—a veces tomo entre mis manos esos libros antiguos, leídos en una antigüedad tan remota que su contenido se me ha olvidado—soy incapaz de pensar en cosas augustas, y toda mi actividad está dedicada a la novia que me absorbe tal las esponjas sumergidas en las llagas de los océanos.

Y así veo que voy dejando de ser enteramente joven y que los años ponen sus manos con anillos de nieve en mis hombros erguidos, para agobiarlos, y que las golondrinas de los días se escapan sin dejarme ningún nido.

Mis días huyen y estoy lo mismo que si no los viviera. Antes, las horas se acompasaban con las sílabas de mis versos y al fin de semana, yo tenía siete perlas engarzadas en mis dedos. Desde hace más de tres años, no he vuelto a tallar mi obra maestra y en lugar de los collares maravillosos del arte, las rosas del amor, menos bellas que las de la poesía, pues no tienen la inquietud de las rimas ni el incensante mariposeo del corazón célibe, que, ignorando la nefasta atracción de las mujeres definitivas, busca una novia a quien dar el aro de los desposorios, para encadenarse como el yugo de las yuntas sudorosas, que impide ver claramente el cielo azul.

Y gimo, poseso del mismo remordimiento oscuro de los apóstatas, que abandonan una secta bella, seducidos por la ritualidad luminiscente de las escuelas efímeras.

Los días continúan deslizándose a mi lado, semejantes a la tenue cabellera de un torrente, sin

que yo, tronco recostado en la orilla, perciba su fuga. Y mis pasos me alejan de mí mismo, y yo no quiero volver el rostro para no asustarme de sentirme tan perdido e inútil, distante del ayer, en que aun mi corazón buscaba los besos de las enemigas de nuestros sueños y de nuestras ilusiones artísticas.

¡Oh, aquella triste inquietud mía, cuando era tiernamente solitario y mi corazón se torcía hacia todas las mujeres solas! Aquel humor melancólico me hacía amar el símbolo del amor disperso sobre las cosas y se manifestaba en mis versos castos, y en mi clara mirada de adolescente.

¡Oh, aquella triste inquietud mía, cuando sobre el descuido soñador de mis ropas oscuras no se advertía el prodigio de otra distinta a la mano materna! Cuando yo estaba solo, y lleno de mí mismo, ávido de embriagarme en los panales de la pasión, sin haber sido herido por el tedio de los largos cariños.

Ese mal tan mío, que en la mujer cifraba una alada promesa, hoy se me torna empalagosa como un fruto demasiado maduro. Entonces yo estaba con los labios florecidos en versos, impregnado de pensamientos felices, expresándolos con voz fácil, pues aun mi boca no estaba macerada de besos, y de la vida recibía únicamente dones esquivos, cuya misma inaccesibilidad me hacían fácilmente fecundo.

El presente, mata en mí, el deseo del amor, que me hizo caminar bajo las estrellas, dictándome versos, que me impulsaba en su tortura dinámica, y me tenía enteramente triste y eternamente lírico. Y yo, que me lamentaba de la repulsión de las mujeres, hoy hubiera querido ser rele-

gado para siempre, porque la vida parecía enriquecerme al privarme de todo.

Y ahora que la cornucopia del divino Eros se vuelca sobre mí, estoy más empobrecido que un mendigo defraudado, pues la novia fuerte triunfa de mis temores ante la disipación dolorosa de mis anhelos de gloria futura.

El amor, me retiene al lado de la amada, incapacitado para libertarme, encerrado en su jaula, mientras lejos, bajo el cielo libre, hay espíritus ligeros que danzan al claror de la luna, en áureos giros y por el mundo se esparce la voz musical de las musas siderales, que inundan de nostalgia esta pobre arca vacía de mi corazón prisionero.

Ella me es perjudicial, parecida a esos graves vicios en las personas mayores, que les deja sin voluntad de sobreponerse y acaban por sucumbir a su peso. Es para mí, el error de mi juventud, y se me ha hecho indispensable, porque yo, que no fumo ni bebo, y carezco del morbo de los libertinos, sin haber puesto jamás mis manos sobre el ara de las mesas de juego, soy preso de la misma congoja de los que no pueden apartarse de un fumadero de opio.

Así es el prestigio tutelar de la amada, dominante como una gran pasión que me sobrecoge de pavor. Igual que aquéllos que conocen su mal, y saben que en su decisión está el salvarse; me dejo hundir con la misma desidia de los alcohólicos que se proponen inútilmente no beber más, y para los cuales la embriaguez reiterada es más preciosa que la salud.

Porque mi amada me retiene junto a sí, con el cendal de sus lágrimas y yo no soy capaz de inmolarla en el ara de los sacrificios, de convertirla

en víctima de mi libertad, pues a pesar de todo, ella me ama con un amor que haría feliz a los hombres, aun a los más descontentadizos, pero para mí, es un abismo torturador y un venero de inquietudes mortales.

Absorbe mis horas, y yo en vano busco un pequeño minuto, lo suficientemente largo para engarzar en él una sílaba perfecta. Persigo este momento escapado de los relojes colmados con amor de novia, para ostentar en mi dedo el precioso brillante de la conquista.

Y es vana mi actitud de acecho, que la amada ha encerrado con sus llaves todos los pájaros del tiempo y ninguno de ellos será capaz de cantar una canción distinta a la que ella les ha enseñado, y es por esto su amor inexorable como el invierno que recoge, envidioso, con sus manos de nieve, las tibias dichas del otoño.

Mi vida, pues, está repartida entre el trabajo y la novia, dos canes hambrientos que devoran la carne tímida de mi poesía. Y en esta angustia, ante el temor de perderme irremediablemente para siempre, se tienta por las tierras lejanas, la brújula de mi corazón que aletea prendido a la manera de las mariposas en un alfiler, y que de tener alas volaría hacia el norte. Que, quien pudiendo conocer España, no la visita, es indigno de hablar el castellano y sentirse español.

La sangre mora de aquel padre mío, que en un día dejara su Castilla Vieja, atraído acaso por el amor de mi madre, rebulle en mis venas, porque él, muerto trágica y prematuramente, quiere retornar, en el cuerpo del hijo, a la patria. Así vacilo cuando encontrándome sólo, siento que se aflojan los viejos lazos del amor.

Ya un amigo, piadosamente, me dijo:

—Déjala. Te está mediocratizando. Entre la oficina y ella terminarán por anularte. Abandónala, si no quieres extraviarte definitivamente.

Así me ha dicho, compasivo, un amigo. Y él me alienta a sacrificarla al egoísmo del arte.

—Trázate una pauta y dirige a su fin tu anhelo.

Yo quise hacer valer la colaboración femenina capaz de engrandecer el arte mismo. Pero, llenándome de inquietud, insiste en que debo arrojarla lejos de mí, que me ha podrido de amor, semejante a un fruto florecido de gusanos.

Coger esta fruta corrompida y echarla al arroyo, para poder ser otra vez yo mismo, incapaz de amoldarme al sedentarismo que concluirá por hacerme infeliz, pues tuve en las manos una estrella roja que no supe conservar encendida.

Al estar junto a la amada, pienso que un día, quizá, sin yo quererlo, vendrá la muerte a separarnos, y los vellos se me erizan de espanto porque su amor me es caro sobre todas las tormentas y por encima de mis más hondas inquietudes.

* *

Los juguetes han llegado ya, traídos desde muy lejos, en el vientre cansado de los vapores y en las monturas trepidantes de los trenes. Vienen de ciudades fabulosamente distantes, con el olor de las marinas horas y la marca de las aduanas.

Ellos están ya aquí y con mano trémula me apresuro a ir rompiendo las ligaduras que protegen estos frutos de alegría, aptos para ser arrojados entre los niños bulliciosos y pobres. Me precipito a reventar las cuerdas, ayudado de la novia, que

curiosa, tiene las mejillas encendidas de ansiedad.

Toda la habitación es invadida por grandes papeles rotos, trozos de lacre y fragmentos de estampillas, grávida de estos paquetes que es necesario deshacer para gustar su dulzura interior, semejantes a las nueces y las almendras. Y a medida que ellos se despojan de sus velos, surgen los bellos automóviles, con sus faros y sus capotas, primorosamente fabricados por las manos de los obreros anónimos. Y hay jinetes sobre caballos briosos, que lanzan al aire sus crines y galopan nostálgicos de las estepas. Y mulitas corcovadoras que halan cochecitos diminutos, y parecen encabritarse bajo las riendas. Y muchachos sobre velocípedos y músicos negros que zapatean con la guitarra entre las manos.

Se ha trasformado en un pintoresco bazar, a medida que hemos ido desflorando la virginidad de los paquetes. Es un gran almacén destinado a proveer al viejo Noel de los recursos de la Nochebuena. Y ambos, con el júbilo precoz de los primeros juguetes, nos extasiamos ante sus mecanismos pueriles, y gustamos la embriaguez de los niños, que desde lejos, nos espían con sus grandes ojos tristes, codiciosos de estas pequeñas máquinas baratas.

Yo siento la impaciencia turbadora de los portadores de noticias felices y quisiera salir, a fin de que su posesión sea puesta al alcance de los que están en la edad de los gustos infantiles, realizar los sueños largos, columpiados en las cunas tibias, y colmar las manitas vacías que se alargan en la oscuridad de la noche.

Deseo aparecer hecho una precocidad del verano, con todos mis dones, aptos de ser trocados en son-

risas cándidas y gritos tiernos, esos gritos bulliciosos de las pequeñas lenguas, que aun luchan tenazmente por dominar las palabras del idioma, pesadas para su debilidad.

Yo siento ahora ese amor virginal del Cristo, hacia las criaturas, no tocadas del pecado de los mayores, y que pueden jugar ruidosamente con los corderillos de vellones conmovedoramente blancos y hasta recoger en sus mandiles finas estrellas cándidas.

Y mi inquietud debe mostrarse tan clara, que la amada, inexorable a las blanduras de mi corazón, tiene los labios impacientes por reprenderme, cohibiéndola quizá el aspecto nazarénico de mi rostro, nimbado de la piedad de las estatuas pías. Contiene su impaciencia frente a la mía, tensa como un caballo de fina sangre que siente palpitar sus cascos, listos para volar, pisando apenas, sobre las curvadas pistas de los hipódromos.

Yo quiero hacerla ver la casta promesa encerrada en tanto juguete bello, capaz de producir luces deslumbradoras. Esos incendios que abrazan las pupilas de los inocentes, y ese revuelo de manitas rosadas.

—¡Oh, amada!—digo, tomando entre mis manos uno de ellos.—Ve aquí la nueva hostia, pan de felicidad, que yo he podido traer de los hornos lejanos. Mira estos tibios panes del amor, que serán devorados en los convivios infantiles. No demores ¡oh tú, mi amada! con gesto semejante al de los arcángeles a las puertas del Paraíso, la hora en que esta harina tibia ha de llegar a manos de los hambrientos. Porque los niños tienen también debilidad de juguetes, y sus cunas son más desamparadas que las plazas públicas, donde

duermen los vagabundos, esos niños grandes, huérfanos de casa. ¡Oh, amada mía! Tú que amas tanto a los niños, porque yo siento latir tu corazón a presencia de ellos, y veo coloreársete las mejillas al tomarles en brazos, y los arrullas como si fueran hijos tuyos, brotados de tus mismas entrañas. Tú no puedes cerrarme el paso ahora que yo quiero escapar y, a la manera de una luna, regalar estrellas. Déjame ir con mis pobres bolsillos bohemios repletos, no ya de libros tristes, sino de estos juguetes dulces, con la suavidad de los frutos nuevos. Dime: ¿no son ellos hermanos de las altas torres de los castillos, con sus cohetes dormidos y sus grandes girándulas en silencio? No más bellos que los castillos, cuando se incendian estrepitosamente y acribillan los cielos con sus rosas efímeras y rayan el fino aire con sus bombardas ensordecedoras. Aquellos triquitraques, cuyas luces nupciales han iniciado tantos idilios locos. Acuérdate, ¡oh, amada insensible! de las veces que tú y yo hemos asistido a las luminarias y te estremecías de espanto entre los cohetes que se alzaban encendidos y estelares, semejantes a los aerolitos, y en los castillos se desgranaban grandes espigas maduras. Por aquellos fuegos de la Navidad, que amo tanto, apiádate de mí y permíteme salir con estos juguetes sencillos, aún más cándidos que la pólvora de las bombardas, en un principio, distracción de las multitudes, después, aprisionada por el odio de los hombres dentro de los cañones fratricidas. Por estos frutos buenos, yo te pido, amada, que cuando regrese, ya aliviado de su leve peso, te contaré, cerca a tu corazón, cuán dichoso me ha vuelto la alegría de los niños felices. Yo traeré para ti las mejores flores y

dulces, recogidos en las bocas tiernas y en las manitas turbadoras. Déjame salir pronto, amada, que estoy lleno de una gran impaciencia, pues hay muchos ángeles tristes por el mundo. Criaturas pobres como yo, que no han tenido nunca un juguete.

Y la blanca presencia del niño largamente indigente se hace palpable ante los dos, invocado por la palabra misericordiosa escapada de mis labios implorativos. El niño indigente, está ya con nosotros y nos mira con sus ojos sedientos, con esos puros ojos que no han podido, hasta ahora, sonreír. Con esos ojos húmedos, siempre animados de un fulgor de angustia. Aquellas pupilas mendigas, privadas de todo bien y deslumbradas frente a la vida exuberante de las jugueterías.

El chiquillo pobre, junto a mí, quiere apartar con su manita pálida, tocada de una anemia precoz, a la amada, que me cierra el paso, irreductible. Ella, que siente el amor de los niños, no es capaz de cargar sus manos con juguetes y acompañarme. No consiente salir, a mi lado, por las calles, hacia los arrabales lejanos, donde los párvulos corren por el arroyo, desarrapados. No es capaz de seguirme con estas luces humildes, para alumbrar tanto hogar oscuro.

Porque ella quiere que estos juguetes vayan a los grandes almacenes, y allí, sólo pueden ser comprados por los niños ricos, que de coger tanta rosa distinta, no perciben su perfume exquisito. Así, la amada defiende su lote contra mi despilfarro sentimental, y me vacía los bolsillos. Entonces yo, con la voz de todos los inocentes, la increpo:

—¡Oh tú, insensible como el mármol! ¡Oh tú,

que sin piedad, a nuestra orfandad, nos robas estos lindos juguetes tan esperados en nuestros largos sueños indigentes! Vienes en puntillas, igual que los ladrones, al pie de nuestras cunas, y nos arrebatas los presentes que la vida impasible, conmovida acaso de nuestras súplicas reiteradas, se dignara darnos. ¡Oh, tú, que tienes las entrañas secas, incapaz de mecer en tu regazo a una niña rubia! ¿Por qué nos despojas, si siempre hemos sido miserables, careciendo de alegrías infantiles, a quienes nuestras madres, atareadas por el trabajo, apenas besan? Que la vida te prive de lo más querido, con la misma inexorabilidad con que tú ahora arrancas de nuestras manos desnudas, estos parcos bienes.

Así digo yo, y como un ángel demasiado tierno, a quién arrebataran sus luces puras, a las puertas del Edén, salgo de la casa de la amada y me interno en la oscuridad de una noche, que ha quitado también al cielo sus juguetes de oro.

* *

Pascua de Diciembre. Es en la alta noche, bajo la luz lejana de las Tres Marías, tres gracias angélicas, cuando voy por las calles hasta las que proyectan sus luces los nacimientos.

Yo extiendo mis manos, deseoso de acariciar el aire perfumado, igual que una cortesana joven, del incienso de las iglesias. Extiendo mis manos consteladas de anhelos y palpo la suavidad epidérmica del aire, que ondula, y siento palpitar sus pechos junto a mis labios—esos pechos en que bebemos frescura todos, los que vivimos sobre la superficie doliente del mundo, los hombres y las

cosas, los animales y las flores, y hasta la misma luz de las estrellas asfixiadas de sol—y me mira con sus ojos trasparentes de hetera griega, en cuyas pupilas los reflejos son materializaciones.

Es en esta noche de Navidad, cuando bajo la luz propicia de mis tres flores predilectas en el jardín celeste, voy en busca de la amada, que ha querido escuchar conmigo la misa conmovedora celebrada ante el ara de los altares convertidos en humildes pesebres. Ella ha deseado que yo hinque mis rodillas en el reclinatorio de los devotos, estas rodillas de cortesano, acostumbradas a mullir cuando más el cojín en que descansan los pies humanos de las mujeres endiosadas, y que en mis labios florezcan oraciones distintas a los epitalamios generosos que vierto a menudo en el oído confidencial de las confesoras bellísimas, reclinadas en los lechos impecables como aras santas, y que son siempre benévolos para nuestras flaquezas de hombres románticos.

—Tú vendrás conmigo, y escucharemos juntos la misa del gallo.

Así me ha dicho, imperativa, en la tarde. Acostumbrado ya a obedecer esta voz femenina, distinta de las otras voces, voy por las calles, empapado del misticismo del momento, y resuelto a amar en esta noche única, la más pura de las ceremonias cristianas.

El Niño Jesús parece sonreír en las casas, y las iglesias están con la tibieza de las cunas infantiles. Por todas partes resuena un llanto pueril, de recién nacido. Y yo, que no he perdido la ternura de mis primeros años juveniles, camino con la misma ingenuidad de esas épocas lejanas, cuando bajo la sugestión de los Padres Jesuítas,

amaba al Niño Jesús, con un amor que ahora se hace más humano y más consciente; porque yo amo a ese niño de los nacimientos, semejante a un símbolo, y al arrodillarme a sus plantas, me inclino con un gesto de profunda reverencia ante todos los niños del mundo.

Así, voy arrastrado por su suave imperio, como de un nuevo Cupido, hacia la amada, que me espera con su mantilla leve, los místicos ojos desvelados, en la mano el casto libro de oraciones, y que al verme llegar, sonríe con esa misma sonrisa de los nacimientos, y parece exhalar el perfume que arde en los pebeteros, y su voz está ungida del óleo mismo de los altares.

—Vamos —me dice.—Tú tienes la costumbre de trasnochar y a mí los ojos se me rinden por el sueño. Esta noche nuestro desvelo está justificado y es la más hermosa de todas y la más digna de velarse.

Yo asiento sus palabras, pues me encuentro inspirado de su espíritu que ha de ser el espíritu de todos los que como nosotros, recorremos las calles tiznadas por el humo nocturno y nos adentramos en las naves de los templos, que arden parecidos a hogueras y están resonantes de órgano y de preces humildes.

Sumidos ya en la frialdad religiosa del templo, este deseo místico es defraudado. Hay, junto a nosotros, una concurrencia plebeya y desposeída del fervor con que mi amada y yo hemos querido orar ante el Divino Infante. Y la voz misma de los sacerdotes, es una voz de comerciantes. La iglesia, tiene un aspecto innoble, semejante a las barracas de feria, y Dios se ha ido, sumiéndose en las calles sin luces excesivas, privadas de

ceras y animadas por el órgano distante en que los astros cantan, acompañados por querubines de guedejas rubias:

—Gloria al Señor en las alturas.

La amada, que acaso tiene idéntico pensamiento, interroga con sus ojos desvelados, cerrado ya el libro de oraciones. Me mira, entre el incienso con que los diáconos intentan calentar el hielo ambiente, como si yo pudiera con mis palabras, atraer al Altísimo. Pero sigo, igual a ella, desorientado, deseoso de abandonar el templo y buscar a la Virgen María, que con el Niño en los brazos, andará por los suburbios adormecidos.

—Dios no está aquí—me dice al oído, convencida.

Y me alegro de que su corazón también haya sido defraudado, y con este júbilo salimos, mientras detrás de nosotros, los sacerdotes continúan cantando oscuramente, y el incienso de los diáconos, pretende en vano entíbiar la atmósfera friolenta.

El aire, lava mejor que un río, la ciudad, nodriza celosa, cuya mano incansable vela activa por la limpieza, semejante a esos guardadores de los jardines públicos, florecidos de pétalos brillantísimos, que atraen a las libélulas y a los muchachos. Porque el aire ama las cosas firmes y gusta de correr vertiginosamente por cauces sin obstáculos, y nos envuelve, a la amada y a mí, en una capa fresca, de pliegues ondulantes.

En esta noche de Pascua, me siento poseído del cándido deseo que animaba puerilmente mi corazoncillo de niño, cuando, llevado por la hermana mayor, caía de hinojos a los pies de los

nacimientos colmados de pastores y tachonados de estrellas.

Insto a la amada, ávido de oraciones pascuales:

—Recemos aquí en la calle, bajo las lámparas de aceite de las estrellas y con las nubes de incienso que en el aire parecen deshacerse. Oremos, amada, bajo la gran nave celeste, capaz de cobijar a todos los creyentes del mundo. Alta y serena como un navío, resonante de alas de querubines y cánticos angélicos. Tú rezarás conmigo, elevando tu corazón al Altísimo. Así lo ofrecía siempre que, en la noche, vagaba por las calles en busca de una novia para poder recitar con ella las preces del amor eterno. Nuestra oración de hoy, tiene el mismo fervor que las antiguas, y ha de llegar al Divino Infante, reclinado en el áureo pesebre cuyas luces atisbamos a través de las esferas encendidas de los astros lejanos, cual llega el perfume de la mirra, prosternándonos ante sus rosadas plantas diminutas, como los senos de una virgen cándida. Yo quiero que así, ahora, nuestros corazones sean semejantes a los incensarios encendidos que los turiferarios portan, sahumantes.

La luna de pascua, luce mejor que las de los nacimientos, tibia acaso, del regazo de la Virgen María, dulce y con esa melosidad de los panales, ya que ella es parecida a esas tortas que se parten en las cenas de esta noche, cuando los relojes, hermanos de los gallos, cantan doce veces, y se encienden los pinos verdes, entre el coro jubiloso de los niños desvelados por el anuncio juvenil de esos juguetes maravillosos suspendidos en las ramas, entre globos de cristal y nieve de fantasía.

La luna es así, ahora, semejante a un beso suspendido en lo alto, uno de esos castos ósculos en que yo comulgo en la eucaristía del amor más puro, la más pura de las ceremonias rituales. Esta luna, se me antoja la imagen fiel de la amada que camina junto a mí y lleva en su mano el libro de los rezos y toca sus cabellos con la mantilla frágil de las devotas.

Ella va conmigo, reclinada en mi brazo, con ese abandono propio de las esposas grávidas, dejándose aturdir con el murmullo de las sirenas y los detonantes gritos de los cohetes con que chiquillos bulliciosos desvelan la noche y exaltan su alegría.

Los dos, vamos ya hacia la casa, donde nos espera un cálido ambiente y hay, preparado de antemano, el chocolate, que dejara dispuesto al salir, y en el regreso nos detenemos en una dulcería, engalanada con tortas de Navidad, que llevan dentro un anillo nupcial, propicio para los desposorios y que da la suerte a quien le posea. Yo compro una, grande como la luna, que tiene el calor de los regazos.

Y así, llegamos rendidos de cansancio y de sueño, y nos sentamos, en familia, alrededor de la mesa. Con la unción del Nazareno, parto la torta y doy a cada cual su trozo. La torta mágica, de Nochebuena, que tiene encerrada dentro, su oferta de felicidad. Y he aquí, cuando, entre la curiosidad supersticiosa de todos, mi amada salta en el asiento, triunfalmente, y en un gesto de júbilo nos muestra el aro nupcial.

Yo me animo puerilmente por el hallazgo y exulto tan grata aventura, oprimiendo su blanca mano, sin ser visto. Y es como si entre los dos

hubiera nacido el niño de la buena nueva, como si se mostrasen favorables a nuestro amor las respuestas de los oráculos infalibles.

Y con esta alegría, torno a mi soledad, en la madrugada. Los relojes, bostezando, junto a los serenos, dan la hora. Unos a otros se contestan, semejantes a los centinelas de los cuarteles. Extinguido el último son, los gallos rasgan los velos del silencio soñoliento, que oprimía sus lenguas, y cantan, cantan como las campanas de los relojes, rayando el aire. Nadie ya en la noche desierta. Yo voy solo, bajo la luz de los globos luminosos, que lucen únicamente para mí, tonsurado idealmente con el anillo de la torta de pascua, cual de una corona casi sacerdotal.

* *

Desde hace ya algunos días, la amada guarda cama, atacada de un mal desconocido, que los médicos no aciertan a comprender, y que va tornando cada vez más blanca su carne, hasta hacerla semejante a esas vírgenes yacentes, de rostros pálidos y manos exangües.

Desde hace algunos días ella no puede levantarse y su voz se vuelve débil como la de las niñas pequeñas, y sus ojos se resienten con la luz excesiva. Ella está en su lecho, alejada de la vida, y mi corazón permanece encogido, porque teme verla extinguirse levemente, semejante a las estrellitas de la madrugada.

Yo pienso, entonces, en los largos cortejos fúnebres y en las carrozas con sus coronas tristes, avanzando por delante de nosotros. Pienso en el

angustioso convoy cinerario, por en medio de las vías urbanas, al través de la desolación de los arrabales, animados tan solo, de estas procesiones luctuarias, sin más flores que las de los difuntos.

Por su gravedad creciente, adelanto el instante de mi desesperación, temiendo, a la sola presencia imaginativa de la catástrofe, cuando cuatro amigos míos lleven sobre sus hombros el ataúd blanco, semejante al alma de la novia virgen, y frente a mi dolor la encierren en su nicho.

He de ser yo, quien, con mis manos trémulas, que han expresados tantos gritos del alma, grabe las iniciales queridas de su nombre adorado. He de ser yo, quien las trace, y eternamente me veré así, de rodillas, junto a su sepulcro, sabiendo que no querré alejarme por no dejarla aún más sola y olvidada que yo, y por que si despierta, se moriría de espanto al sentirse tan abandonada.

Yo no querré irme, y los demás tendrán los pies impacientes por volverse a la ciudad, en busca del amor y de la dicha. Apartaré de mis ojos los velos espesos de las lágrimas, semejantes a aquellos otros definitivos, tendidos sobre los de mi amada, y les increparé su parco dolor efímero, pues se les hace largo el corto tiempo del sepelio.

Les echaré fuera, herido ante su pronta infidelidad para mi querida muerta, y ellos se alejarán de mí, creyéndome loco, alegres porque la ciudad les espera ya, con sus luces y con las bocinas de sus automóviles.

Yo quedaré solo, con la muerta de mi vida, junto a las coronas fúnebres. Quedaré solo, al igual de los ángeles pensativos al pie de los mausoleos, mientras los obreros del panteón, al

alejarse, sonreirán de mi dolor, como si ellos nunca hubiesen enterrado su alma.

La hablaré dulcemente, despacito, pegado lo más posible a su tumba, porque su voz es tan suave ahora, que apenas se oye y el vuelo imperceptible de un ave basta para apagarla. Pero ella persistirá en su silencio de piedra y yo me lamentaré, desesperado, a grandes voces, que conmoverán los nichos olvidados:

—¡Oh, amada mía, muerta ya, y alejada por siempre de mí! La única verdad, es que tú no me perteneces, desposada con el ataúd blanco, compenetrado de la pureza de tu alma cándida. Tú eres, amada mía, muerta, la única verdad, y lo demás, engañoso.

Y después de haberme arrastrado, a semejanza de las plañideras, guardaré un súbito silencio, como si ya no supiera llorar. Como si ya no supiera llorar y de mi mente se borre todo recuerdo y toda imagen pasada y presente.

Pero la novia, que aun no está muerta y que tiene los ojos abiertos para mirarme, sabe que entre los dos hay algo que nos separa lentamente. Ella sorprende en mis pupilas la inquietud intensa de mi espíritu y sonríe, cual si en esta hora espantosa, quisiera verter sobre mi corazón, íntegramente, la amargura con que yo hube emponzoñado el suyo:

—Alégrate—me dice con su voz, con su voz última, que no es la suya antigua, con una voz de recién nacida,—alégrate, porque ya no seré un obstáculo para ti. Te sentirás nuevamente célibe y tu corazón, sin amada, la buscará otra vez entre las mujeres reacias. Felicítate, porque yo era un enemigo de tu arte, y sin mí, él se hará

frondoso. Soy feliz al morirme, sintiéndote junto a mí, en estos últimos instantes, y ninguna otra mujer podrá arrebatarte de mi lado, ahora. Soy feliz porque tú vas a serlo con mi ausencia.

Así habla la amada, para recordarme lo cruel que he sido, y yo, entonces, beso su boca quejumbrosa, tanto tiempo en silencio y que en estos momentos se vuelve rencorosa. La beso por borrar de sus labios las huellas de aquellas palabras, más terribles que la muerte, y que me dejarán eternamente un eco de reproche. Quiero borrarlas, pues la amada no debe partir con ellas, sino por el contrario, antes de irse ha de dejarme su perdón y su amor confesado, y así sabré evocarla dulcemente, sin remordimiento.

—¡Oh, amada, perdóname! No calles más, porque la muerte sellará tu boca y no podrás besarme, ni escucharé palabra alguna brotada de tus labios, y su mano detendrá el movimiento de tu corazón, y cuando yo recline mi rostro lloroso sobre tu pecho, estará tu seno helado. Tu seno casto de novia, permanecerá insensible a mis súplicas. Yo quedaré como un huérfano que intentará exprimir los pezones maternos, secos ya en lo absoluto.

Guardo un silencio largo, medido por los golpes del reloj puesto al lado de las medicinas. Los ojos de la novia enferma, están cerrados. Yo, temeroso de verla siempre dormida, sin absolverme, tomo una de sus finas manos de moribunda:

—¿Acaso los débiles resistimos mejor? Tú, la mujer fuerte, no estarás a mi lado. Ya no velarás junto a mí, alentando mi espíritu hacia la obra futura. Tú no estarás conmigo, sino en el recuerdo. Te habrás perdido para siempre, igual

que una bella estrella errante. Yo estaré más solo que nunca, creyendo percibir los latidos de tu corazón varonil, que no latirá más. No tendré junto a mí, nada preciso, sino tu memoria. La melancolía de la ausencia colmará mis grandes ojos de lágrimas copiosas, y nuevamente, como antes de encontrarte, volveré a las grandes arterias de la ciudad, no para buscar mujeres nuevas sino para recuperarte, novia mía. Recorreré las calles impasibles, con los escaparates de sus casas en cuyos balcones se exhiben mujeres adorables, por encima de las cuales, tú serás insuperable, semejante a una luna nueva.

Ella abre sus ojos, que tienen el brillo del mármol mojado por la lluvia.

—Tras de cada ventana, veré una mujer en acecho, esperando al amante retrasado. Se hundirá en mis entrañas la envidia ante tanto idilio feliz, que me hará recordarte aún con más vehemencia cuando tú también acechabas mi llegada, o de pie, cariátide del amor, esperabas en el gran marco de tu puerta triunfal. Recogeré en las calles epitalámicas, toda la comunión de los amores. Aquella ajena comunión, que hará más distante e irrecuperable la mía. Tú estarás muerta para mí, perdida, y yo iré por la vida con mi dolor, a ciegas. Caminaré sin descanso, creyendo que puedes salirme al encuentro, con tus ojos dulces y tu sonrisa piadosa. Creeré hallarte al volver el rostro, ocultándote tras de mí para espiarme. Y en cada esquina se irá deshojando la flor de mi melancolía, semejante a una gran rosa desalentada. Yo te llamaré aún, no del todo convencido, te llamaré, pensándote viva todavía, sin saber dónde buscarte, y acaso tú, al otro lado de la

vida, condescendiente, me esperas en un trono de luz, semejante a una madona misericordiosa.

Ante el silencio con que me escucha, y su labio enmudecido, sollozo con un hondo llanto de viudo:

—¡Oh, amada mía! Tú nunca has podido ser largamente cruel conmigo. En esta hora en que el dolor parece enloquecerme ¿eres capaz de herirme aún más? Perdona ya cuanto haya hecho contra ti. Acuérdate que todos somos portadores de cadáveres en la vida. Que todos cargamos a nuestras espaldas un pesado muerto, y hasta las frágiles vírgenes, defraudadas, tienen un cándido infante extinto entre los brazos. Acuérdate que cada día que pasa, nos echa encima un muerto, y el vino efímero del amor nos emborracha al punto de invitar a nuestra mesa a estos difuntos grávidos, tocados con el hielo de las losas fúnebres. Si tú mueres, te he de llevar eternamente sobre mis hombros, muerta querida e inolvidable, y aunque arañe el aire con mis uñas y le golpee con mis gritos, tú, hoy tan cerca de mí, tú, la amada, la novia, la esposa, tú, carne de mi carne y manantial de mi vida, no volverás. Y yo imploraré, inútilmente, la impasibilidad marmórea de los Cristos y de las Dolorosas, y no alcanzaré a tocarte, y tú te habrás ido, dejándome puñales de remordimientos más terribles que los de las vírgenes maceradas.

Así digo, juntando su rostro con el mío, y con la garganta contraída por no dejar escapar un grito, un gran sollozo, el gran gemido, que, como una clarinada fúnebre, anuncie que el sér querido ya no alienta con nosotros, y sobre todo, la conciencia clara, en medio de nuestro dolor,

de la inutilidad del lamento, que no podrá alzar al muerto de su tumba, ni arrancar sus sudarios, ni conmover a los hermes profundos. La irreparable certeza de la muerte, más inexorable que la vida.

Y todas nuestras lágrimas, y nuestras quejas, y las noches desveladas y el dolor de nuestra vida toda, se estrellará ante lo imposible. Nuestro pesar será más inútil que si no hubiera sido, y la llorada, la perdida, estará lejos, siempre, inalcanzable, inabordable. Y seremos tan infelices, que no acertaremos a superar el límite, liberando al sér sufriente.

La amada, que siente sus manos ungidas con el llanto de mis ojos, y cuyo corazón se ha ablandado a mi ruego, acaricia mi frente sudorosa y aparta de ella mis negros cabellos revueltos. Está conmovida y triste como yo, y en sus ojos desorbitados de ángel moribundo, hay un esplendor celeste, cual si ya hubiera traspuesto, con sus blancas alas, los espacios, y caminara sobre una tibia alfombra de estrellas.

La novia se agrava, se agrava de una manera absoluta y sin esperanzas, y siento que soy yo mismo quien se está muriendo.

—Bésame, bésame largamente, como la primera vez—me dice con su lengua tarda, con su pobre lengua de agonizante.

Yo oprimo con todas mis fuerzas su frágil cuerpo de enfermita, y me aprieto a ella cual si al tenerla así, unida a mi vida, la muerte pudiera respetarla. Yo la estrecho contra mi pecho, y quisiera pasarle el calor de mi sangre.

—¡Oh, amada mía, no soy yo, es mi corazón el que te besa, mi pobre corazón al que abandonas!

¡Oh, amada mía, no te mueras! Y tú, que ambicionabas tanta riqueza para mi amor limosnero ¿vas a dejarme? Tú no me dejarás nunca, ¿verdad, alma mía? Acuérdate de la lunita de Pascua y de nuestro anillo nupcial.

Pero ya todo está consumado. No hay poder humano posible, capaz de arrebatar su bella presa al Destino. Y la amada, con una voz última y doliente, con esa misma voz del Cristo en la cruz, resignadamente, murmura:

—Muero en plena felicidad. La bondad de Dios no es eterna.

Y sintiéndola escaparse ya, de mis brazos, respondo entre lágrimas, para retenerla:

—No, no me dejes. Sin ti mi corazón teme al futuro.

Cuando le cerré los ojos, todo, a mi alrededor, se había quedado completamente ciego.

R. I. P.

Lima, 1925

DEL FOLKLORE PERUANO

LA HIJA DEL SOL

Flor de la Selva, la dulce ñusta, a quien los pastores llamaban «Hija del Sol», habitaba con su padre un pequeño pueblecillo situado en las faldas de los Andes, cuyo nombre fué Cusi-Inti, hoy desaparecido.

Dominando el amplio plano de la campiña tropical, sus cabañas eran de sólidos bloques de piedra. La que se distinguía de las demás por las proporciones de su arquitectura, pertenecía al padre de Flor de la Selva, el más anciano de la tribu y que gozaba de la comunicación con el Sol, quien, muchas veces, se había dignado anunciarle lo que iba a suceder.

La Hija del Sol, salía al romper la aurora, acompañada de Cóndor, fuerte mozalbete de veinte años, ojos grandes, cabellos negros y mirada de águila. Apacentaba el ganado de su padre, consistente en alpacas y vicuñas. Conducíale al valle

florido, por el que alargaba su dulzura un fresco arroyo, cuyas aguas servían para regar los grandes sembríos de maíz que elevaba al cielo sus enormes mazorcas de oro.

Flor de la Selva y Cóndor se amaban. La historia de su idilio campestre era bastante sencilla.

Una tarde, en que ya estaban recogidos los ganados, y las estrellas lucían en el cielo, fué a visitar a un hermano de su padre que habitaba en el pueblo vecino. Cuando estuvo a mitad de camino, negras nubes oscurecieron el firmamento y una fuerte lluvia parecía querer desgajar las copas de los árboles. Los rayos culebreaban tumultuosamente, produciendo ruidos ensordecedores.

Flor de la Selva, se ocultó al amparo de un árbol derruído, acurrucándose entre éste y la tierra. Los truenos rodaban pesadamente.

La noticia de que había sido cogida por la tempestad se esparció por el humilde pueblecillo. El anciano se mesaba los cabellos y la barba, derramando abundantes lágrimas y suplicando al Sol que apaciguara la ira del cielo.

Fué entonces, cuando Cóndor, envuelto en su poncho, retando al huracán bravío, se lanzó en su busca. Caminó, caminó mucho. Algunos árboles caían con estrépito, carbonizados por los rayos que descargaban las nubes desenfrenadas. Por fin, a la luz de un relámpago, la descubrió encogida, titiritando de frío. La envolvió en su poncho.

La tempestad disminuyó gradualmente. Cesó la lluvia y el granizo. A un golpe de viento, las nubes se alejaron y en el cielo brillaban nuevamente las pálidas estrellas.

Desde entonces, Cóndor fué el fiel guardador de la niña. Juntos iban al valle y juntos regresaban. En el pueblo los llamaban los dos hermanos, y era proverbial la ternura que mutuamente se tenían.

Un día, lluviosa la tarde y tempestuoso el ambiente, llegó al pueblo la inarmonía salvaje de guerreros impetuosos que cantaban. Los de Cusi-Inti, se asomaron a la vera del camino para verles llegar. Levantando la mano al cielo y con las palmas al Occidente, pateaban sus pies desnudos la tierra, que temblaba sordamente.

A la cabeza de los guerreros marchaba el broncíneo cacique. La negra y fuerte cabellera larga, moría sobre los hombros. Ancha pluma azul, sujeta por un grueso anillo de oro alrededor de la cabeza, le orlaba la frente. Brazaletes de formas variadas y caprichosas le adornaban los brazos y las piernas. Llevaba en su brazo derecho, recostada sobre el hombro, una ancha maza guarnecida de puntas cobrizas y aguzadas. Su andar decidido, y sus ojos, denotaban un carácter voluntarioso y resuelto.

La fiereza del hombre primitivo. El nudo de la fuerza del sol y la altivez del águila. Toda la creación, ofreció sus virtudes, buenas y malas. De ellas surgió el hombre; pero más influencia ejercieron la cabra y el reptil.

La noche caía encima. Amenazaba la tempestad. Cuando inició la lluvia su canto sonoro de cristales, Huarpa ordenó detenerse a su gente y se encaminó al pueblo. Paicha, el noble anciano y jefe de la tribu, salió a recibirle, depositando en su mejilla izquierda el ósculo de la hospitalidad.

—Deseo asilo para esta noche. Mis guerreros

vienen de muy lejos. Hemos cruzado el Amazonas, atravesado los Andes y nuestro camino aun no acaba. Llevamos rumbo al Cuzco, la ciudad del Inti. Somos un contingente para la conquista de las tribus de Arauco. Por Inti y su Cora, la luna, solicito techo para mí y para mi gente.

—Sea bienvenido el fuerte guerrero. Sea bienvenido él y sus acompañantes. Decidles que tomen amparo en estas cabañas. Que se distribuyan para pasar la noche. En cuanto a vos, aceptad la humilde hospitalidad que puedo ofreceros.

—Gracias, Paicha. La Suprema Luz te proteja y alumbre todos los pasos de tu vida. Mi gente hará alto aquí, y yo tendré el placer de beber en tu compañía el vino de la cordialidad.

Huarpa conoció al poco rato a Flor de la Selva. Viéndola, sintió encenderse su carne y convertírsele la sangre en un ardiente fuego que le roía, le roía hasta lo profundo del alma. Se llegó a ella y le estampó un beso en los labios. Ligero grito escapó del pecho de la joven, que asustada, buscó refugio entre un grupo de pieles de vicuña, amontonadas en un rincón.

El anciano penetraba en aquellos momentos, y no se dió cuenta de la turbación de su hija. Huarpa se llegó a él y ambos empezaron a beber reiteradamente.

Cóndor, que rondaba la casa, había escuchado el débil grito de su amada. Grito imperceptible que sólo su oído experto pudo recoger. Una inquietud nerviosa le trastornó los nervios y la sangre se hacía nudos de coraje en sus venas. Su respiración, fuerte y ruidosa, parecía la del

tigre que husmea hambriento las huellas de su víctima.

La noche estaba serena. Una luz plateada iluminaba apaciblemente las chozas. Todo era silencio.

De los campos vecinos, surgieron algunos hombres, que, cautelosamente, penetraron en la choza de Paicha, quien yace con el cráneo abierto de un golpe de maza.

Dos seres están frente a frente: Huarpa, el guerrero, y la bella indiana, la Hija del Sol. Empeñada lucha se ha entablado entre ambos. La carne que ordena y la carne que resiste. La lucha titánica del deseo. La lujuria que todo lo arrasa y la castidad que todo lo resiste. El fuego contra la nieve. El agua contra el fuego. La lucha de la carne rebelada contra el espíritu.

Flor de la Selva, con los vestidos hechos jirones, se defendía. Huarpa la acechaba, para caerla en cada descuido. Tenía el rostro arañado y los brazos sangrantes. Sus cabellos en desorden le daban una apariencia tenebrosa. Cayeron los últimos jirones de la ropa que cubría el cuerpo intocado de la ñusta, y ésta apareció en la más completa desnudez pagana.

El cacique quedó en suspenso. Tanta belleza, en ese cuerpo palpitante, de mujer, le heló. Mudo, extático, la admiraba y le petrificaba. Diríase en adoración mística, ante Venus victoriosa.

Arpa sonora de cuerdas argentinas, que palpitan bajo las caricias del amor. Cáliz de alabastro, guardador de perfumes orientales. ¡Qué fulgor de pedrería en esos dos carbunclos de sus ojos salvajes! ¡Qué tersura la de sus labios!

Divinidad de la mujer, ante la que se prosterna el espíritu, en la contemplación de la primavera.

Las canciones de la brisa, acordes que en su garganta se trasforman, agigantan y crecen. ¡Quién ignora de la armonía, en el cuerpo de la mujer! Anfora de barro celeste. Arcilla maravillosa modelada por la mano de un artífice inteligente. Pero superó y fué mejor aun que la concepción maestra del creador. La discípula dejó atrás las sonoridades del mar y de los astros.

Sus ojos, acogieron el fuego abrasador que no conservan las estrellas. Y toda ella, cual una flor hecha de sangre y de misterio, se empinó entre las rosas murmuradoras de la vida, y arrancó al silencio sonoro de las almas siderales, ese alto silencio, que es a la vez, semejante a un ruido sutil, el grito de la admiración que sobrecoge y deja en suspenso el corazón y el movimiento.

El fauno, se agitó nuevamente en el pecho de Huarpa y como un tigre se precipitó sobre la diosa desnuda, y le humilló sobre el tálamo de vicuñas.

Gritería infernal se levantó a la entrada de la choza. Cóndor, el bravo mozalbete se presentó seguido de otros de su pueblo, jóvenes bravos, todos ellos. Entablóse lucha desesperada, en que fueron vencidos los guardadores, y penetró a la improvisada cámara nupcial.

Huarpa, la bestia saciada, abandonaba en esos instantes, el lecho. Los golpes certeros de Cóndor irritado, le arrancaron la vida. El castigo que venga la ofensa. La mano que purifica la justicia.

La aurora se levantó y con ella el canto de las aves. Lloraba ante la amada, que un extranjero, violando la hospitalidad, había desflorado. Rosa

tronchada por el huracán. Primavera de carne consumida por el ímpetu abrasador de la lascivia. Vaso de voluptuosidad, roto, por una flecha.

La fuerza del poder sobre la debilidad. ¿Por que triunfa la audacia? «¡Hosanna, Hosanna!», cantan los sátiros a Hércules victorioso. Las virtudes, hermanas en el dolor y compañeras en el abandono, huyen, destrenzadas sus dulces cabelleras. Los ojos despavoridos. Huyen al través del Olimpo. Han, los hombres, profanado el recinto de los dioses.

Destruído fué el pueblo y saqueado por los guerreros venidos desde muy lejos. Con el fuego y el cuchillo vengaron la muerte del cacique que hubo roto el nudo de la hospitalidad.

Flor de la Selva y Cóndor, huyeron. Pero aun hoy, en las noches de luna, cuando todo está bañado por un reflejo de plata, el cuerpo paganamente desnudo de la Hija del Sol, surge con su divina y salvaje belleza, al lado de Cóndor, que llora.

El llanto del amado. ¿Por qué llora el amado? Llora su debilidad. Lamenta la imposibilidad de remediar el daño perpetrado. ¿Por qué no olvida?

El amor es una fuerza. Cincel que labra. Espada que separa los nudos. Fuego que purifica. Dulce cadena que une los corazones y los espíritus. ¿Por qué no supo aprovechar la fuerza, el amor? Fuerza ciega es el amor, y va a tientas, repartiendo sus dones.

¡Ah, muchos dió, pero, al pasar a su lado, no dejó caer sobre él sus beneficios! Llanto amargo es el del amado, que contempla, herido, el frágil cántaro de su pasión.

CAHUIDE

Las tropas conquistadoras, llegadas de lejanos horizontes, intentaban vanamente subyugar la altivez de los naturales.

Manco II, el último Inca, había dado el grito de resistencia. Dicen los historiadores que ese grito fué de rebelión. Rebelarse ¿contra quién? ¿Era una rebeldía defender contra la tiranía del invasor, el suelo que legaran los abuelos? ¿Fué rebeldía la resistencia armada que opusieron los españoles a las tropas engreídas de Bonaparte?

No. El grito de Manco II, representa el estremecimiento heroico de la altiva soberbia incaica, que, incapaz de inclinarse ante seres extraños, palpitaba en grandiosos deseos de venganza. Se les había robado. Se les explotaba. Oscuro su porvenir. Y fué entonces que surgió entre ellos el dilema de la Libertad o la Muerte.

La raza epopéyica, de secular audacia guerrera, se lanzó a la muerte gloriosa, en aras del altar del Imperio, que exigía sangre valerosa y esfuerzos de titanes.

Tomada la fortaleza que dominaba la pobla-

ción del Cuzco, los naturales se dedicaron a incendiar la ciudad, poniendo en juego la vieja astucia tradicional de los Hijos del Sol.

Velaba en la más alta torre, un fornido guerrero, tipo admirable de la raza. Nervios de acero, mirada de águila, oído experto y corazón tranquilo y amplio, con la majestuosa amplitud del firmamento. Alto, fuerte y macizo, lucía un casco arrebatado a los españoles. Coraza, escudo y noble acero toledano. Toda la salvaje belleza del indio audaz estaba esculpida en ese cuerpo. Apoyaba ambas manos en formidable maza, guarnecida de púas de cobre, y que pesaba algunas arrobas, manejable tan sólo por su potente diestra.

En el cielo lucía la luna llena y esplendorosa. El general la contemplaba con su mirada soñadora y melancólica. Las manchas del satélite adquirían vagamente la silueta de una esbelta mujer. Las estrellas titilaban con luces temblorosas que fulguraban con vagos estremecimientos de silenciosa inquietud. Inti Roja, compañero del altivo guerrero, acercósele.

—¿Contempláis—le dijo,—a la alegre jovencita enamorada de la luna? ¿Intentáis, acaso, como cuenta la leyenda, estrechar a la reina de la noche en un abrazo vigoroso? Cuidado con que os quedéis en el espacio...

La brisa, amorosamente tropical, movía blandamente las plumas del casco. La noche estaba sumida en soledad sonora. De la ciudad, a un golpe de viento, llegaban murmurios. Eran los españoles que oraban a su dios.

—No es ello, Inti. Medito. Hace un momento que he visto caer estrellas en el vaso inconmensurable del Misterio. Mal presagio. Cuando la muer-

te de nuestro noble Inca y Señor Huascar, apareció en el cielo un astro raro. Era cual grande estrella luminosa seguida de un cortejo de polvos relucientes. Volviósela a ver, cuando Atahualpa, su hermano, estaba prisionero. Son avisos del Sér Soberano que nos anuncia lo que ha de venir. Graves desgracias que abatirán a los Hijos del Sol.

En aquel instante, una estrella fugaz trazó sobre el firmamento una línea temblorosa. Los indios elevaron las manos a lo alto, mientras los centinelas prorrumpieron en gritos de angustia. El cielo permaneció impasible. La estrella perdióse, quedando nuevamente el titilar de los astros en el éter.

¿Qué hemos hecho para merecer el enojo del Padre? ¿Por qué escribe sobre la lámpara del cielo, el misterioso lenguaje de sus quipus? ¿No hemos sacrificado en fiestas solemnísimas? ¿No le honramos?

—Algo motiva su enojo. Falta que habrán de purgar severamente los hijos del Padre de la Luz.

La aurora abrió su policromo abanico de plumas salvajes. Rayos luminosos corrieron sobre las cosas y el aire, como corre la brisa por la superficie de los estanques, y el campo y la ciudad se tiñeron de un suave resplandor de nácar y terciopelo. Rompieron las aves en cataratas sonoras, que temblaron en éxtasis polifónicos. La brisa se tornó amable y reidora, al levantarse el sol esplendente, de su lecho de encajes. Los soldados, vueltos a él, con las manos en alto y los rostros, contemplando humildemente la tierra, entonaron sus canciones.

Con el nuevo día, las tropas comandadas por

Juan Pizarro, efectuaron un ataque vigoroso contra la fortaleza, cuya hostilidad se dejaba sentir duramente. La caballería española atacó resuelta. Los indios, valerosos, se defendieron luchando con denuedo. Una lluvia de flechas y de piedras encendidas, se oponía al avance de los asaltantes. En lo más reñido de la refriega, junto a los muros de la fortaleza, Juan Pizarro cayó, con la cabeza herida, y que fué causa de su muerte, acaecida unos quince días más tarde.

El resultado de la acción era dudoso. La lucha del continente antiguo, más fuerte, más astuto, más corrompido, contra el continente joven, la Virgen América, más humana, más naturalista, más silvestre. No era ella el producto artificial del laboratorio, ni flor de invernadero. Era la íntima comunión cotidiana con la Naturaleza, con el mar, con el cielo. Era la reencarnación de esa otra gran raza que habitara en Atenas.

Los ibéricos, lograron aislar la fortaleza, interrumpiendo las comunicaciones que ésta mantenía con el ejército del Inca. Pronto escaseó el agua, y la sed diezmó a los heroicos defensores. Y así resistieron bravamente. ¡Qué importaba la sed, el hambre y sus rigores! ¡Lo único que importaba era la salvación del Imperio!

Caída la primera torre, defendíanse con temerario arrojo en la que el legendario héroe de ella, el paladín de la raza americana, el titánico hijo del Sol, Cahuide, combatía resuelto a enfrentarse contra las fuerzas desatadas del Destino aciago.

En vano los soldados de Pizarro se acercaban. Pronto rodaban destrozados por la formidable maza del general de Manco II. Tanta audacia, tanto

heroísmo, desconcertó a los mismos europeos. La joven América parecía una leona herida, defendiendo a zarpazos sus cachorros. Hernando Pizarro, reconociendo aquel símbolo de patriotismo innato, ordenó que no se le hiciera daño. y si fuera posible, tomársele vivo.

La lucho continuó. La desesperada defensa no sirvió sino de gloria. La táctica y los adelantos europeos, triunfaron del coraje y el esfuerzo personal. Todo estaba perdido. Aquel arranque, aquel sacudimiento con que vibró la América, fué inútil.

Y como una gloria que se derrumba, cual una raza que sucumbe ante la astucia de otra más fuerte, aunque no más noble, Cahuide, el representante de los dueños de este suelo rico y poderosa, trepa a lo más elevado de su torre—hoy su pedestal—envuelve su cabeza en el poncho típico, arroja con desprecio las armas sobre el enemigo, y se precipita, en el vacío.

Soberbia acción. Acto de majestuosa bizarría. Nobleza propia de los caballeros romanos y de los contemporáneos del Cid. No quiso contemplar el triunfo de los pálidos, y prefirió, a la vergüenza de ver hollado su Imperio, el dulce y apacible regazo de la muerte, en donde todo se acaba y en donde existe la santa paz y el descanso eterno. Su acto asombró a los siglos. Minerva se llegó a él y le invitó a su carro.

Los cóndores y las águilas le ven; marcha conduciendo por el éter infinito los alazanes que halan el carro luminoso del Sol.

CUADRITOS SENTIMENTALES

LOS CUATRO PROFETAS

Juan Saldaña hacía su viaje de bodas, de Jauja a Lima. Su mujercita se apretaba, acurrucada, junto a su brazo. El viaje era largo y pesado. El cansancio le rindió, y soñó, mientras el tren corría.

Primero, le pareció ver a Confucio, que avanzaba majestuosamente. Su rostro era inexpresivo y la mirada fría, labrada en piedra. Leía en un libro:

«Nunca debe el hombre dar fe a las palabras que la mujer pronuncia. Ni cuando trata de convencer ni cuando pretende seducir, ni al explicar lo que le ha sucedido ni al pintar los sentimientos que la agitan.»

Su palabra se perdió en el vacío. Poco a poco se borró la imagen.

Luego, apareció Mahoma, quien también traía un libro. Bajó del camello. El sol le había cur-

tido el rostro. Invocó a Alah, besando varias veces la arena y leyó en el libro sagrado:

«Huye de la mirada de una mujer cuando sus ojos reflejan la pasión carnal que la consume, pues de lo contrario te quemarás en su llama, sin ser fuerte a evitarlo.»

Su palabra se perdió en el vacío. Poco a poco se borró la imagen.

Después, Buda, leyó a su vez:

«Guárdate de la mujer que pudiera resentir tu salud, guárdate también de escuchar sus palabras que sólo tienden a esclavizarte; y de beber la mirada de sus ojos, que destellan todo el oscuro fuego que la mujer guarda en sus entrañas para consumir las fuerzas del hombre.»

Su palabra se perdió en el vacío. Poco a poco se borró la imagen.

Y por último, radiante de luz, entre nubes de incienso y mirra, rodeado de ángeles y arcángeles, entre los coros maravillosos y las voces santas, apareció Cristo, el de la faz celeste, y al hablar su voz era suave como una flauta.

«Amaos los unos a los otros».

Pero sus palabras no se perdieron en el vacío, sino que se trasformaron en luminosos luceros que alumbraban la tierra con su luz deslumbradora.

Juan Saldaña se despertó sobresaltado. Su mujercita dormía apretada contra él. Sonrió con ternura y la besó largamente en los labios cerrados.

El tren, jadeante, corría desesperadamente hacia Lima.

POR UN BESO

Cuadro de amor

—Qué pálido está—se había dicho en aquella ocasión, Fanny, la bella muchacha de ojos negros y cabellera de ébano.

Asomada a su balcón florido, veía perderse a lo lejos la silueta del mudo desconocido.

¿Quién era él? No lo sabía. De algunas semanas atrás, pasaba a la misma hora, todos los días. Cuando la brisa, esparciendo el toque del Angelus, llegaba hasta ella, en la calzada escuchábanse los pasos del joven, pálido y soñador.

La primera tarde que reparó en él, quedóse pensativa. Y desde entonces, sin saber cómo ni por qué, al sonido del Angelus. se encontraba asomada a la ventana.

Los claveles columpiábanse en sus tallos. Las madreselvas trepaban hasta los tejados, y las golondrinas tejían, en giros incesantes, la tela intangible de sus evoluciones interminables.

—¿Quién será? — preguntaba, inútilmente, al

pájaro dorado en su jaula de lujo, que, gozando el perfume delicado de las flores. entonaba sus canciones.

Sus trinos encendidos se la antojaban palabras que hablaban a su corazón con la suave música de las íntimas confidencias, y a la Virgen del Pilar, en la noche, rogaba que el bello mancebo se manifestara de una vez:

—Madre mía. Tú que estás en el cielo y que todo lo ves ¿por qué no haces que me escriba? ¿Por qué no se acerca a mi ventana? ¿Por qué no me dice algo?

* *

En los claustros universitarios, un joven adolescente, pasea con los libros debajo del brazo. El pálido rostro y el fuego de los ojos, denuncia su temperamento ardiente y su corazón apasionado. De padres españoles, lleva en sus venas la sangre caballeresca de los tiempos del Cid, y el espíritu morisco, que retozaba en sus bellas composiciones, de una delicadeza infinita.

Le llaman, en tono familiar, sus compañeros, «el pensativo». Siempre solo, veíasele entregado continuamente al blando arrullo de sus apacibles pensamientos.

Estaba enamorado. Una joven hermosa había dejado en su corazón la dulce herida del dardo amoroso. Sus amigos íntimos le sorprendieron algunas poesías en las que cantaba el poético encanto de una verja florida y la dulce ensoñación de unos negros ojos de mujer.

* *

Fanny le había visto pálido. Su corazón latió de manera imprevista, que a ella misma asustó. Se empinó cuanto pudo para distinguirle, alejándose, y desaparecer.

—Me ama, y no puede decírmelo—pensaba, hablando consigo misma. — La próxima vez que pase le arrojaré un clavel.

Así lo hizo, en efecto. No bien hubo traído la brisa, el susurro del Angelus, cuando el pálido mancebo pasó junto a su ventana florida. Y ella, con mano temblorosa, arrojó una flor, ocultándose entre los tiestos.

El desconocido se detuvo. Miró a la ventana. La brisa jugueteaba con los claveles, y las golondrinas giraban en locas y desatinadas correrías. Recogió el clavel, besándolo apasionadamente. Algunos pétalos se desprendieron y rodaron al suelo.

Aquella noche, Fanny no durmió. Como una obsesión se le presentaba el cuadro de la tarde, cuando él oprimía ardientemente la flor con sus labios.

Y al Angelus siguiente, permaneció oculta entre las macetas pródigas. Cuando estuvo a su vera, arrojóla una encendida rosa, que al penetrar por la ventana enredóse en sus cabellos. Detúvose su respiración y no atinó a moverse de donde estaba. Tal fué su sorpresa.

El mancebo, trepó hasta donde permanecía estática. Empinóse sobre la frágil barrera de flores:

—Amor, esta rosa la cambio por un beso—la dijo, y la besó, en la humeda flor de sus labios carnosos.

LA BELLEZA PROHIBIDA

Los dioses habían distinguido a Dionisódoro, noble joven ateniense, con un espíritu culto, impresionable al contacto sutil de la belleza helénica.

Aquella mañana luminosa, en que el sol reía y la primavera iba floreciendo los corazones, su carne fresca, perfumada por el baño matinal, experimentó como nunca el deseo de colmar las sensaciones voluptuosas de felicidad que le estremecían el alma.

Los ojos, profundamente sedeños, reflejaban una sed honda, insaciada.

Su hermosa cabeza de oscuros cabellos crespos, la frente pálida y la barba de ébano, parecían agobiarse al peso de graves pensamientos.

Descendió por la escalinata de pórfido, entrando al jardín donde había reunido las más artísticas creaciones de sus contemporáneos.

La hermosa desnudez pagana de los mármoles de Numidia, cuyos senos palpitantes y las formas perfectas, talladas por el cincel mágico de Scopas, Fidias y otros obreros divinos, relucían a la lumbre iridiscente del cielo azul, envolviendo al

bello ateniense en una dorada aureola de suprema idealidad.

En los rostros helénicos, aquellos ojos sin pupilas, veían, se insinuaban, emanando los pechos poco abultados, un perfume de vida que embelesaba, embriagándolo, el corazón.

Labios tan vivos, que parecían pronunciar las palabras dulces del amor, escapadas de un carrizo de Pan. Manos lánguidas y finas que hacían desear las caricias inefables, los roces inquietadores, el contacto voluptuoso que prometían. Las caderas anchas, sugeridoras de cántaros etruscos, con los vientres curvos, temblorosos, como de terciopelo.

Las piernas esbeltas a la manera de columnas torneadas en alabastro. Actitudes exquisitas, movidas, animándolas una vitalidad extraordinaria, que evocaba el abrazo, suscitando espasmos amorosos. Todo hacía nacer el deseo de estar eternamente de rodillas en adoración artística y muda ante esas estatuas cuya perfección encadenaba las facultades del alma.

Esto lo experimentaba muy bien Dionisódoro, quien, desde entonces, dejó de frecuentar los lugares públicos y a quien extrañaban las lindas cortesanas.

Tenía su mundo interior, su mundo perfecto, entre los mármoles que le subyugaban con su belleza.

Esa mañana de primavera, después del baño, tuvo el pensamiento de buscar entre los vivos la perfección física de sus esculturas, y al palacio acudieron, desde aquel día, los más reputados mercaderes de esclavas.

Buques piratas trajeron para él, mujeres her-

mosas, de todas las razas y de todas las regiones, a quienes el noble ateniense, con el rostro sombrío, iba rechazando, una a una, sin saciarse jamás.

Y cada noche, a la luz de las estrellas, paseaba por la avenida de estatuas, nostálgico, esperando que Zeus les infundiera un soplo de vida.

¿Estaría condenado a no poseer jamás una mujer de formas tan perfectas?

¿Por qué no se animaban esas bellas ideaciones, esculpidas, no a golpes de cincel, sino al contacto del corazón?

¡Que descendieran de sus pedestales y avanzaran, rodeándole, danzando y cantando, hasta irlas deshojando en sus brazos, como Hércules!

¡Cuánto bien harían a su sed esas fuentes que permanecían secas, sin humedecerse siquiera!

Los días trascurrían, y con ellos se alejaba la posibilidad de realizar sus locos ensueños, sus fantasías vagas, inmateriales.

Y erraba, agobiado, herido por la inutilidad de sus esfuerzos, mientras la luna le besaba en las pupilas de seda.

Un día, al pasar por la piscina de las mujeres, en el estanque de jade, donde el agua reía al cielo, vió, tallado en mármol rosa, la suprema belleza que buscaba.

Cayó de rodillas oprimiéndose el corazón.

Del pecho se escapó un grito de angustia.

Cubrióse el rostro con las manos, llorando la imposibilidad de saciar su sed de perfección.

Aquella hermosa mujer desnuda, era su madre.

LA SEÑORITA HORTENSIA CASCABEL

Vida, pasión y muerte de una coqueta

Para la más querida de todas mis amigas.

La señorita Hortensia Cascabel, tenía un gran partido entre nosotros, estudiantes venidos de provincia. Motivaba este afecto general, la vista de sus piernas redondas, sus pechos altos y fuertes, así como un par de negrísimas trenzas que resbalaban por sus hombros hasta los juveniles senos incitantes.

A más de estas cualidades, que considerábamos de primer orden, sin que cualquiera otra pudiera irla en zaga, poseía linda voz de cupletista y manejaba con gran maestría sus ojos negros y atortolados.

No se apellidaba Cascabel. Veníala el mote, ex-

presivo hasta no más, por que así lo era: hueca sonaja de metal con una voz y unos pechos encantadores. Era su padre el amanuense Soldevilla, que prestaba sus servicios en el Ministerio de Gobierno.

Cursaba el segundo año de Letras, un joven atolondrado, de gran corazón, que se dejaba llevar de sus generosos impulsos. Llamábase Arturo y era una figura indispensable en nuestras reuniones con ribetes de bohemia, a las que invitábamos a algunas conocidas, todas tobilleritas de almacén, entre las que sobresalía Hortensia Cascabel, que cantaba los cuplets de moda, coreados por nosotros y un viejo acordeón, áfono de algunas notas.

Nunca se nos había ocurrido galantearla, ni mucho menos decirla palabras de amor, porque sabíamos que esta locuela era perfectamente insensible a semejantes emociones.

Pero Arturo se había enamorado de su voz y de sus ojos, por más que en vano tratábamos de convencerle y citamos a nuestro favor frases de Mahoma, de Buda, en que se hablaba del peligro de la mujer y de los males que ha ocasionado al mundo.

—Sus diez y ocho años—decíamosle,—son diez y ocho enemigos tuyos, dispuestos a devorarte el corazón. La Cascabel no deja de ser una coqueta. Fíjate como sonríe melosamente a esos señoritos perfumados que la requiebran con malicia.

Todo era pólvora al aire. ¡Pero, ir hacer penetrar la luz de la razón en un temperamento sentimental y testarudo!

Una tarde en que la moza recorría el Paseo Colón, bajo las caricias del crepúsculo y el arrullo

de la arboleda, se la declaró. Se vió envuelto por el manto de su mirada abrasadora, y rió picarescamente sin responder nada en lo absoluto. Había intriga puesta siempre al servicio de las hembras casquivanas.

La pendiente, insinúa el descenso, que aumenta progresivamente. Arturo se hundía dentro de su afecto descabellado y Hortensia Cascabel jugaba con coqueteos felinos, destrozándole el corazón a zarpazos, prorrumpiendo en carcajadas a cada muestra de dolor.

Mientras tanto, rondábala un señorito de treinta y cinco años, oteando buena presa para sus ansias de solterón empedernido y sensual. Astuto y conocedor de la mujer, comenzó a desarrollar en derredor de la moza el juego maquiavélico de su galantería.

Un día se presentaron en el Café Estudiantil. Nos quedamos estupefactos. Hortensia sonreía mientras de su incitante boca, desprendíase el humo de un cigarrillo inglés. Arturo palideció. Su mano temblorosa derramaba el café sobre la mesa.

Desde entonces se les vió juntos en todas partes: en el teatro, en la calle, en los baños.

No sé en dónde la encontramos sola. Fué rodeada por todos nosotros, quienes la decíamos a grandes voces:

—Tú no sabes amar. Eres una coqueta. Y las coquetas no aman, se venden. Las coquetas como tú, Hortensia Cascabel. Anda hija, ve donde tu hombrete, que se quiere casar.

Entre el humo de las pipas y el estruendo de los bastones en el piso, ahogamos sus gritos de

rabia y protesta. Desde aquel día no la volvimos a ver.

Tiempo después, una tarde en que la lluvia había cubierto de lodo las calles, Arturo fué sacado en hombros por sus compañeros. Obedecía tan espontánea manifestación a que nuestro amigo acababa de lograr la nota más alta en los exámenes doctorales.

Con la alegría retozona de los jóvenes, ingresamos en el Café Estudiantil y pedimos rumbosamente cerveza para todos. Esta desenredó las lenguas y descorchó los espíritus. Cantábamos y reíamos como locos, aplaudiendo picarescas anécdotas y aventuras galantes.

Manuel dió un puñetazo en la mesa.

—¡Camaradas! ¿Recordáis a Hortensia Cascabel?

Ante esta frase enmudecimos, mirándonos. Una palidez mate cubrió el semblante de Arturo.

—Pues bien—continuó, sin reparar en el efecto de sus palabras, completamente ebrio.—Hortensia Cascabel, está en el hospital... Ja... ja... ja... Nosotros que admirábamos sus piernas torneadas y sus buenos pechos de hembra robusta... Ja... ja... ja... Ha terminado en el hospital, el postrer y más fiel de todos los amantes de las hetairas, como se dice en las novelitas cursis.

Resolvimos verla. Completamente borrachos nos condujo un automóvil.

Ingresamos con estrépito. En la cama número 14 de la Sala de la Purísima, yacía Hortensia Cascabel. Su rostro se había cubierto de arrugas, marchito por la pintura y el vicio. Sus negras trenzas habían desaparecido, cortadas burdamente.

Del seno robusto no quedaba sino un par de jirones laxos y débiles.

La mirábamos en silencio, contemplando sus ojos de los que se iba la vida. Después, prorrumpimos en carcajadas sonoras. Nos vió, fuera de sí, por el espanto. Algunos enfermos se volvieron a mirarnos.

Burlas sangrientas surgían de entre nosotros, y cantábamos ensordecedoramente:

Y no es que me pese haberte querido
que limosna también se da a un pobre
y tú ¡pobre has sido!

Sólo Arturo permanecía en silencio. De sus grandes ojos negros se desprendieron dos lágrimas de piedad por la coqueta. Hortensia Cascabel dejó de existir, en medio de nuestras burlas.

Cuando todo había concluído, fué necesaria la presencia de la policía para alejarnos del hospital.

UN CAPRICHO EXOTICO

Desde la última vez que vimos a Pepe López, tres o cuatro semanas aproximadamente, había envejecido lo menos cuatro años. He aquí su propia explicación:

Conocí en la calle a Sacha Fai Fiu, un verdadero tipo de belleza asiática, de unos diez y ocho años. Me gustó la forma de su cuerpo, completo y tentador. Detesto las anémicas y cloróticas muchachas de sociedad. Me agradan los pechos firmes y robustos, las caderas moderadamente amplias y las piernas redondas como columnas. Una muchacha enfermiza o lunática, cual lo son por lo general todas ellas, nos hará la vida insoportable. Ni siquiera podrán cumplir satisfactoriamente sus obligaciones de hembras.

Nos encontrábamos siempre y adivinaba quizá el agrado que tenía en mirarla, pues me sonreía, empequeñeciéndose turbadoramente sus ojos, ya de suyo rasgados. Un día me atreví, animado por esa sonrisa franca y cobijadora, a acercarme. Me recibió sencillamente, como si me conociera, y conversando animadamente igual que dos viejos

estudiantes que se quisieran mucho, llegamos a su casa.

Los encuentros eran más seguidos. Siempre la acompañaba hasta su calle y me despedía en la puerta, estrechando su mano, tallada en un viejo marfil chinesco. Pasó el tiempo. Cierta vez en que habíamos bebido mucho champagne y comido bulliciosamente uvas y pasas, pensamos hacer una diablura.

Deliberamos largamente sobre el modo de llevarla a la práctica en la mejor forma posible. Para esto, alquilamos un departamento, que ella misma se dedicó a decorar en la forma más extravagante.

—Vas a vivir en una mansión propiamente china—me decía, mientras llegaban muebles exóticos, trabajados pacientemente en su tierra. Porcelanas, tapices, sederías, perfumes, todo en una profusión enloquecedora. Yo creía asistir a una visión diabólica, como si estuvieran mis pupilas envenenadas de opio. En estos preparativos corrieron quince días, al cabo de los cuales, me invitó a encerrarme en ese nido, tan cuidadosamente preparado.

Las ventanas estaban herméticamente cerradas, cubiertas con cortinas y aves raras bordadas en oro y plata, de modo que la luz no se filtrase de fuera. Puso gran esmero en que ningún reloj nos acompañara. Había champagne, uvas, pasas, te, opio. Todo contacto con el mundo exterior quedaba roto. Sentí miedo. Ella me explicó la gran diablura: quedábamos encerrados, completamente desnudos, para entregarnos, sin cuidar del tiempo, al amor. Y así tuve que hacerlo.

Fué una verdadera apoteosis satánica de la

lujuria. Era una insaciable flor de libídine en cuyas entrañas cantaba el placer, con su voz de sátiro, una lujuria ancestral que destilara a través de milenarias generaciones mongólicas, y que ella había recogido en su cuerpo, semejante a una gran esponja saturada de excesos, maestra en contactos desquiciadores y las promesas de placeres sin término, que los cuerpos jóvenes llevan en sí, sello de su aristocracia pasional.

Sacha se cimbreaba bajo mi cuerpo, como una serpiente. Me mordía los labios, cruzaba sus piernas electrizantes sobre mis muslos y con sus manos febriles, sus lánguidas manos de marfil chinesco, me oprimía, ora la espalda, ora el cuello o los cabellos. Suspiraba en el espasmo supremo para que aproximara mi boca a sus pezones erectos y rojos y les mordiera hasta sangrarlos.

Quedaba exhausto, sin fuerzas, sudoroso, en el cojín gigantesco, nido de nuestros excesos. Luego, se echaba junto a mí, me apretaba fuertemente y macerando mis labios, se quedaba dormida.

Me parecía una pesadilla. Estaba con los músculos flojos. Los espasmos se sucedían locamente. Me movía flotando en el vacío. Procuraba reanimarme a fuerza de champagna y de te. Sentada en una estera, bajo la luz imprecisa que brotaba de enormes dragones misteriosos, se hacía acompañar sus canciones por el yen-yin. Cantaba morbosos aires orientales, en que se hablaba de la luna pálida, y de una muchachita que la amaba tanto que se ahogó en un estanque donde se reflejaba su disco tembloroso.

Muellemente recostados, más dueño de mí mismo por el momentáneo descenso y las reacciones del licor, contemplaba su cuerpo desnudo, sus negros

cabellos sueltos que la bañaban de sombras, sus pezones eréctiles que amenazaban estallar en nuevas explosiones orgiásticas, su vientre, sus muslos sus piernas. Los huesos parecían desterrados de su cuerpo, que se retorcía tan desesperadamente.

Me provocaba, me enardecía con caricias apasionadas, que nuestras mujeres ignoran, y yo, de nuevo, vencido por el prestigio de su carne sensual, la estrujaba con rabia, con desesperación, hasta que un nuevo espasmo me aflojaba como un muñeco de serrín, que se desmorona, quedando idiotizado, mirándola estúpidamente.

Poseía un viejo violín de Manchuria, cuya exótica historia me refirió la cual he olvidado. Siempre que le tocaba, se ponía de pie ante un gran Confucio, irreal, grotesco, torturador, de expresión salvaje. Nunca escuché, no oiré jamás los alaridos dislocadores que de su violín se escapaban, bajo los dedos trágicamente felinos. Yo los veía correr, temblar, palpitar, estremecerse dolorosamente sobre la cuerda, y a cada movimiento correspondía una variación sonora, profunda. No era el tono de los violines sentimentales o agresivos a que estaba acostumbrado, no. Era como un gran coro de mujeres y niños, jóvenes y viejos. Era una exultación de rencores, de terror, imploraciones de misericordia.

Vosotros no sabréis nunca cómo el amor y la música, en esta histérica artista, pudo expresar todas las formas del dolor humano, escrito en notas y en caricias. Aun me parece escucharlas, cual si tuviera el oído pegado a una puerta del infierno. Cerraba los ojos y me sentía preso de una multitud alocada, tras de la cual avanzaran para devorarla,

tronadoras, las olas del mar o las lenguas del fuego.

Después, me sobrecogía un temblor que poco a poco me iba martirizando hasta sentir un dolor francamente físico. Luego, no recuerdo. Me perdí en un laberinto de alaridos desgarradores. Cuando volví en mí, ella había roto el violín, que ardía en una gran taza, entre sahumerios, al pie de Confucio, cuyo rostro parecía animado de una alegría perfectamente humana.

Me adormecía con suma facilidad. A veces, al estar sobre ella, el sueño o el cansancio me rendían. Sacudía mi cuerpo para que reaccionara, y yo, recogidas mis escasas fuerzas, hacía un postrer esfuerzo.

Llenaba su boca de champagna, se echaba sobre mí y me obligaba a beber el vino de sus labios. Al morderme, brotaba sangre del pecho, que absorbía con deleite, con una voluptuosidad de fiera. Sus senos parecían dos vasos de cantáridas, que reaccionaban mi organismo vencido. Era, la nuestra, una orgía inverosímil. Desnudos, sin noción del tiempo, hartándonos hasta quedar rendidos, de las caricias más sensuales, menos humanas y de champagna.

No podía calcular el número de días que estábamos encerrados, pero debían ser muchos, un mes quizá. ¿Hasta cuándo íbamos a estar así, sumidos en un mar de voluptuosidades, enervantes, cercanas a los límites de la muerte? Esta mujer había monopolizado mi voluntad, con el mismo sabio acierto que la hacía poseedora de todos los refinamientos perversos, que allí mismo iba creando con una pasmante fantasía.

Huía de ella, me defendía desesperadamente de

sus asaltos. Y ante la esperanza de que sería el último capricho, dejábala hacer. Pero no era el último. Había por fuerza de morir en sus brazos. Reía de mí, del pánico que me inspiraban sus caricias, desbordantes.

Para que os déis cuenta de cómo era nuestra orgía, sabed que en uno de esos arrebatos, con una espada finísima cercenó su pecho y me obligó a morderla en la llaga viva, retorciéndose de un dolor que excedía, seguramente, a las más locas voluptuosidades. Acaso, ese mismo dolor era una deleitación delirante, rara y delicada.

Comprendí que alguno de los dos había de morir para que aquello terminara. Sacha o yo. Pero sentí amor al sol, a los astros, a la Naturaleza. Quise gozar de la luz y de lo bello, acaso del amor de otras mujeres menos extravagantes. Pensé, con horror, que ella acabaría por matarme con su desenfrenada carnalidad. Y cuando sentía que el espasmo me arrancaba la vida de las entrañas, parecía animarse de nuevas fuerzas para consumirme. Y la locura me pasaba su mano helada por la nuca.

Me daba cuenta exacta de mi agonía, de que rápidamente me aproximaba al fin. Sufrí alucinaciones terribles, en que me veía rodeado de mujeres desnudas, voluptuosas, salvajes, que danzaban a mi rededor y me asfixiaban con sus besos. Me iban pasando de una en otra, macerando mi cuerpo, mis labios, y la ronda parecía que no concluiría nunca.

Otras veces, era un sér desconocido, medio animal, medio mujer, que me devoraba ávidamente las partes genitales. Y al salir de estos éxtasis infernales, caía en la realidad, más terrible aun que

el ensueño. Y me iba deshaciendo en las entrañas de esta insaciable, que se asemejaba a esa ronda de mujeres y al animal hambriento, ávido por devorarme.

Hasta que al fin, la maté. ¿Cómo? No sé, aunque debí hacerlo con una botella de champagne.

Como riéramos escépticamente, dudando de sus facultades mentales, nos llevó a su fatídica alcoba nupcial.

Tendida en una estera, yacía Sacha. Su cuerpo desnudo comenzaba a descomponerse. Tenía la cabeza destrozada, los ojos desorbitados por el golpe. Pero aun así, había en su rostro una sonrisa de voluptuosa bestialidad, una atracción maléfica en sus labios sensuales, y su cuerpo parecía retorcerse aún en espasmos venéreos incontenibles.

Y ante el asombro de todos, el Confucio, con sus ojos lejanos, parecía mirarnos enigmáticamente.

UN CASO EXTRAÑO

Cuadro fantástico que pudo ser real

Heráclito, fué, antes que presidente electo, un modesto burgués que vivía de la importación de carnes saladas.

Una tarde, cuando ya la luz de las avenidas irradiaba mezquinos resplandores, sintióse súbitamente herido en el cerebro. Dolor agudo le taladraba el cráneo, y cual tigre herido al precipitarse sobre su presa, se revolcaba en la cama de su habitación, que miraba al Paseo 9 de Diciembre. La cabellera larga, le ocultaba la frente y parte de los ojos.

Pasado el acceso de furia, se irguió. Sus ojos despedían extraño fuego. Su mirada se tornó intensamente penetrante y crispábansele las manos nerviosamente. Acercóse a un espejo amplio y sobre el cristal vió reflejarse su imagen. Habló. Las palabras brotaban incoherentes de sus labios resecos. No obstante, continuó hablando llevado

del vértigo de la palabrería. Su voz se fué haciendo potente, grandemente sonora, hasta que inició una serie de vibrantes períodos de una elocuencia apasionadora.

Se asomó al balcón que miraba al paseo indicado. Transitaban algunos pacíficos ciudadanos, así como uno que otro auto que se arrastraba perezosamente cual si no deseara llegar a su destino, o la gasolina se encontrara dominada de «spleen».

Su mano temblorosa recorrió la enredada melena. Miró distraídamente cuanto le rodeaba. Descansó ambas manos sobre el balcón y, cual si estuviera ante una inmensa muchedumbre, comenzó a hablar.

—Ciudadanos ilustres: mis palabras serán precisas y concretas. No deseo explayarme en consideraciones más o menos inútiles, sino empujaros con mi verbo elocuente a que conquistéis con vuestras mismas manos, la sublime tea, la antorcha sacrosanta de la libertad regeneradora que hoy se encuentra inicuamente ultrajada...

Detuviéronse algunos curiosos. Miráronse entre sí. Varios sonrieron socarronamente. Los más, permanecían en silencio, atentos a las frases del orador.

Heráclito, continuaba hablando en períodos redondos y vigorosos. Sus palabras atraían a cuantos acertaban a pasar. La noticia voló rápidamente por toda la capital. Comentábase que en un balcón del Paseo 9 de Diciembre, se encontraba un hombre de elocuencia avasalladora, que evocaba la palabra fácil y ardiente del admirable Mirabeau.

La gente se arremolinaba en torno, y los aplausos frenéticos se dejaban oír hasta muy lejos. El orador levantaba los ánimos y caldeaba los corazones.

Inquieto el Presidente por las insistentes comunicaciones telefónicas, ordenó al Prefecto que movilizara inmediatamente, fuerzas destinadas a conservar el orden, así como la prisión inmediata del agitador.

Una ovación inmensa estalló en el preciso momento en que desembocaba por el Paseo un pelotón de soldados. El Jeje del escuadrón, ordenó a los presentes que se retiraran. Sus palabras, fueron ahogadas por la vibrante respuesta de Heráclito, que cayó como una bofetada sobre el rostro de los uniformados y que hizo el milagro de una detonación. La tropa fué arrollada y desarmada. Por todas las calles se escuchó el trajín del pueblo que acudía a saquear los arsenales para proveerse de armas.

Heráclito, impasible, sonriente, se dejaba arrastrar por la multitud que le había arrancado de su casa y le conducía triunfalmente con dirección al Palacio de Gobierno.

Al llegar a la Plaza de Armas, ametralladoras emplazadas por las fuerzas gobiernistas vomitaban fuego terrible. Diríase que una nube de plomo descargaban las nubes.

Algunos titubearon. Otros corrieron presos del pánico. Pero el orador, encaramado sobre una de las bancas, vertió ante la multitud su palabra avasalladora, épica y elocuente, que enardeció la sangre cual grito de clarín y opacaba el ruido de la metralla asesina.

Y la avalancha, enfurecida, arrolló cuanto a su paso se presentaba. Heráclito fué elegido presidente. Y dicen que resultó uno de los mejor intencionados...

LA MARCA

Descarnada e indefinida mano, me atenazó la muñeca con fuerza formidable que me hizo dar un grito. En vano procuré desesperadamente desasirme de ella. ¡Vaya que apretaba la maldita!

Completamente oscura, la habitación carecía en lo absoluto de aire. Pesada y hedionda, gravitaba la atmósfera sobre mis hombros con una presión excesiva. Mis piernas flaqueaban. La cabeza me dolía horriblemente cual si agujas invisibles se entretuvieran en ir hincando una por una todas mis arterias. Me sentí arrastrado por una serie de callejones tortuosos. La mano, dale que dale, seguía dislocando mi muñeca.

Por el ruido de los pasos, por lo que pude palpar con la mano izquierda, calculé, procurando orientarme, que caminaba por un subterráneo. La tierra exhalaba un vaho húmedo y me rodeaba absoluto silencio. Alguien que marchaba junto a mí, producía un seco ruido, cual de articulaciones que libremente entrechocan. Mis ojos se abrían desmesurados, mas en vano se afanaban

por mirar en la profunda oscuridad que había en torno.

Un murciélago pasó muy cerca de mí y sus alas rozaron mis mejillas. De vez en cuando fosforescencias ligeramente verdes se dibujaban sobre mi dolorida muñeca. En el subterráneo surgían puntos luminosos que aparecían y desaparecían insistentemente. Cualquier ruido, por más insignificante que fuera, se tornaba espeluznante y trágico. Mis pasos producían un eco angustioso que rodaba a través de las galerías mezclándose a otros ruidos igualmente macabros.

Debía estar muy cerca del mar porque aparte del olor a marisco, la tierra retumbaba con el rezongar de las olas. Al volver sobre la izquierda, un golpe de viento húmedo me echó los cabellos sobre la frente. Cuando levanté la mano para ordenarlos, ésta tropezó con el techo y un polvillo menudo se desprendió sobre mí, notando entonces que ésta relucía con irradiaciones amarillentas como también parte del vestido. Me sonreía al pensar que si alguno de los camaradas que acostumbra a verme tumbado en el largo diván de la casa de Lui Ton me encontrara tan rodeado de luces, habría declarado con juramento solemne que yo era el más hábil y el más inteligente de todos ellos.

¿A dónde iba? Me cansaba tanto trajín. Varias veces procuré orientarme, pero sin resultado práctico alguno. Gruesas gotas de sudor meloso y frío, resbalaban por mi frente y por mis mejillas. Rechinaba los dientes con una rabia sorda. Debía estar divino en mi impotencia desesperada. Tengo la plena convicción de que si algún artista hubiera plasmado los gestos de mi rostro sobre el

lienzo, se inmortalizaría por todos los siglos en que el mundo sea mundo.

En verdad, y lo digo con franqueza, no sentía miedo. Mi poca virilidad para imponerme, hacía brotar espuma de mis labios. Me odiaba. Consideraba que esa humillación y otras más merecía. Hubiera deseado que todo el mundo me contemplara así, en esa actitud de esclavo, de lacayo. ¿Por qué, pues, iba a ser digno de otro trato si no era bastante potente para librarme de esa mano que apretaba con fuerza satánica? Y varias veces, resuelto a sincerarme conmigo mismo, me aferré desesperadamente al miembro inconmovible que me atenazaba la muñeca, pero los dolores agudos que me atrevesaban el brazo me obligaban a seguir arrastrado pacientemente, como la res que marcha con la testuz gacha, al matadero.

Caminamos mucho tiempo. Unas dos horas quizá. El reloj que llevaba en el bolsillo no me servía para nada por la falta de luz y porque se había parado. Yo, pues, atenido a un cálculo aproximado, pensaba estar caminando dos horas. Antes de ese tiempo me había encaminado a la habitación del chino Lui Ton.

Eran las diez de la noche y los clientes no acostumbraban a presentarse sino pasadas las once. Me encerré con mi dosis acostumbrada, pero no llegué a dar ni una sola chupada. Sí, lo juro.

No bien me acomodé sobre la *chaisse longue*, cuando las lámparas de papel se apagaron y la habitación quedó en tinieblas.

Esperé un rato a que se encendieran, pero en vano. La luz no volvió. Me sentí rodeado de sombras que adquirían las formas raras y extravagantes que no se puede imaginar. Parecía como

si esas mismas apariciones crecieran, se achicaran, corrieran a todos los lados y en todas las direcciones. La oscuridad era materia en movimiento constante. Salté al suelo, pero éste faltó bajo mis pies y sentí el vértigo de caer en el vacío. Y caía, caía sin encontrar un solo punto de apoyo.

Grité con todas mis fuerzas pidiendo socorro, pero los sonidos se ahogaron en mi garganta. No podían, pues, oírme. El saco se levantaba por la fuerza del viento. Mis manos giraban locamente, deseando aferrarse en algo. El vacío por todas partes. Pasados los primeros momentos de angustias, me conformé a mi nueva situación y me dejaba caer dulcemente, sin oponer resistencia alguna. Y en verdad, es una sensación agradabilísima ésta, la de caer en el vacío. Hoy, por emocionarme nuevamente, subiría a un aeroplano para dejarme caer... con un paracaídas, por supuesto.

Por fin noté un blando piso bajo mis pies. Se detuvo mi vertiginosa caída. Palpé con las manos y pude darme cuenta de que estaba sobre un suelo de arena. La oscuridad persistía. Pesada la atmósfera, no bastaba a mis pulmones que respiraban con dificultad. Me asfixiaba lentamente. El aire al pasar por mi boca abierta producía un ruido cavernoso que me asustó. Una mano oprimió mi muñeca. Me sentí arastrado... Sí, todo había acontecido en el espacio de dos horas.

Llegamos ante un agujero por el que la brisa marina se cernía silbando. Entonces, a la luz de las estrellas pude ver quién era mi verdugo. Un hombretón alto, vestido con gruesos pantalones de «diablo fuerte» y saco de marino. Ancho

sombrero le ocultaba parte del rostro. Su cabellera cenicienta columpiábase bajo las alas y por encima de los hombros. Su mano era completamente esquelética. No pude verle el rostro, pues marchaba delante de mí, conduciéndome por la muñeca.

Salimos a una playa desconocida. El cielo aparecía completamente negro y tachonado de pálidas estrellas, que despedían una luz anémica y enfermiza. La luna pugnaba por romper tras de una nube profundamente oscura. El mar sollozaba sobre las arenas relucientes. Ante la Naturaleza me serené un poco.

Mi acompañante volvió a mirarme. La sangre se heló en mis venas y la lengua se me puso rígida y seca. Entonces, sí que el miedo me hizo chocar los dientes. Contrajo su rostro una mueca espantosa que creyó ser sonrisa. ¡Cómo me rasgó las entrañas su cara descarnada y sus cuencas profundamente negras, de una coloración macabra! Asomadas a ellas, pensé contemplar todas las angustias y todos los temores de la eternidad.

Entonces me soltó. Miré mi muñeca y en ella estaban marcadas las huesosas articulaciones de los dedos desprovistos de carne. El dolor de la sangre agolpada que corría nuevamente libre, me hizo saltar las lágrimas. Me froté desesperadamente, olvidado de mi extraña situación.

Pero yo le seguía. ¿Qué fuerza misteriosa me arrastraba tras él? Recorrimos una gran extensión. Lejos, distinguí una gruta cuya boca amenazaba engullirse al firmamento. Debería estar, sin duda, habitada por toda clase de animales.

A medida que nos acercábamos, iba creciendo gigantescamente. Penetramos en ella. Lo que se

ofreció a mis ojos no es para descrito. Aquella bóveda presentaba aún señales de metralla y tajos de mandoble. Por todas partes se veían cadáveres en las más trágicas posturas. Llamó principalmente mi atención, uno que se mantenía en pie, sobre una piedra, con el cráneo partido en dos y dentro del cual habían hecho las golondrinas de mar su nido.

Entramos más. La cueva era profunda y reinaba en ella un desorden espantoso. Trastos, botellas vacías, algunas con vinos de marcas desconocidas y de formas caprichosas. Armas en las que el óxido hizo de las suyas. Todo se derrumbaba en cuanto lo tocaban mis manos. En el fondo, adornado con relativo lujo, había un lecho, recubierto de viejos tapices y sobre el cual estaba un cadáver cuyas características me demostraron que era de mujer. Debió ser muy hermosa, pues aun adheridos a su cráneo quedaban mechones de cabellos de un rubio viejo que relucía en medio de la oscuridad incierta que nos rodeaba.

Mi extraño acompañante se dirigió a un rincón de la gruta y me mostró un cofre de plomo. Me acerqué cuanto pude, y a la luz pálida de la luna que penetraba por algunas rendijas, distinguí una formidable colección de joyas antiquísimas, nunca vistas, de una belleza salvaje.

Miréla asombrado. Sonrió con su mueca horrible que me destrozaba las entrañas.

—Todo esto es para ti—me dijo, tomando entre sus manos las joyas y metiéndolas en mis bolsillos hasta que éstos se rasgaban por el peso,—llévatelas...

Me sentí poseído de una loca ambición. Hice un atado dentro del cual puse cuanto de valioso

encontré. El extraño personaje me contemplaba y sonreía con su mueca espantosa.

Pero cuando yo regresaba, nuevamente, a través de las galerías recorridas, un centinela me gritó: —¡Quién vive!—Sospecharon de mí al verme con tales riquezas y me condujeron a presidio mientras se aclaraba su procedencia. Yo juro solemnemente que, si salí de él, fué debido a que todo me lo quitaron con esa condición y la de guardar el secreto, lo cual preferí, pues no me quedaba otro camino que escoger.

Algunos dicen que soy un loco, que no ha sido más que un sueño de opio. Bien, sea; pero esta marca que llevo en la muñeca, decidme ¿la produce el opio? ¿Es peculiar de los fumadores?

CUADROS CERCANOS

EL TIMBRE

Apunte del natural

La oficina de seguros Juan Luque tenía exactamente, por su forma alargada, todas las características de un ataúd. El techo, bajo. Cinco metros de ancho y cuarenta de fondo, más o menos: tales eran sus dimensiones.

Contaba tres compartimentos con divisiones de cristales. En la primera provista de una ventanilla pequeña, al servicio del público. La otra separaba el despacho del subgerente, del resto de los escritorios en que trabajaban los empleados, y en la tercera se hallaban instalados los archivos, con papelotes inútiles y terrosos que el trabajo lento de los años ociosos, fué allí acumulando.

La vida no ofrecía nada de particular. El

número de empleados, escaso. Manuel Fuentes que trabajaba desde la fundación—diez y siete años—cuyos únicos vicios consistían en morderse las uñas y chupar pastillas de menta. Hipólito Alvarez, muchacho para quien la vida no iba más allá de sus pólizas. Y el inferior, Juan Luque, poco más que el portero.

En el escritorio del subgerente, había un timbre. Cuando los dedos le hacían dar una vuelta, vibraba con su retintín agudo, que se esparcía irónicamente por la oficina.

Juan Luque, obediente a esa orden de metal, se presentaba.

No sabemos cuándo nació esa enemistad entre el humilde empleado y el timbre. Es lo cierto que ninguno de los dos podían verse, y se perseguían mutuamente.

En el ataúd vibraba de continuo, y a cada tintineo, retumbaban, como haciéndole eco, los pasos impacientes de Juan Luque. Ambos a dos se odiaban. Se dirigían mutuas miradas de rencor y aprovechaban las oportunidades para mostrarse su tirria.

Cuando el subgerente faltaba a la oficina, el timbre no vibraba, procurando, sumido en su vergonzoso abandono, esconderse entre los papeles del escritorio. Pero cuando los dedos finos y alargados le imprimían ese movimiento giratorio, reía, y su voz estallaba como una carcajada que, rodando a lo largo de las paredes, iba a herir despiadadamente los oídos del empleado.

Tal, la lucha entre el hombre y la máquina. Pequeña tragedia doméstica, desarrollada sin llamar la atención, y como únicos testigos, los libros,

pólizas, impasibles de por sí e incapacitados para terciar en la discordia.

Juan Luque sentía que su enemigo pesaba cual una obsesión. Aunque no vibrara, oía su destemplada voz de metal: en la calle, en casa.

Una mañana, los dos enemigos se encontraron solos. Dió una mirada rencorosa a su adversario, que, humilde, se ocultaba temeroso, presagiando la tormenta. El empleado extendió la mano y la retiró herido por el frío contacto del metal. Contemplábanse midiendo sus fuerzas. Ambos se temían. Volvió a tomar el timbre entre sus dedos. Inconscientemente le imprimió un movimiento circular... y la carcajada sonora se esparció a lo largo de las paredes del trágico ataúd.

Fué cual grito de guerra. Brava interjección que irónicamente le retaba, cínica, impávida. No pudo resistirla...

Escuchóse un ruido seco. El timbre quedó completamente destrozado en medio de la Subgerencia.

Y desde entonces, Juan Luque dejó de escuchar esa risa cascabelera, que pesaba sobre su espíritu cual una obsesión.

EL REO NUMERO CUARENTA Y CINCO

—Mi madre es una bestia—comenzó diciendo. Abelardo Viñas, mozo fuerte, cuyos ojos inteligentes tenían mirada de acero, preso por homicidio.—Carlos Viñas, mi padre, falleció cuando yo contaba apenas dos años. Mi madre lavaba ropa y cosía desde por la mañana hasta al anochecer. Hice mis estudios preliminares en una escuela de ínfima clase e ingresé después a la carrera comercial.

Mientras hablaba, le observé con bastante curiosidad. Me había dicho el jefe de la prisión que aquél era uno de los reos más interesantes. De ademanes pandos, no parecía por ningún motivo, ser asesino vulgar. Cortó su conversación y me miró fijamente. Luego, como si alguna idea súbita le hincara las sienes, dijo:

—¿Puede la palabra enloquecer a un hombre? Las frases de mi madre emponzoñaron la sangre que corre en las venas de este desgraciado.

Sus pasos firmes, repercutían por los adoquines de piedra húmeda.

—¿Sabía el daño que sus palabras me hacían? Lo ignoro, pero no por eso el efecto aminoró. Poseía el tipo especial de hurgar las que más me escocían. Alababa mis enemigos, ponderaba las virtudes de quienes me eran profundamente odiados, colocaba en un nivel superior al mío a aquéllos que yo consideraba bajos en todo sentido.

Sus labios se contraían. En los ojos, relampagueaba un gélido destello. Ludía las manos con rabia y todo su cuerpo se sacudía a cada palabra que se escapaba de los labios resecos.

—Yo era de carácter altivo. Las injusticias humanas hacían de cáusticos que incendiaban mi sangre. Rebelde al freno, incapaz de acatar férulas o privilegios, odiaba ínsitamente el fuete y la espada. Luchaba con los amos en la oficina. Volvía rendido por la fatiga del trabajo que bestializa, y cuando buscaba lenitivo en los libros, las palabras de mi madre reemplazaban a los verdugos de labor. Sus sermones doctrinarios y educativos, me desesperaban, tornándome híspido. No influían en mi espíritu sino caldeaban la sangre, y fué acumulando en mi pecho el livor que roe las entrañas, la ira. Me convertí en un sujeto neurasténico, bilioso, hostil a todo. ¡Ah! Las palabras de mi madre me perdieron.

Parecía un loco. Intrincaba sus cabellos, retorciendo los dedos y mordiéndose hasta sangrar, los labios adunados.

—Tomé adversión al hogar. Comencé por ir sólo a dormir, después, falté una noche. Luego, otra, y acabé por no volver más. Dejé la ofi-

cina, dejé mi casa, huí de la ciudad. Llevé una vida errante. De todas partes me despedían por mi carácter varonil. Un día, tuve hambre, mucha hambre. Sólo yo sé lo que es tener hambre. No se me dió trabajo, me privaron de todo auxilio. La sociedad se me enfrentó. Y yo, el hombre completo, el hombre altivo, maté. Maté para vivir: una vida por otra. Huí de aquel país. Fué en Bolivia. Nadie me conocía, aquí, en Lima. Los sufrimientos me iban aherrumbrando... Conseguí que me amara una mujer. Me amó tal como soy, con todos mis defectos. No hizo de mí un ídolo. Vivía tranquilo a su lado. Era bonita y me halagaba provocar la envidia de los poderosos. Pero el oro corrompe. Maldito sea el oro. A él debo mi desgracia. Todas las desgracias se deben a él. Quien mató una vez por hambre, mató la segunda. Y esta vez era también un hambriento el criminal, un hambriento de amor, un defensor de su honra, si es que alguna me quedaba. Los jurados burgueses juzgaron, declarándome reo. Fuí encerrado en este presidio. Perdí mi nombre para trocarme en un fardo; el número cuarenta y cinco.

Meses más tarde, en la Redacción de «Mundial» alguien narró la siguiente escena:

—Como les iba diciendo, serían aproximadamente las tres de la madrugada, cuando al pasar por un costado de Penitenciaría, vi que se abrió una de las pequeñas puertas de hierro que dan a la Plaza de la Exposición. Enfrente de la puerta había una vieja carreta halada por dos mulas maltrechas, magras. Un vigilante, con el capote hundido hasta las orejas, sostenía en la mano su farol anémico. Dos hombres sacaron un bulto

envuelto con su frazada, por entre la cual aparecía dos pies desnudos y pálidos. Columpiáronle un poco y le echaron dentro de la carreta. El bulto produjo un ruido pesado al caer. Me llegué al vigilante y le pregunté qué era aquello.

—Es el reo número cuarenta y cinco, que ha muerto—respondió secamente.

Las dos mulas halaron la carreta, desapareciendo a lo lejos. La puerta de hierro ludió sobre sus goznes.

Sólo yo sabía su nombre y su historia.

EL JEFE

—Jacobo Irigoyen.

Cerró el pesado libro que había en su mesa, y con pasos lentos se dirigió a la Gerencia.

—Tome usted asiento.

Jacobo Irigoyen se sentó.

—¿Podría explicarme su incidente de ayer?

—No ha sido nada.

—¿Pero usted que escribe y conoce el significado de las palabras, reconocerá en las suyas una falta de respeto al jefe?

—No dejo de comprenderlo. Debo hacer presente, no obstante, que el subordinado no es una cosa. La jerarquía que pueda establecerse dentro de una oficina no autoriza el uso del látigo. Jamás permito a nadie levantarme la voz. Nunca lo toleré. Siempre se han dirigido a mí con la cortesía que todos nos merecemos. Hay más de uno que sabe cuánto pesan los puños de Jacobo Irigoyen.

El gerente era de trato afable, que jamás dejaba sentir la superioridad de su cargo. Cuando daba órdenes, las hacía como solicitando un ser-

vicio, y al dirigirse al empleado, le hablaba moderadamente. César Llona, en cambio, engreído de su título de jefe, trabajosamente adquirido merced a ciertas subrepciones, daba órdenes a grandes gritos, suscitando desórdenes que entorpecían la marcha de los negocios. Desde hacía veinte años, trabajaba en la oficina y allí moriría sin duda.

—Y este hombre, ¿dirá qué ha vivido?—se preguntaba, a menudo, Jacobo Irigoyen.

—Usted debe darse cuenta de que indudablemente hay unos seres superiores a otros. Es necesario considerar al jefe en atención a sus años y al puesto que desempeña. Noto la irritabilidad de su carácter. No duerme el tiempo suficiente ¿no es verdad?

—Acostarme tarde, es todo el desorden de mi vida. Pero no por estar en el café o el club bebiendo y fumando, sino que inclinado sobre los libros, estudio.

—Recomienda mucho a una persona esa estuosidad. Mas resulta necesario el descanso. El buen sueño trasforma al individuo, le hace eucrático para la lucha en la vida y dulcifica el carácter.

—A algunos les basta cinco horas para descansar. Diez resultan insuficientes para otros. Pertenezco a los primeros. No se puede llamar irritabilidad o mal carácter a lo que sólo es orgullo y propia estima. La categoría no engendra escala de valores. El hombre, como valor humano, es igual. Se ha creado, ciertamente, una tabla de clasificaciones convencionales, pero que desde un punto de vista general, carece de sentido. El orgullo nace del concepto que cada uno se merece. No debemos, pues, hollarle. He olvidado, al es-

cuchar las frases iracundas de César Llona, que es un hombre, para tratarle como a carcamal. Por el bien, jamás resulto inexorable. Las palabras duras son cual latigazos que encienden mi sangre. Nada cuesta la bondad. Quien se dirige en tono afable a los demás, gana ante sí y ante los otros. A una frase airada que se repite continuamente, debemos oponer otra de idéntica naturaleza.

La llegada de un cliente cortó el diálogo.

Jacobo Irigoyen abrió el pesado libro que había en su mesa, y comenzó a sumar las partidas. César Llona, vociferaba contra Arturo Noriega, que escribía una carta en inglés.

EL HIJO DE JULIA ALVAREZ

El hijo de Julia Alvarez era un muchachote rollizo, de diez y seis años, sin juicio en el cráneo, pero más despercudido que una ardilla.

Dijo al muchacho:

—Es tiempo de que te hagas hombre formal, Julio Alvarez. Desde la próxima quincena acudirás al despacho de Joaquín Strocky, a ver si traes un poco de ayuda a esta casa que la espera desde la muerte de tu padre.

Julio no hizo caso de tales palabras, como que faltaban una decena de días, y siguió su vida descuidada, como antes.

Aquella noche, cuando regresó de sus correrías, había en una silla, junto a su cama, un flamante vestido de tela café oscuro. Era su primer terno de pantalón largo. El muchacho lo miró con cierto respeto, tomando entre sus manos el saco de corte irreprochable. En la parte interior había una etiqueta de raso, en que estaba grabada con seda roja, sobre un fondo verde, el nombre del sastre.

Julia Alvarez dedicó un buen par de horas en explicarle el catecismo de la obediencia a los

jefes y superiores, a quienes había que respetar y agradar en todo. Acostumbrado a su amplia libertad, no le cuadraba aquella norma de conducta propia de los esclavos, según pensaba. Poco o ningún caso hizo de las palabras y se hundió bostezando dentro de las sábanas, durmiéndose profundamente.

El despacho de Joaquín Strocky estaba situado al costado de un café. Encima de la puerta lucía un rótulo con su nombre y el título de Notario Público. Trabajaban los amanuenses sobre mesas mugrientas que contaban años como viejos infolios los estantes. Todo allí parecía acoplarse bajo el peso del tiempo que pasa y el polvo que acumula en muebles y cerebros.

Julio Alvarez fué desde ese momento una cosa. Y como a tal, le llevaban de aquí para allá. En su escritorio se amontonaban papeles, esperando turno y cada cual exigía se diera preferencia a lo suyo. Strocky tenía el deleite de tocar un timbre y de hacer aparecer al empleado, para interrogarle sobre nimiedades.

Tales ajetreos fueron minando poco a poco la juventud de Julio Alvarez. Hubiérase dicho que todo, envidioso de su salud, se había puesto tácitamente de acuerdo para dar al traste con el bien templado sistema nervioso del muchacho. La salud huyó de su rostro, su carácter se fué agriando hasta convertirse en una afilada hoja de acero.

—No, no es posible—pensaba al abandonar la oficina, con la cabeza dolorida y el alma rebosante de indignación y desprecio a los otros;—se me explota por una miserable paga. Indudablemente que no ven si el trabajo es desproporcionado a mis fuerzas. ¡Cómo va a verlo! La mesa del rico,

cubierta de manjares opíparos. La del pobre, con la miseria por invitada. Y el rico no puede imaginarse que falta el pan, cuando lo tiene tan abundante. El pobre debe trabajar, se dice para tranquilidad de su espíritu.

Y si comunicaba su resolución a Julia Alvarez, ésta se lamentaba de la conducta de su hijo, y de que con él se moriría de hambre.

El primer incidente con Joaquín Strocky fué ocasionado por una carta.

—Julio Alvarez, saque en limpio estas líneas.

El muchacho dejó por el momento unas cuantas escrituras y se dirigió a la máquina. Paco Puertas, el más antiguo de los amanuenses, ordenóle que aplazara por el momento la carta y continuara con las escrituras. Strocky renegó cuando ésta estuvo en su pupitre, media hora más tarde. En su nulo criterio ignoraba que la cosa aquélla no podía servir a tantos brutos a la vez.

Cuando dejó al amo, Paco Puertas le dijo:

—Ahora voy a darle este encargo.

Y en la mesa los papeles continuaban multiplicándose; las horas se acortaban. No había cómo descargar de sus hombros ese peso que le doblegaba hasta el suelo.

—No, no puede ser—decíase,—dejo a estos animales. La bestia humana explota al semejante. Los de arriba están muy alto para contemplar de cerca las miserias, y el corazón se ha endurecido por la ambición. Las riquezas destruyen muchas vidas.

Y al oírle su madre, se mesaba los cabellos.

Aquella mañana fué la última. La odiosa figura de Strocky asomó por la puerta del despacho y sus ojos repararon en el alto de papeles amontonados.

—Usted es puntual en cobrar su sueldo, pero en cuanto a cumplir con el deber, no le veo dispuesto. ¿Qué hace en esta oficina? Ser solamente un subalterno insolente.

Julio Alvarez sintió que la sangre le ahogaba.

—No, no puede ser—decíase,—yo abofeteo aquí a esta bestia.

—Sí, señor, se trabaja y se pierde la vida—respondio en voz alta.—Media existencia la vendemos para sostener la otra media. Por no perderlo todo, es necesario vivir la mitad del tiempo y empeñar el resto.

Los empleados levantaron, admirados, sus gastados ojos y miraban al joven que se erguía ante las injusticias humanas, que, a ellos, habían acabado por dominar.

—Yo traje aquí mis más fuertes energías. Vuestro provecho las ha devorado sin la menor recompensa. Compráis cajas de fierro para guardar riquezas, aseguráis con barras de hierro las puertas, pero descuidáis al empleado que os sirve, al que se debe cuanto tenéis y que es la caja más fuerte y la barra más segura para conservar y aumentar vuestros intereses. Por una retribución irrisoria pretendéis los más grandes servicios y os escandalizáis de que el empleado se fatigue, agotado por el consumo de fuerzas en trabajos desproporcionados. Sois unos brutos, nada más que unos brutos.

Joaquín Strocky había quedado de pie, en la puerta. Con ojos estúpidos miraba al muchacho, que crecía hasta el techo, y a los empleados, desaparecidos entre los papeles, y que resultaban infinitamente pequeños. Todo daba vueltas a su alrededor y en sus oídos una voz potente le amar-

tillaba el tímpano. Sentía puñadas en las sienes y algo espeso que se agitaba en su estómago.

Julio Alvarez lo empujó con asco, para que dejara el paso libre, y mirándole despreciativamente, se lanzó a la calle. Sonriente a todo, metió las manos en los bolsillos. Saludó al sol, a las aves que cantaban, al mundo que reía bajo las caricias de la luz.

—Soy enteramente libre, otra vez libre. Lo pasado no ha sido más que una pesadilla enojosa. ¡Ea! Malditos sean los hombres que explotan a sus semejantes. Malditos quienes arrebatan la juventud en cambio de unos cuantos centavos. En el campo recuperaré mi sangre, perteneciéndome otra vez a mí mismo.

Julia Alvarez se lamentó ostentosamente de la conducta de su hijo. Daba vueltas por toda la casa y le oprimía con sus alaridos.

—Ahora busca quien te dé el plato de comida, porque lo que es tu madre no puede conseguirlo. Viendo nuestra miseria, dejas un empleo cuando hay tantos detrás de él que lo pretenden.

Y Julio Alvarez por no oír las necedades, se lanzó a la calle. En el campo, se echó sobre la hierba, de cara al sol y comenzó a soñar en una vida dulce, apacible, sin explotadores.

EL CORTE

—Me has herido, Arturo.

—Tú tienes la culpa. Te he repetido varias veces que no juguemos de manos.

Y gotas de sangre salpicaron el suelo de la oficina, cual lluvia de encendidos rubíes.

Alguno aulló desde su carpeta:

—Anda, lávate con agua.

Luis Alberto fué al lavatorio, mientras Arturo fregaba con un trapo las manchas de sangre. La herida continuaba manando. Aconsejáronle que fuera a la botica, y cuando hubo salido, dijeron a Arturo:

—Acompáñale, hombre.

Arturo salió, quedando desorientado respecto al rumbo del herido. Pero un reguero de gotas de sangre le sirvió de guía. Era atendido por el practicante, cuando ingresó a la farmacia.

Interrogó con inquietud:

—¿Es algo de cuidado, doctor?

—No es nada. Un sencillo desgarramiento de la piel.

—¿Ha comprometido alguna vena?

—¡Oh, no! Al ser así, se hubiera producido una hemorragia.

Luis Alberto fumaba nerviosamente mientras el médico le vendaba la herida.

—Nosotros no podemos atenderlo debidamente pues se nos ha relevado de estos trabajos. Diríjase a la Asistencia Pública o a donde un cirujano cualquiera. Es necesario darle tres puntos de sutura, para que la curación sea rápida.

Al regresar a la oficina, Arturo reía inquieto.

—No digas nada, ¿oyes?

—No lo diré.

—Afirma que tú mismo te has herido.

La sangre es muy escandalosa y la vista de la mano revestida de coágulos, producía un estremecimiento eléctrico. El subgerente interrogó:

—¿Y a dónde va usted ahora?

—Voy a la Asistencia Pública.

—No vaya usted. Quizá le sirvan defectuosamente. Diríjase al Hospital Italiano, que yo pasaré por ahí.

—No es cosa de cuidado.

Arturo había cobrado el precio de un artículo. Llevóle en auto al hospital, pagando con ese dinero. Luis Alberto continuaba fumando nerviosamente, contemplando su mano ensangrentada.

—No hubiera sido nada si no te arrancas el cuero con los dedos. Eso, ha producido un desgarramiento mayor.

—¿Qué iba a hacer si colgaba?

—Ya ves. Tienen que darte tres puntos de sutura.

—¡Qué más da!

El auto pasó delante de la casa de María Salinas, quien estaba a la ventana.

—Mira a María Salinas.

Y ambos la saludaron.

El médico les hizo sentar y pidió que esperaran. Atendía a otra enferma. Arturo paseaba de arriba abajo, preso de intranquilidad.

—¡Qué impresionante es un hospital! Mira, Luis Alberto, mis manos están frías, tócalas. Diríase que a mí es al que van a coser.

—Yo estoy tranquilo.

El subgerente se presentó y habló al médico. La Compañía correría con los gastos de la curación. Comenzaron a despojarle de las vendas y algodones. Luego, con alcohol, lavaron la herida. El doctor preguntó:

—¿Es usted valiente?

—Sí.

—¿Quiere que le anestesiemos?

—No vale la pena.

Cuando Arturo vió la delgada aguja, perdió todo dominio de sí y se lanzó fuera de la sala de operaciones. Paseaba a lo largo de la puerta, y cada vez que ésta se abría para dar paso al asistente, contemplaba el rostro contraído de dolor que tenía Luis Alberto. Y al verle, sentía frío en la cabeza, en las manos, en el pecho. Diríase que todos sus nervios estaban insuflados de agua helada. Terminada la curación, salieron a la calle.

Arturo hablaba con grandes voces.

—¿Cómo te han tratado? ¡Cuéntame! Yo no pude resistir la vista de la aguja y los instrumentos de cirugía. Soy muy nervioso. ¿No es verdad? Sí, muy nervioso. Pero, cuéntame cómo te han tratado.

—Me lavaron con alcohol y yodo. Luego, cosieron como si fuera un trapo rasgado.

Arturo sufría horriblemente con la narración. Parecía que le tiraban de los nervios, con pinzas de acero. Que le cortaban, le herían pinchándole despiadadamente, entre el olor del cloroformo y el éter. Pasó por su mente cuanto había acontecido desde la herida. Sintió que una angustia oprimía su pecho.

—¿Qué me pasa?—pensaba. Se mostró más atento al relato, luchando por comprenderlo, pero a medida que reanudaba sus esfuerzos para escucharle, estaba más lejos y entendía menos. Ante su vista se presentaba la oficina, el jefe, con el cual había tenido la víspera un serio encuentro. Si sabían que había cortado a Luis Alberto, lo echarían a la calle.

—Pero no dirás nada.

—Te he dicho que no.

—Y todo por una tontería.

—Así son las desgracias: por tonterías.

Luis Alberto continuó acudiendo al hospital, donde, hasta su curación definitiva, le atendían diariamente.

EL AUTO DE LA ASISTENCIA PUBLICA

Pasa siempre, con su sirena que parece un lamento, a veces; gritos de angustia, otras, y también una blasfemia prolongada.

Manuel Pérez, era un hijo del pueblo. Su estúpida vida de trabajo se había deslizado entre el taller, y la taberna maloliente. Envenenaba su sangre con alcohol y menguaba su vida en las fraguas devoradoras de multitudes.

Cada vez que el auto de la Asistencia se anunciaba desde lejos con su risotada de angustia, sentía un sudor pegajoso en todo el cuerpo, así como el que sus cabellos se erizaban. No podía explicarse su temor infundado.

Si estaba bebiendo, dejaba caer el vaso y le miraba pasar, con la vista del idiota, helado de espanto. Maldecía su fortuna de perro hambriento, y escupía con aire de presidiario embrutecido.

¿Era él quien iba tras del auto fatídico o el auto que le perseguía? No lo podía saber. Pero a veces le entraban unas ansias de echar a correr desespe-

radamente, gritando. Más la tranquilidad de quienes estaban a su lado, fumando y bebiendo, le contenía. Y luego, diríase que era un loco, o cuando menos, un borracho con diablos azules.

Su compañero de mesa, Enrique Castilla, ayudante de maquinista en una fábrica de jabones y velas para la exportación, tenía el aire taciturno, retorcido y canallesco de los hijos del pueblo, envilecidos por sus explotadores. Hurgando en el estiércol de su vida pasada, quizá, sondeándole detenidamente, contaría en su haber más de una puñalada trapera.

Se bebía las copas del infame alcohol, con deleite grotesco. Apuraba el vaso de un trago, se limpiaba en la manga mugrienta y escupía, mientras torcía en papel de periódico un poco de tabaco picado.

—¿Qué hay, Manuel? ¿Cómo andan las fraguas infernales? ¿Siempre encendidas?

—Con su monotonía lapidaria, Enrique Castilla, idiotizándonos para terminar de bestializarnos en este maldito café.

—Para eso has nacido, Manuel, para dejar la vida en la fábrica, embrutecerte en la taberna, y luego, el presidio...

—¡Maldita sea!

—No seas bestia, Manuel. ¿A quién maldices? ¡Bebe, animal! Eres un hijo del pueblo. Olvidas tu papel de proletario.

—Nuestra vida arrastrada...

—Concluirá, sin más ceremonias, en una zanja.

—Eres una bestia.

—Si tú lo dices...

Y salía renegando la estupidez de sus semejantes idiotizados.

Recorría tortuosas callejuelas, antes de ingresar a su «hueco» en el último piso de una construcción ruinosa.

Un sábado, después de reñir acaloradamente con Enrique Castilla, porque le había prestado unos soles, que se negaba a pagar, salió, en el momento en que el auto de la Asistencia cruzaba a su vista. Sin saber lo que hacía, echó a correr desesperadamente. Corría, corría. No avanzaba con la velocidad que hubiera deseado. Sus malditas piernas se dirían de plomo.

Al cruzar una acera, no reparó en que un carro eléctrico avanzaba. Sintió como si alguien le gritara:

—¡Ea! ¡Animal!

Luego, le echaron en tierra. Un agudo dolor en ambas piernas le hizo perder el sentido.

El auto de la Asistencia se detuvo. Bajaron dos ayudantes y cargaron con él. Sus piernas trituradas las metieron dentro de un costal. El auto se alejó.

Maldito carro, que a ratos parece una exclamación en socorro de algún herido. Si es grave, pasa, lentamente, como si no caminara. Pasa. Para ese carro no existe el tiempo. Lo mismo da día que noche. Fiesta o trabajo. Primavera e Invierno. El auto pasa con su sirena, que es a veces una queja; a veces un grito, y hasta una blasfemia sonoramente prolongada...

EL VIEJO DE LA BARBA CANA

Creíamos que la monotonía embrutecedora de nuestra maldita oficina de negocios, nos bestializaría con su calma desesperante. Cada cliente nuevo que se presentaba, era como un destello de luz.

Nos sobrecogía gran agitación. Reíamos, charlábamos y hasta nos golpeábamos sin motivo. Era como si quisieramos olvidar nuestra triste condición de explotados. Algunos clientes nos miraban con una sonrisa benévola. Otros, tenían el ceño ajustado y parecían como que les era trabajoso hablarnos. Pero muy pronto desaparecía, y la oscuridad nos mordía tenazmente. ¡Por qué serán los hombres tan mezquinos, y sobre todo tan vulgares!

Nunca un pensamiento nuevo, un gesto distinto, y, hasta si se quiere, otra forma de explotación. Siempre lo mismo, siempre la estúpida ruta trazada desde no sabemos cuándo y prolongándose más allá de nuestros horizontes.

Así, sobre las mesas, sumando y multiplicando, se escribía. La vida quedábase en los

libros y en las teclas de la máquina. Después vendría la vejez, la miseria, el abandono, y tras todo esto, el hambre y el crimen.

Una vez apareció ante el cuadrilátero de nuestra ventana, sobre la que se veía en letras negras el título de CAJA, un viejo de nariz aguileña, anteojos con lunas ahumadas, bufanda que en sus buenos tiempos debió ser café y ahora estaba convertida en un color ladrillo sucio, y barba cana. Me llegué a él. Usaba pantalón de fantasía, saco negro, sin cuello ni corbata, fumaba cachimba, tan mugrienta como su propio amo, bastón retorcido y enlodado, sombrero negro, muy alón, en que el tiempo había acumulado su pátina sebácea. Una joroba le deformaba la espalda y al andar, sus pies se arrastraban.

Le interrogué:

—¿Puedo saber qué se le ofrece al señor?

—¿Está el subgerente?

—De parte de quién, para avisarle.

—De nadie.

—¿Entonces?

—De parte mía.

Fuí donde el señor Carlos Ramos, subgerente de la oficina de negocios.

—Hay allí una persona que le busca.

—¿Ha dado su nombre?

—Dice que de parte de él mismo.

—¡Oh! Dígale usted que no puedo perder mi tiempo. Que dé su nombre o se vaya. ¿Cómo se atreve a molestarme, sin saber su nombre? ¿Ignora que en repetidas ocasiones he ordenado que no anuncie a nadie, sin conocerle? ¿Usted, para qué está en esta oficina?

De Herodes a Pilatos.

—Dice el señor Ramos que tenga la bondad de darle su nombre.

—¡Bah! De parte de Quintana. ¡Ya está!

El subgerente me dijo:

—Sé lo que quiere. Viene a pedirme dinero. Manifiéstele que hoy no puedo atenderle. Que regrese.

El viejo se incomodó.

—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta! ¿Y para esto quería saber mi nombre? Ya me lo suponía yo.

Todos nos reímos.

Pasaron algunos días. En la ventana de la CAJA volvió a aparecer la figura del viejo de la barba cana. Le anuncié al subgerente.

—Dígale que estoy en Junta de Directorio.

Volví.

—No puede atenderlo porque está en Junta de Directorio. Usted sabe la importancia de estas juntas.

—Sí, comprendo.

Un empleado gritó, con sorna, desde el fondo de la oficina:

—Que dé una vuelta por la ciudad, que conozca los monumentos y públicos y vuelva.

Risas generales.

A la semana, estaba de regreso.

—¿Visitó los monumentos públicos?

—¿Qué?

—Enfermo. Su enfermedad durará unos quince días.

—Pero, ¿cómo, si yo lo he visto esta mañana?

—El tiempo está muy malo.

Se sucedían los días, y no se presentaba. Le extrañábamos. Sus visitas se nos habían hecho familiares. Todos teníamos el deseo de verle aso-

mar por el cuadrilátero de la ventana. El menor ruido nos hacía volver la vista a la CAJA con la esperanza de que fuera él.

No volvió. La monotonía embrutecedora de nuestra oficina maldita, volvió a ahogarnos con su calma idiotizante.

ENSAYO SOBRE MI GATO

¿Creéis que pueda haber un animal más sensual que la mujer? Sí, el gato. Mirad.

Cuando me siento ante mi mesa a leer o a escribir, mi gato, un gato vulgar, plebeyo, manchado de negro y blanco, se echa junto al libro.

Primero, con una litúrgica solemnidad en todos sus movimientos, se aliña. En seguida, estirándose perezosamente, bosteza como un rey hastiado. Y en verdad, él es el rey del misterio, de la oscuridad, amigo de las sombras y pensador en las tinieblas. El gato piensa, piensa cuando las horas le encuentran vigilando atentamente la caza.

Camina sobre la mesa, procurando distraerme del trabajo. Se sienta, y mirándome fijamente, insistente, con sus ojos de esmeralda, partidos por una raya de ébano, parece decirme:

—Loco. ¿Por qué te afanas? ¿Pretendes saber más de lo que sabes, si es que sabes algo? Aprende cuanto yo hago: duermo, como y vivo al calor del sol. Eso que tú buscas, la felicidad, ha desaparecido aniquilada por tus propias manos. Y en castigo de ese crimen, de ese gran crimen, el hombre

está condenado a padecer hasta el fin de su vida, la nostalgia del bien perdido. Para nosotros, los animales, sois inadaptados. Frente a la vida, no supisteis acomodar vuestras aspiraciones y gustos a lo que la materia y vuestras fuerzas podían dar de sí, y os dedicasteis a forjar ilusoriamente, aquello de que las cosas carecen. Nosotros nos conformamos con cuanto la tierra quiera darnos. Y comisteis la fruta del Bien y del Mal, envenenando vuestra felicidad. Enfurecidos por el paraíso perdido, descargasteis sobre todos los animales vuestro desprecio y encono, haciéndoos crueles aun con vuestros propios semejantes. Os disteis cuenta que la dicha se alejaba de vuestras posibilidades, y desesperando alcanzarla, esclavizasteis e hicisteis la guerra a la vida. Aun podéis volver a la felicidad de los primeros tiempos. Ese tan desarrollado cerebro del que os encontráis orgullosos, es un fardo pesado en vuestros hombros que no sabéis llevar por no estar preparados. Volved al principio y sed razonables como nosotros que conocemos la verdadera tranquilidad.

Estos pensamientos me los trasmite con su mirada insistente, y convencido de que le comprendo aunque aparente indiferencia, hace una rosca junto al tintero, y duerme.

Pero cuando araño la mesa para despertarle, demuestra un pequeño desprecio. Insisto. Sus orejas se afanan por recoger el menor ruido. Poco después, agita la cola, se despereza y estira las patas sobre el tapete. Sin que lo llame, arrastrando el cuerpo, llega hasta mi mano y la toma con sus garras.

Le acaricio el cuello y se adormece bajo la

sensación agradable. Si dejo de hacerlo, me muerde. Su cuerpo se eriza, hunde sus uñas y muerde mis dedos, desesperadamente.

Otras veces, sus ojos persiguen todo movimiento. Mi mano se mueve en la mesa y la cabeza del gato va volviéndose idénticamente. Juega con el lápiz, alzándolo en sus patas y dejándolo caer, introduciendo un desorden increíble en los libros, confundiendo las cuartillas.

Al pasar mi mano por su lomo, tiembla, vibra, como si un sin fin de estremecimientos le sacudiera cada pelo. A veces creo tener bajo mis dedos un atadito de nervios que sólo tienen ojos para ver y garras para arañar.

El ruido que la pluma produce, le intriga. Esto acontece cuando está más endemoniado y se empeña en no dejarme escribir, borroneando los papeles. Una vez acabó por derramar el tintero, manchándose el hocico de morado. Y se quedó, muy serio, mirándome, a pesar de que su cara era bastante cómica.

EL RARO

Aquel sér que todos tildaban de demente, habló a la hetaira, que reía, reía con sus labios pintados:

—¿Sabes quién soy yo? Un poeta, un escritor, un loco. Un hombre que sueña, que imagina cosas hermosas y que ante la belleza profanada, llora semejante a una mujer. Un hombre que tiene la ingenuidad del niño, libídine de sátiro, mansedumbre de Cristo y crueldad neroniana. Un hombre que gusta de estuprar el pudor de las vírgenes y que se conmueve piadosamente ante las prostitutas jóvenes y lindas. Tú me interesas más que todas. Antes que extraño, quiero ser para ti un amigo. No es mi llamada, la del macho brutal que toca la puerta para saciar sus instintos de bestia, sobre tu cuerpo desnudo, que retuerce espasmódicamente una falsa lujuria y macera la orgía. Unos, buscan tu carne; yo, inquiero tu alma. La primera la vendes, la segunda será, seguramente, ofrecida con generosidad.

Tú permaneces, desde hace mucho tiempo, a no

dudarlo, bajo las caricias de hielo con que la vida te ha favorecido. Tu destino tuvo su capricho de nieve y la historia de siempre te impulsó hasta el vicio.

Aquéllos a quienes proporcionas placer, te desprecian. Quizá porque te alquilas a su amor, se creen con derecho a condenarte. ¡Como si la paga les autorizara! ¡Imbéciles! Yo, que de ti no he gozado nada, te estimo. Te estimo cuanto más te infamen los otros.

No comprenden tu vida. Quizá no lo has pensado nunca, desde que esa existencia no permite pensar, ni puedes aburrirte, porque estás atareada, y quien siempre obedeció no ha sido capaz de exigir obediencia, a su tiempo. Manda. Yo vengo a hacer tu voluntad. Yo encarno tu sueño. ¿Serán mis palabras, extrañas para ti? La sinceridad no puede parecer extraña a una mujer, y tú eres muchas veces mujer.

La linda cortesana, que reía, reía con su boquita pintada, se puso seria. Le miró atentamente, y descubrió que sus ojos estaban lacrimosos.

LA IMPERTINENTE

Sí. Desde hace algunos días ronda junto a mí. Al principio no reparé en ella, hasta que una noche la encontré, cuando vine, junto a mi puerta. ¿A qué llega? No recuerdo quién es, pero el frío me pulveriza los huesos y la tos repercute en mis sienes.

¿Quiere decir que debo partir pronto? No, todavía no. Aun estoy joven. Amo la vida, la música, las mujeres. ¿Podría irme teniendo esta juventud en el alma?

La espío por el hueco de la cerradura, y allí, en frente, se está impasible. ¿No se habrá equivocado de persona? En la casa de al lado vive un viejo atacado de tifus. Debe ser por él. No tengo por qué preocuparme.

En cuanto se me ha ocurrido esta idea salvadora, me quito alegremente el abrigo y los guantes, caminando luego con pasos fuertes por la habitación, refregándome las manos de contento.

He vuelto a la puerta. Allí está, a pesar de mi tranquilidad. ¿Por qué no mira la puerta de al lado? Pues nada. Seguramente quiere entre-

tenerse conmigo, inquietándome. Pero no le daré gusto.

Me pongo a cantar fuertemente, como para que me oiga. Y la voz la voy aumentando hasta perder las fuerzas.

Un policía llama a mi puerta. Dice que estoy borracho. Le respondo no sé qué y me contengo a vista de ella, sonriente. Entonces, cierro violentamente la puerta, apagando la luz. Pero la calle está bastante bien alumbrada y puedo verla, inexorable, desde la ventana.

Le golpeo la pared al vecino, llamándolo a voces. Parece que también está escondido, porque no contesta. Confieso que comienzo a tener miedo. No hago el menor ruido. Sólo la tos, la maldita tos no me deja tranquilo.

Me envuelvo la cabeza con paños, para ahogarla. Nada. Mis esfuerzos son inútiles. ¿Pero qué espera ésa, allá afuera? Seguramente está lloviendo. Hace frío. ¿A qué molestar a un sér perfectamente sano, como yo? Seguramente me está viendo a través de los cristales y reirá de mi temor.

¿Miedo yo? ¿De qué? ¿A quién? ¿A ella? Vamos. Va a creerlo. Es necesario encender la luz y toser libremente. Pero una luz me parece poco. Enciendo todas las luces, las velas y lámparas que tengo. La habitación está bien iluminada. No podrá decirme que enciendo una tímida lucecita.

Camino a grandes pasos. Dejo caer libros al suelo. Rompo un vaso y golpeo el bastón junto a la puerta. Algunos curiosos miran por la ventana. Les grito que nada tienen que hacer ahí, y se van, no sin mirarme aterrados. ¿Es que no se puede tener una habitación bien alumbrada?

Fuera, llueve con insistencia. Miro por el hueco de la cerradura y está allí, enfrente, impasible. Su calma acabará por desesperarme, y ¿entonces? Parece que lo mejor será no darla importancia. Me siento a escribir. Había conseguido, olvidarla por completo, hasta que levanto los ojos y miro a la ventana. Y allí está, con el rostro pegado a los cristales. Me hago el que no la veo y continúo escribiendo, pero me voy sintiendo cada vez más nervioso, sin atreverme a mirarla de nuevo.

Hubiera deseado que las luces se fueran apagando lentamente, pero las endemoniadas alumbran como nunca. Esto va aumentando mi rabia hasta que me levanto procurando no ver los cristales, y las voy apagando a todas.

Me siento ya seguro. En la ventana no hay nadie. Miro por el hueco de la cerradura, y está allí, enfrente, inconmovible, estática.

* *

Esta no se va. Es muy testaruda. He dejado de salir tres días para hacerla esperar, y allí ha estado día y noche. ¿No come? ¿No duerme? Debo interesarla mucho cuando no siente ni hambre ni fatiga. Debemos interesarla. ¿Quién me asegura que no sea por el vecino de al lado, atacado de tifus?

De lo que sí estoy convencido, es, que se trata de una persona bastante bromista. Cuando salgo, me sigue por todas partes. Donde el dentista, a casa del barbero, y a la relojería para dejar mi reloj. Después, entro a tomar un refresco y se queda en la puerta. No le gusta entrar en las

casas. ¿Será por timidez? Ella siempre se queda a la entrada, esperándome. De allí ¿nos lleva? ¿A dónde nos lleva?

Se me acaba de ocurrir esta idea graciosa. ¿Llevarme? ¿Quiere, entonces, que me vaya con ella? Pero soy joven, todavía. ¿No es verdad? Soy joven, y la vida, aunque algo pesada, no me desagrada en lo más mínimo.

Bueno. ¿Y si me lleva por la fuerza? ¡Por la fuerza! Vamos, ya la cosa se pondría seria, entonces. ¿Por la fuerza? ¿Cómo podría yo resistir? Pero no se le ha ocurrido. Ahí está, enfrente, estática. No se le ha ocurrido. No quiero pensar, porque puedo trasmitirla mi pensamiento. ¿Entonces? Es verdad. ¿Entonces?

Arreglaré mis cosas como si me fuera a morir. Acabaré por seguirla. Me dominará. Concluirá por dominarme, estoy seguro. Ya lo voy viendo. Todas las noches viene junto conmigo, y se para frente a mi puerta. ¿Por qué no entra de una vez?

Quisiera hablarla, decirla que no deseo ir. El vecino está viejo, cansado, y seguramente la vida le será pesada. A mí no me ha dado el tifus, ¿No es verdad? Sólo cuando era chico me atacó la escarlatina. Estuve muy mal. Mis padres lloraban porque me iba a morir.

Dejo abierta la puerta y no se digna entrar. También salgo, paseándome por la calle, pero sin resultado. El frío me obliga a encerrarme otra vez en mi cuarto. El tiempo está detestable, gris, terroso y me ataca los nervios. El tiempo y ella.

Comienzo a hacer los preparativos. Todo está listo ya. Sólo falta que yo salga para no volver. ¿Quién ocupará mi cuarto? Si acaso me dejan, vendré a ver quién es. Y me pararé enfrente, día

y noche. ¡Es verdad! Y miraré por la ventana mientras el otro escriba. Y él, pensará si es por el vecino, por el vecino atacado de tifus.

Pero no. ¿Por qué me ha de dominar? ¿No se trata de una mujer? Pues al fin y al cabo, no hay por qué temer a una hembra.

* *

—Cum... ta... ta... cum... ta... ta... tam.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Me he comprado una hermosa guitarra. Está hecha como para mi voz. En el regimiento, durante los campamentos, se me pedía que cantara. Y yo entonces daba un trago y comenzaba la canción:

¿Para qué has venido?
¿Quién te ha llamado?
¿Cuántas veces te he dicho
que no, que no, que no?
Contigo ya no,
con otra sí, ¿cómo no?

Y todos me aplaudían. Hermosos tiempos aquéllos. Ahora voy a recordarlos. Mi voz aun es robusta y sonora, como mi guitarra de caderas anchas.

Ahí está enfrente. Cuando salí de la tienda, me miró con curiosidad, preguntándome—primera vez que me dirige la palabra—que qué paquete era ése. Y yo me reía para mis adentros:

—Ya verás, ya verás, porfiada.

—Cum... ta... ta... cum... ta... ta... tam.

—Así estoy cantando toda la noche. El vecino atacado de tifus me golpea la pared para que me calle. Los del piso alto, también se oponen a mi alegría. ¿Es que uno en su casa, en su propia

casa, no puede hacer lo que le cuadre? Seguramente se comprarían también una guitarra si tuvieran buena voz, si debieran aparentar esta alegría. Pero, ¿estará todavía allí?

—Cum... ta... ta... cum... ta... ta... tam.

—Acabo de mirar por la cerradura. Va a amanecer. Allí está, estática, impasible. La lluvia la ha mojado. Pero de porfiada que es no se va. ¡Así la caiga el cielo encima! Se ha empeñado contra mí. No conseguirá amedrentarme. Que vea mi guitarra de caderas amplias. Suena con una canción de campamento.

—Cum... ta... ta... cum... ta... ta... tam.

* *

Los vecinos se ríen de mí, porque todos los días salgo con disfraces distintos. ¡Como que ellos no saben todo lo que estoy pasando! Pero esta endemoniada me conoce de todas maneras, y hoy se ha atrevido a jalarme las barbas postizas.

—Aquí tengo un revólver. Es la última solución. Ahí está, enfrente.—¿Te largas o no te largas? ¿Qué quieres? Vamos.—Pero no se molesta en contestarme. Le muestro el revólver. Se sonríe. Esto es desesperante.

—Pum. Pum. Pum. Pum. Pum. Pum.

Los seis casquillos acabo de quemarlos. Las balas le han pasado por el cuerpo. Y ¡allí está estática, impasible! En este momento una gran cantidad de gente se ha reunido en la calle. En todas las ventanas me miran multitud de ojos. Estos ociosos, no lo dejan a uno tranquilo. Golpes en la puerta. Abro. Entran unos policías. Bueno.

—Yo, no puedo explicarles a ustedes, todo, detalladamente. Hacedme el favor de ver si esa maldita ya se ha retirado. Las balas no la hacen ni cosquillas.

Pero estos gendarmes son muy brutos. No me hacen caso y me llevan a la comisaría. Vuelvo la cara, y ella marcha tras de mí, sonriente.—Pero, ¿no la veis, idiotas? Viene detrás de ustedes. Moléstense en volver la cabeza.—Ellos miran y no ven nada. No. Ciertamente que el gendarme es el animal más bruto. No sabe ni para qué sirven los ojos.

LAUDEAMUS DEO

DEL MISMO AUTOR

LÁMPARA DE ORO

(POESÍAS)

PUBLICADO POR LA

EDITORIAL B. BAUZÁ

R. MARTINEZ DE LA TORRE Y LA CRITICA

Libros nuevos

...Martínez de la Torre no ha seleccionado sus versos; de allí que al lado de simples ensayos, despunten composiciones de valor y de vuelo.

Clovis.

(«El Comercio», 7 octubre 1926, Lima)

«Lámpara de Oro»

Con una cubierta de libro antiguo, publicado por una editorial barcelonesa, en papel mate, nos ha entregado su primer volumen de versos el joven poeta limeño, Ricardo Martínez de la Torre, prologado por un colega suyo: Alberto Ureta.

Lámpara de Oro, es el nombre que encierra la obra primicial. Y en verdad que ella ilumina

los caminos del corazón, porque este cantor es esencialmente erótico. Respetuoso con el ritmo y con la forma, vibra en cada verso el alma de la primavera sentimental. En medio del ocaso en que agoniza el clasicismo poético, *Lámpara de Oro*, enciende la luz que alumbrara las páginas de Bécquer.

Versolibrismo han dado en llamar a una prosa áspera, ciertos rimadores que descuidaron, al centro de la composición, aquello del consejo maestro. Y de esos esperpentos, que ni siquiera tienen la genialidad valleinclanesca, está ausente el amor, la vida, y, lo que es más grave, la armonía. Martínez de la Torre, sin descuidar el ánfora, es original en la esencia. Nos ofrece, plena y fuerte, la emoción del amor. Su libro, es al modo de una lírica historia. En cada poesía, a pesar de su independencia, existe la unión invisible que va, de uno a otro, en los varios capítulos de una novela.

Comienza confesándonos:

Ardía en la pulida lámpara con exceso
la llama, que se alargaba en el vértigo de un beso...

Y luego:

Soy lámpara de oro y fuego pecador.

Otrora, el poeta vibra como un panteísta, ante el paisaje *Galicia*, que pinta en bellos cuadros de honda impresión... Pero siempre es el poeta del amor.

A ratos, fatigado de luz, de vida, y de calor, se abate, y dice:

Yo, que he sido alegre como una pandereta,
estoy, ha mucho tiempo, silencioso y callado...

Mas un día, vuelve el amor a agitar sus alas e impetra su amparo a Dios:

Señor mío Jesucristo: yo amo a todas las mujeres,
sólo a una, por tus clavos, sólo a una quiero amar.

Como todos los místicos del amor, tiene horas de extravío carnal, pero, retorna la ingenua canción, y vuelve a ser el poeta siempre.

«Yo escribo para la mujer» termina su última palabra al cerrar el libro, que hemos leído marginando el tiempo que nos gasta la ardua tarea cotidiana. Nos ha quedado el recuerdo firme de un hombre de verdad y de talento, en cuya primicia se anuncia el intérprete de la vida elevada y pura, que es el poeta.

Sólo nos queda agradecer el presente de su bello libro.

(«El Pueblo», 12 octubre 1926, Arequipa)

BIBLIOGRAFIA

«Lámpara de Oro»

En la visita que hiciera hace poco a nuestra casa el poeta limeño señor Ricardo Martínez de la Torre, puso en nuestras manos un ejemplar de su primigenia obra literaria, cuyo rubro encabeza estas líneas.

Lámpara de Oro, ha sido muy bien editada en la casa B. Bauzá, de Barcelona (España) y empastada en cartón forrado en cretona floreada, dándole un aspecto muy sugestivo.

Hemos leído atentamente el libro de Martínez de la Torre, fervoroso cultor del metro clásico, galano versificador e inspirado cantor de la mujer y del amor, según lo confiesa él mismo. Prologa la obra de Martínez de la Torre, el distinguido catedrático sanmarquino, doctor Alberto J. Ureta, quien tiene un oportuno juicio acerca de la obra poética encerrada en esa lámpara de oro.

Indiscutiblemente que Martínez de la Torre, por la belleza de sus metáforas, por la inspiración hondamente emotiva, el sentido claro y exaltado del amor en una ebriedad de juventud, es poeta. Su educación clásica hace que sus versos pertenezcan a la escuela antigua en que el ritmo era trabajado a cincel y la rima aprisionaba en sus cadenas las palabras fatales de riguroso consonante, dándoles así una musicalidad que se destaca aún más en nuestros días en que la libertad del metro y de rima hacen de los versos algo alado que, en su fugacidad, como puntos de luz, van dejando la chispa de una idea o de una emoción.

Toda la labor de su primera juventud, fresca aun de la exaltación del momento en que el hombre goza ampliamente y sin reservas de la vida que se le ofrece, antes que el tráfago cotidiano le descubra lo amargo de la madurez, está encerrado en esa lámpara de oro, puesta, votivamente, a los pies de la mujer y del amor. La sinceridad del ofrecimiento íntegro de la vida del poeta a este sólo «leit-motiv», salva la monotonía, a veces insalvable, de cantar una sola cosa.

Indiscutiblemente que obras posteriores servirán para juzgar mejor al poeta que, gallardamente, se presenta al mundo de las letras portando su

lámpara de oro en la que flamea la llama de una honda inspiración. La falta de selección en el volumen anotado le resta un tanto su valor, pues al lado de composiciones de verdadero y alto valor poético, hay otras donde se ve la precipitación de componer versos sin una medula fecunda.

No queremos señalar cuáles son las mejores composiciones para nosotros, ya que tratándose de cantos preferentemente emocionales, puede variar la apreciación, según la psicología individual, pero sí aplaudimos al señor Martínez de la Torre por su labor, augural de triunfos merecidos, y cuyo talento y dotes literarios ha de conducir a las ansiadas cumbres del triunfo, que de veras le deseamos escale pronto.

(«El Deber», 23 octubre, 1926, Arequipa)

LOS NUEVOS POETAS DE AMERICA

R. MARTINEZ DE LA TORRE

Inspirado poeta limeño.—Su primer libro:

«Lámpara de Oro»

Escribiendo un artículo en nuestra mesa de redacción, nos sorprende las tres de la tarde. A través de los cristales, divisamos la calle silenciosa. El sol cae aplomo sobre la acera. Un empleado nos anuncia:

—El señor Martínez de la Torre.

—Adelante—respondemos.

En el umbral se perfila la silueta del joven y ya brillante poeta limeño, señor Ricardo Martínez de la Torre. Su persona no es para nosotros, desconocida. Luego recordamos haberle conocido en la Redacción de «Mundial». Toma asiento cerca de la mesa de Dirección. La charla amena y rápida de exquisito «causeur» se impone en seguida. Sus frases impregnadas de sinceridad y optimismo, acusan una gran cultura. La sinceridad en esta época es joya arqueológica y el optitismo moneda falsa. Es por eso que Martínez de la Torre se impone desde el primer momento.

La conversación fluye amena sobre temas literarios. Nos dice su gran admiración por el célebre crítico Cansinos-Assens, cuya portentosa obra literaria va imponiéndose recién en América.

Le interrumpimos:

—*Lámpara de Oro,* que tiene usted la bondad de obsequiarnos, ¿es su primer libro?

—Sí, es mi primicia literaria—nos responde.

Lámpara de Oro es un bello libro de versos, primorosamente editado por la Editorial Bauzá, de Barcelona. Al hojear el libro, en la quinta página se nos presenta el retrato del poeta. Luego viene el prólogo justísimo y autorizado de Alberto Ureta. A las apreciaciones que hace el gran poeta peruano, sigue la primera página de versos, que fluye armoniosamente:

La llama ardía con trémulo fulgor
en lámpara de oro del altar del Dolor,
en donde, sacerdote del augusto Placer,
con las litúrgicas ropas de la Contemplación
oraba, ante la estatua de la Diosa Mujer,
en éxtasis supremo de mística emoción.

Y son estos versos a manera de frontis de un palacio encantado, donde el espíritu ingresa con místico recogimiento, en búsqueda anhelante del sabor delicioso de unos versos maravillosos, que, ya juegan como rayos en una fuente límpida, cantando la belleza de un rostro angelical de mujer o el hondo sortilegio que produce la presencia de una cabellera negra; ya se deslizan entre los dedos de una manecita de aristocrática dama, cual cuentas de un rosario, recitando una oración a la Señora Tuberculosis, o ya, desgranándose como una mazorca madura, ensalzando a la Mujer, al Amor, al Placer, a la Vida, pletórica de optimismo hecho acción...

Algunas veces el Poeta deja advertir en sus versos nostálgica decepción; pero, luego aparece un canto vibrante que ensalza a la Vida, glorifica a la Mujer y deja descubrir sus veinte años, cuando con tanto entusiasmo invoca al placer y al amor...

Lámpara de Oro, es un libro de juventud, pletórico de vida. Al terminar su lectura, deja en los espíritus un reguero de sano y generoso optimismo.

Volviendo a nuestra conversación con el poeta. Refiriéndose a su estada en Arequipa, nos dice:

—Aquí me siento otro. Qué campiña tan bella, sol tan esplendoroso y cielo de azul purísimo.

—¿Permanecerá usted aquí algún tiempo?

—Sí, varios meses. Probablemente hasta diciembre. Pienso ofrecer algunos recitales.

—El éxito será por descontado.

Unos breves momentos más continúa la charla. El poeta se despide de nosotros, produciendo su visita una grata impresión en todas las personas

que tuvieron la oportunidad de conocerlo en nuestra sala de redacción.

(«La Esfera», 14 octubre 1926, Arequipa)

DE ARTE

EL RECITAL DE AYER EN EL OLIMPO

Exito del poeta Martinez de la Torre

Escogido y numeroso público se congregó ayer tarde en la aristocrática sala de Mercaderes, con motivo de verificarse el anunciado recital del joven e inspirado poeta limeño señor Ricardo Martínez de la Torre, quien ha justificado su lírico blasón, dándonos a conocer seleccionadas composiciones que revelan al poeta de verdad.

Al levantarse el telón, se adelantó al palco escénico el poeta arequipeño señor doctor Sixto Morales, quien presentó al poeta metropolitano en los siguientes términos, que fueron acogidos con muchos aplausos:

«Señoras, señoritas, caballeros:

Desde la vetusta ciudad virreinal, desde la fastuosa urbe capitolina, propiamente considerada como la moderna Atenas del continente americano, por el esplendor de su cultura ideológica, viene

hasta nosotros, con apostura gallarda, caballero sin tacha, en deslumbrante embajada de Arte, un prestigioso lírico: Ricardo Martínez de la Torre.

Viene pleno de entusiasmos juveniles, desbordantes de optimismos lozanos, con el corazón henchido de sentimientos generosos, con el cerebro constelado de ideas apocalípticas, con el espíritu vibrátil, agitado, sacudido por la corriente magnética de una inspiración celeste.

Y viene aquí, a nuestro suelo ubérrimo, en la búsqueda de nuevas e intensas emociones artísticas, para captar la fulgurante imagen de la naturaleza física que nos rodea, para copiar en el espejo bruñido de su alma el añil trasparente de nuestro cielo, para admirar la majestad de nuestras montañas abruptas, para embelesarse en el tono esmeraldino de nuestra pintoresca campiña, para soñar con la pudorosa y atrayente belleza de la mujer arequipeña.

¡Bien venido sea el joven embajador del divino Arte, a quien tengo el inmerecido honor de presentaros en este torneo literario!

Martínez de la Torre, entusiasta propulsor de la palpitante doctrina democrática, comunista de acción y de fila avanzada, es de noble estirpe. Desciende, por rama materna, de don Juan de la Torre, Caballero de la Espuela de Oro, y posee, fuera del vano orgullo de la sangre, ilustre abolengo intelectual.

Saltando sobre toda una serie de sus antepasados, se llega al doctor Felipe Antonio de la Torre, fundador y primer Presidente de nuestra renombrada Corte Superior de Justicia, abogado de la Real Audiencia y Coronel de Milicias, quien arrancando de una de las más antiguas familias

del coloniaje español en América, fué descendiente en línea recta del citado don Juan de la Torre, uno de los bizarros conquistadores que cruzó la histórica raya en la Isla del Gallo y que fundó la villa Hermosa de Arequipa, habiendo sido su primer alcalde.

Con la muerte del doctor de la Torre no se extinguió el parentesco de inteligencia y honradez de su nombre, el cual patrimonio fué legado a sus hijos, especialmente al mayor de ellos, el doctor don Pedro Antonio de la Torre y Luna Pizarro, conspicuo jurisconsulto, sagaz diplomático, y periodista de fuste, no menos que al vástago de éste, el doctor don Aníbal Víctor de la Torre y Vidaurre, que descolló, también, como literato, jurista y diplomático de alto relieve.

El poeta don Ricardo Martínez de la Torre, es nieto del último de los personajes citados, y, por tan insigne prosapia, se halla vinculado estrechamente con el más selecto de nuestros núcleos sociales. Por ventura, él no pertenece a esa caravana de simuladores que adquieren el pergamino nobiliario a trueque de un puñado de oro, y que exhiben, sobre el tinglado de la vida, ante las sonoras carcajadas de la sensata multitud, las roñosas deformidades de un espíritu enfermo de necedad.

El prodigioso numen del poeta no sólo bate sus alas de seda, a manera de inquieta mariposa, por sobre el cáliz perfumado de las flores, sino que, en atrevido vuelo de águila, se altura hasta las soledosas cumbres del Ideal; porque, en la discreta selección de los motivos, estéticos, para alentar de verdad y exornar de belleza la obra artística, busca la diáfana extensión de los hori-

zontes ilimitados, intenta seguir la ruta luminosa de las estrellas, observa de lejos la pútrida fermentación de las pasiones humanas, conspira a la posesión de las maravillosas dádivas del Universo y se aproxima a Dios por entre las densas brumas del Misterio infinito... Así, pues, el numen vigoroso del poeta, como que quiere inquirirlo todo, abarcarlo todo, se prodiga en manifestaciones de contornos políedricos.

Ciertamente, por tales excelencias espirituales, la musa inspiradora de Martínez de la Torre, es deidad de origen griego y de lujosa veste moderna. Sabe ella de los plácidos erotismos de la lira de Safo; gusta del vino añejo de Anacreonte, escanciado en nieladas copas de oro; y participa del profundo, conceptivismo de Píndaro. No es la musa casquivana, de contorsiones histéricas y de música de pandereta, que aloca en el cabaret a los rimadores mediocres. Es la musa aristócrata; de carnes sonrosadas; de sangre ferruginosa, de formas esculturales, sugerente de ensueños, que deshoja delicados pétalos de rosa y exprime el jugo vivificador de las ideas en las ánforas cinceladas del divino arte poético.

La matizada producción literaria del poeta limeño, a pesar de los pocos años que éste lleva de fecunda labor, y de la falta absoluta del estímulo colectivo, constituye un tesoro de incalculable valía. Lejos de toda hipérbole, semeja un ruidoso desgranamiento de piedras preciosas en los opulentos joyeles del Parnaso nacional. Y esa producción, tan meritísima como espontánea, cristalizada en dos importantes novelas de índole psicológica, en infinidad de artículos literarios que han recreado a sus lectores, y en un ameno libro

de versos, intitulado *Lámpara de Oro*, ha conseguido aplausos dentro y fuera del país, singularmente en las academias de ática cultura intelectual, en las que, sin los deplorables prejuicios de la envidia lugareña, sólo alcanzan el galardón de las plenas consagraciones, los talentos de verdad.

El lirida Martínez de la Torre, con las irradiaciones de su *Lámpara de Oro*, evidencia que es devoto ferviente de los dogmas parnasianos de Leconte de Lisle, que afana en pulir la frase a semejanza del maravilloso Heredia; que se encuentra avasallado por el ensueño de la música, como el inmortal Verlaine; que esmera en precisar las tonalidades del paisaje, tomando los colores de la primorosa paleta de Chocano; y que imita la elegante estructura de las rimas gallardas del genial Rubén Darío.

¡Ah, cuántos, sí; cuántos cultores modernistas, de mente opaca y de inspiración raquítica, desearían ceñir sus pálidas frentes como la ciñe el poeta Martínez de la Torre, con el apolíneo laurel del triunfo!

Señores: muy a pesar mío, advierto que he fatigado demasiado vuestra benévola atención, y se impone la necesidad de que yo ceda en el uso de mi palabra descolorida e indocta, para que podáis, en esta hora emotiva y perfumada por los encantos femeniles, gozar de los cantos armoniosos y primaverales del poeta limeño.»

Después de un intervalo orquestal, a cargo del maestro Aurelio Díaz, salió al escenario el poeta limeño, al cual el público saludó con una cariñosa ovación.

Con voz emocionada, matizándoles delicadamente, el poeta recitó cinco poemas máximos. El de «La Mesa Familiar», fué recibido con sonoros aplausos. Es un magnífico relieve descriptivo que nos recuerda el objetivismo poético del enorme José Santos Chocano.

Cerró la primera parte de esta fiesta de belleza y de lirismo, la recitación de tres poemitas breves, entre los cuales cobró mayor prestigio «Marina», cuyo cuadro supo evocar, en pinceladas impresionistas, el emotivo e inteligente artista.

Las «Oraciones ingenuas» y «Cuadros Regionales», constituyeron la segunda y última parte del simpático programa. «El Poeta ha ido al baile», «Inquietud», «Yo te amaré por ella», son expresiones de un alma que se consume en la sagrada llama del amor.

Martínez de la Torre, en los «Cuadros Regionales» ha logrado plasmar, maravillosamente, tres motivos arequipeños. «Yaraví blanco», es una hermosa interpretación de la mujer trabajadora e ingenua de nuestra campiña. Nuestra Catedral ha encontrado también en la lírica de Martínez de la Torre, un ferviente cantor, y nuestra ciudad cercada por las tres gigantescas montañas que son la admiración de propios y extraños, há sido homenajeada en exquisitos versos que completan la ofrenda de todos los poetas que han rendido su lira ante la majestad de nuestra tierra.

Después de que el poeta terminó de recitar cada uno de los tres cuadros regionales, escuchó muchos y nutridos aplausos.

Agregar un nuevo juicio al que pronunciáramos con ocasión de su libro *Lámpara de Oro*, holgaría por ahora. Sólo nos resta subrayar el éxito ob-

tenido ayer tarde por el joven poeta, cuyos altos valimentos y aristocracia sentimental, supo apreciar el culto y distinguido auditorio.

(«El Pueblo», 20 noviembre 1926, Arequipa)

NOTAS DE SOCIEDAD

El poeta Martínez de la Torre ha ofrecido un recital en el Teatro Olimpo. Como el vate limeño es joven, simpático y viene precedido de una buena aureola de triunfo, y tiene ciertos aires donjuanescos, un gran número de pollas de nuestras «higf life» concurrieron a esta simpática fiesta de Arte y Belleza. Ricardo Martínez de la Torre, recitó sus mejores poemas, en cuyos versos el amor vibra... El efecto sentimental que produjo este recital en nuestras pollitas, es indescriptible. Algunas lloraron y rieron a la vez. La voz del poeta les llegaba al alma.

Martínez de la Torre no sabe qué hacer. Le han visitado un sinnúmero de álbums, solicitándole versos. Ellas lo quieren: el poeta debe acceder.

(«La Esfera», 27 noviembre 1926, Arequipa)

RECITAL POETICO

MARTINEZ DE LA TORRE
en el Olimpo

La noche del viernes 19, la aristocrática sala del Olimpo, presentaba sugestivo aspecto. Rumor de frases y de pasos en los diferentes compartimentos. Ajetreos de última hora en los pasillos.

Fiesta de belleza y de poesía, era indudable que nuestras elegantes damas y damitas la realzaran con su presencia, ansiosas de escuchar el engarce diamantino de bellos poemas de amor, que en labios de Ricardo Martínez de la Torre, adquieren, como que son frutos de su inspiración fecunda, sentida emotividad.

El recital lírico comenzó con la presentación del brillante vate limeño, hecha por el poeta arequipeño señor Sixto Morales, que en conceptuoso discurso, trazó, con mano maestra, la robusta personalidad intelectual que en el mundo de las letras significa Martínez de la Torre.

Una cerrada ovación acogió la presencia del joven poeta. Y los poemas máximos fueron declamados admirablemente por su autor, esparciendo por la sala un ambiente de añoranza, que hacía vivir a la dama extraña, al amor olvidado, a la desesperante inquietud y aquel momento de felicidad que anima la mente al pensar en el

lejano hogar donde se reúnen los padres y hermanos alrededor de la mesa familiar.

Siguieron poemitas breves, ligeros, alados, como rumor de alas que merecieron una larga ovación por parte del selecto auditorio.

Y después que la orquesta cesó de tocar una bella pieza musical, Martínez de la Torre dió comienzo a la segunda y última parte del recital. Declamó con claro timbre de voz, sus hermosas creaciones poéticas; que él titula, «Ingenuas», «El Poeta ante el Crucifijo», «Padre Nuestro, Amor», «El Poeta ha ido al baile», «Yo te amaré por ella», y otras más, que constituyeron el más brillante triunfo para el distinguido poeta limeño.

Y cerraron con llave de oro—perdón por la frasecita tan usada—esta sugestiva fiesta de belleza y poesía, la declamación de los cuadros regionales: «La Ciudad de los Tres Volcanes», «Yaraví Blanco», «La Catedral de Arequipa», momentos poéticos nuestros, que al ser cantados por el maravilloso estro de Martínez de la Torre, nos hicieron vivir instantes de sorprendente realidad.

(«La Esfera», 27 noviembre 1926, Arequipa)

REVISTA DE LIBROS

POESIA

Lámpara de Oro, *por Ricardo Martínez de la Torre, Editorial Bauzá, Barcelona.*

Estamos ante un caso de precocidad. Ricardo Martínez de la Torre, joven peruano, perteneciente a una distinguida familia limeña, reveló sus facultades de escritor a los once años, escribiendo una novela a imitación de las de Conan Doyle. Poco después, inició sus dotes poéticas imitando muy gentilmente a José Asunción Silva. Ahora nos da a conocer en un volumen sus primeras composiciones juveniles.

Ricardo Martínez de la Torre no quiere ser un poeta de cenáculo, un exquisito para gustado y admirado por reducidas minorías selectas. Aspira a conquistar las grandes multitudes; especialmente a las mujeres. Y por eso, su tema favorito, su tema predilecto, es el amor. Y por eso también observamos que, no obstante la independencia que desea conservar, en sus composiciones se ha inspirado especialmente en los grandes poetas románticos del siglo pasado, en algunos contemporáneos que han seguido pulsando la lira romántica y de un modo más señalado en Rubén Darío.

Es indudable—lo es para nosotros,—que Ricardo

Martínez de la Torre no ha encontrado aun el acento personal que lo distinga y caracterice, no ya dentro de la lírica de su país nativo, sino con mayor rigor, puesto que su aspiración de poeta de multitudes así lo exige, dentro de la lírica del mundo hispánico.

A cada verso podríamos ir señalando las influencias que dieron la pauta de la creación al joven poeta limeño. Pero esto, lejos de considerarlo como un vicio de origen, como un defecto sustantivo de naturaleza, entendemos que es lógico. Aunque se nazca con el don artístico, no se hace arte digno de consideración y perdurabilidad, sin una enseñanza vigorosa, sin una educación severa y metódica. Lo que ocurre es que no se pueden confundir los trabajos del aprendizaje forzoso con los maduros frutos del ingenio ya sazonado.

Acaso el único reparo que a este poeta joven puede hacerse es que, en su impaciencia de lanzarse al mundo del arte, no haya distinguido mejor lo que eran ensayos de las propias facultades y lo que eran expresiones genuinas del sér poético, reaccionando espontáneamente y sin obedecer a premeditados influjos ante la vida y la Naturaleza.

Lo importante, sin embargo, para nosotros, es comprobar la existencia de un poeta. Y en *Lámpara de Oro,* se anuncia la aparición de uno nuevo que, si no se malogra, puede ser ornato de la poesía hispánica.

Ballesteros de Martos.

(«El Sol», 1 noviembre 1926, Madrid)

ALGUNAS OPINIONES FEMENINAS

Montevideo, noviembre de 1926.

Señor Ricardo Martínez de la Torre.—Lima:

Distinguido poeta: su *Lámpara de Oro* alumbra hoy mi noche, frente al mar, en plena primavera; conjunto de «incidentes» líricos de veras, que hacen más emocionado mi agradecimiento por el bello regalo de sus versos. Tiene usted una inspiración desbordante y es, desde lo más íntimo, poeta; se ve bien que ha nacido con el don divino y fatal de soñar. Mis felicitaciones. El señor Federico García Sánchiz, que irá pronto a Lima y es mi amigo, lleva el encargo de saludarlo en mi nombre y de trasmitirle personalmente esas felicitaciones. Olvidé dar al señor Sánchiz la dirección de su casa; con todo, él intentará encontrarlo y espero de su amabilidad que usted a su vez procure dar con él. Le pedí que lleve mis saludos a todos los poetas del Perú; además, a mis amigos de ahí. Entre unos y otros, usted. Permítame que lo incluya también entre los segundos.

Su colega afma.

Juana de Ibarbourou.

Miraflores, (Lima) 22 noviembre de 1926

Señor don Ricardo Martínez de la Torre.

Distinguido poeta: Excuse usted si, por ignorar su dirección, al principio, y después por ocupaciones apremiantes, he tardado en expresarle mi agradecimiento por el gentil obsequio de su libro *Lámpara de Oro*. Me han interesado mucho los diversos aspectos de su sensibilidad juvenil, tan líricamente expresados en el sensualismo panteísta de «Lluvia de Sol» como en la melancolía de «Crepúsculo...» una de mis composiciones preferidas entre las de su libro.

Creo que el tiempo y el estudio perfeccionarán las felices condiciones de usted, aunque el prosaísmo de la vida, poco vagar deja para las letras. Que pueda usted unir a los éxitos positivos los triunfos poéticos, son los votos que formulo al expresarle mis felicitaciones.

Angélica Palma.

DE JOSE VASCONCELOS

MAESTRO DE LA JUVENTUD LIBRE DE AMERICA

Querido amigo:

Muchas gracias por el regalo de sus hermosos versos. Me gustan muchos. Me gusta: «Invocación», «Tu Fuerza», «La tuberculosis»—en fin, tendría que seguir citando.—Vaya mi abrazo y que no me olvide cuando publique más.

Suyo afmo.

J. Vasconcelos.

INDICE

Págs.

Ofrenda a Rafael Cansinos Assens. . . . v
PROLOGO. VII
El Libro, el Lector y el Poeta. XXI
EL AMOR LIMOSNERO. 25

Del folklore peruano

La hija del Sol. 104
Cahuide. 111

Cuadritos sentimentales

Los cuatro Profetas. 116
Por un beso.—Cuadro de amor. 118
La belleza prohibida. 121

Págs.

La señorita Hortensia Cascabel.—Vida, pasión y muerte de una coqueta. . . . 124
Un capricho exótico. 129
Un caso extraño.—Cuadro fantástico que pudo ser real. 136
La marca. 140

Cuadros cercanos

El timbre.—Apunte del natural 147
El reo número cuarenta y cinco. 150
El jefe. 154
El hijo de Julia Alvarez. 157
El corte. 162
El auto de la Asistencia pública. . . . 166
El viejo de la barba cana. 169
Ensayo sobre mi gato. 173
El raro. 176
La impertinente. 178
Ricardo Martínez de la Torre y la Crítica. 185